



FRANK McFAIR

¡MIRAD A LAS SOMBRAS!



OBRAS PUBLICADAS DE FRANK McFAIR

EN SELECCIONES «NEVADA»:

- «Hombres de rapiña», núm. 47.
- «Triple K», núm. 62.

EN EXTRAORDINARIA DEL OESTE:

- «Los libertadores de Texas», núm. 39.
- «Viento mortal», núm. 45.
- «Cinco ases y el comodín», núm. 55.
- «De sangre perversa», núm. 79.

EN F. B. I.:

- «Luchando en la sombra», núm. 5 (2.^a edición).
- «La ruta de la locura», núm. 8 (2.^a edición).
- «¡Sangre!», núm. 13 (2.^a edición).
- «Armonías de muerte», núm. 22.
- «La muerte alada», núm. 27.
- «Contrabando funesto», núm. 31.
- «Palestina en llamas», núm. 40.
- «La bestia escarlata», núm. 58.
- «Billetes malditos», núm. 61.
- «Camaradas enemigos», núm. 63.
- «Cita de madrugada», núm. 66.
- «Loup-Garou», núm. 69.



SAN BERNARDO, 68. MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

- Núm. 1.—[CULPABLE], por Alf Manz. (5.ª edición.)
2.—LA HORA GRIS, por Alf Manz. (4.ª edición.)
3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter. (4.ª edic.)
4.—EL COBARDE, por Alf Manz. (3.ª edición.)
5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair (2.ª edición.)
6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz. (3.ª edición.)
7.—SU ALTEZA EL LADRON, por Fred Baxter. (2.ª edición.)
8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair. (2.ª edición.)
9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny. (2.ª edición.)
10.—LA REDADA, por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
11.—SHANGHAI, por Alf Manz. (2.ª edición.)
12.—GUERRA DE GANGTERS, por Fred Baxter. (2.ª edición.)
13.—[SANGRE], por Frank McFair. (2.ª edición.)
14.—LA REBELION DE LOS MUERTOS, por Alar Benet (2.ª edición.)
15.—EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por A. G. Murphy. (2.ª edición.)
16.—TANGER, por Alf Manz. (3.ª edición.)
17.—[TRAIDOR], por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
18.—TRAGEDIA EN BERLIN, por Eddie Thorny. (2.ª edición.)
19.—ALTA TRACION, por Fred Baxter (2.ª edición.)
20.—TERROR EN LA ACADEMIA DE QUANTICO, por Alf Manz (2.ª edición.)
21.—EL DELATOR, por Alar Benet.
22.—ARMONIAS DE MUERTE, por Frank McFair.
23.—DESTINOS CRUZADOS, por Alf Manz.
24.—PERSECUCION, por O. C. Tavin.
25.—UNA CIUDAD ABIERTA, por Eddie Thorny.
26.—HORAS TRAGICAS, por A. G. Murphy.
27.—LA MUERTE ALADA, por Frank McFair.
28.—DOCTOR X, por Alf Manz.
29.—EL COLOSO DE HIERRO, por Alar Benet.

- Núm. 30.—TRAMPAS MORTALES, por O. C. Tavin.
 » 31.—CONTRABANDO FUNESTO, por Frank McFair.
 » 32.—NUEVA YORK-SAN FRANCISCO, por A. G. Murphy
 » 33.—ENTRE REJAS, por Alf Manz
 » 34.—MUERTE EN EL CARIBE, por Alar Benet.
 » 35.—SECUESTRO, por O. C. Tavin.
 » 36.—EL DUEÑO DEL MUNDO, por Eddie Thorny.
 » 37.—HERMANO CONTRA HERMANO, por A. G. Murphy
 » 38.—FLIBUSTEROS MODERNOS, por Fred Baxter.
 » 39.—PALESTINA EN LLAMAS, por Frank McFair.
 » 40.—LA LEY DEL TERROR, por Lewis Haroc.
 » 41.—A LA DESESPERADA, por O. C. Tavin.
 » 42.—LA PROMOCION DE LA MUERTE, por Alar Benet
 » 43.—TINIEBLAS, por Alf Manz.
 » 44.—ESPÍAS EN LA NOCHE, por Fred Baxter.
 » 45.—FIDELIDAD, por Alar Benet.
 » 46.—SIN CUARTEL, por A. G. Murphy.
 » 47.—ARMOUR, EXPULSADO, por O. C. Tavin.
 » 48.—
 » 49.—LA MAFFIA, por Alf Manz.
 » 50.—ALASKA, FINAL DE RUTA, por Lewis Haroc.
 » 51.—TRAS EL TELON DE ACERO, por Alar Benet
 » 52.—GANGSTERS DE GUANTE BLANCO, por John L
 Martín.
 » 53.—¡ACUSADO!, por A. G. Murphy.
 » 54.—MISTERIO EN VIENA, por O. C. Tavin.
 » 55.—EL GENIO DEL MAL, por Alar Benet.
 » 56.—HOMBRES ARMADOS, por Jak. Brooklyn.
 » 57.—PAVOROSA ELECCION, por O. C. Tavin.
 » 58.—LA BESTIA ESCARLATA, por Frank McFair.
 » 59.—HUELLAS DE ULTRATUMBA, Thomas Settee.
 » 60.—S. O. S., por Lewis Haroc.
 » 61.—BILLETES MALDITOS, por Frank McFair.
 » 62.—CAMINO DE PERDICION, por John Nebot.
 » 63.—CAMARADAS ENEMIGOS, por Frank McFair.
 » 64.—A LA DERIVA, por Alar Benet.
 » 65.—ODIO, por Alf Manz.
 » 66.—CITA DE MADRUGADA, por Frank McFair.
 » 67.—«KILLER» A SUELDO, por O. C. Tavin.
 » 68.—MUERTE EN EL ATARDECER, por Eddie Thorny.
 » 69.—LOUP-GAROU, por Frank McFair.
 » 70.—PUNTO FINAL, por O. C. Tavin.

En preparación:

ENTRE ESAS BRUMAS...

Mirad a las sombras: ¿Qué es lo
que veis?

E. ALLAN POE

I



L hombre juraba abundantemente y con gran competencia, poniendo una cara tan horrible, que la muchacha, aterrorizada, se pegó a la pared, mirándolo con los ojos muy abiertos.

—Pero, Joe... —empezó a decir, con desesperación.

—¡No me llames Joe, inferior criatura! —bramó, parándose delante de ella y fulminándola con la mirada relampagueante de sus ojos grises. Acostúmbrate a la idea de que la distancia que nos separa es tan inmensa, que apenas basta para salvarla el formulario míster Cavendish con que me nombrarás de ahora en adelante.

—Sí, míster Cavendish —respondió ella humildemente.

—Míster Cavendish prosiguió sus paseos hasta que por último, se apoderó de un cuchillo-espátula y se precipitó sobre el cuadro. Un momento después, el lienzo, que hasta ahora había representado

la escultural figura de la joven vestida con un ajustado traje de terciopelo rojo, yacía por el suelo convertido en un montón de desgarrones.

—Pero, míster Cavendish... —volvió a empezar la otra, lastimeramente—. Era un cuadro tan bueno...

—¿Callarás, escoria de turbal irlandés? Ese cuadro «era» demasiado bueno para tus ojos ignorantes, pero no para los míos. ¿Cuándo lograrás apreciar la diferencia que existe entre tu retina rudimentaria y la mía?

Y prosiguió jurando, procurando repetirse ni una sola vez. Esto hay pocas personas que puedan hacerlo, pero él parecía bastante experimentado en ello. Por fin, cansado, se dejó caer en una silla y miró a la muchacha malévolamente.

—Maureen Delaney —le dijo—: me voy a marchar donde no vea tus ojos color de agua sucia ni tu odioso pelo ala de mosca, ni tu asténica figura de celta que no ha comido bien en toda su vida. Sí, me voy a emborrachar durante varias horas seguidas, hasta que logre recuperar la perdida capacidad de trabajo que tú presencia me ha quitado.

—¡Joe! —gritó ella, apasionadamente.

Porque nada de lo que acababa de decir Joseph Cavendish era cierto, en ninguna de sus partes. Maureen no tenía los ojos de color de agua sucia, sino de un azul profundo y brillante, ni su pelo era de color ala de mosca, sino de un castaño luminoso, y que caía en ondas suaves y limpias sobre sus hombros. Y en cuanto a su figura... Bueno, no solamente no tenía nada de asténica, sino que era, por el contrario, plena de formas y de unas proporciones estatuarias. Pero míster Cavendish tenía una notable capacidad para volver locos a los que le rodeaban, con sus maldades.

Era un hombre de unos treinta y dos o treinta y tres años, alto, de pelo rubio oscuro y ojos grises. Unos ojos que lo mismo podían reflejar la más absoluta falta de piedad para el resto del género humano, que una ternura sin límites, que empleaba conscientemente en su favor, cuando quería conseguir algo. La primera vez que consiguió un beso de la bella irlandesa —que, por cierto, sí que había comido bien toda su vida— fue empleando el conocido truco de sus ojos y de hacerse el incomprendido. Desde luego, no pasó ni siquiera un mes sin que la joven se diese cuenta

de con qué clase de pájaro se había topado. A veces, su orgullo se rebelaba de tal manera, que la sangre le subía a la cara y sentía impulsos atroces de ahogarlo y tirarle una plancha caliente a la cara. Pero, a la larga, acababa por ceder. Siempre. Y él se aprovechaba de ello tratándola como a un trapo.

—¡Joe! —volvió a gritar la joven.

Él se puso en pie. Iba vestido con una camisa a cuadros, un pantalón viejo, de color azulado con las costuras naranjas, y en la cabeza se puso un indescriptible sombrero de gabardina bastante usado. Podía arreglarse bien e incluso llevar el «*smoking*» con más soltura y facilidad que otros muchos, porque para eso era hijo de una aristocrática familia del Sur, pero no le daba la gana. Decía siempre que a él le importaba un pito lo que los demás pensasen. Pero que, si era malo lo que pensaban, entonces se alegraba. En cuanto a las mujeres, acostumbraba decir que le bastaba alzar un dedo, poniéndolo en sentido horizontal, para que viniesen tres o cuatro a posarse sobre él. Y no perdía ocasión de demostrar que esto era cierto. Y por desgracia para ellas, sí que lo era. Las mujeres admiraban sus anchos hombros y sus ojos grises e incluso su genio, violento. Pero, además, es que era un pintor de fama. Un poco estrafalario en sus gustos, pero un buen pintor.

—Me voy —repitió él—. Tú vete a tu casa y no vuelvas por aquí en quince días, ¿me oyes? Y no intentes telefonarme ni ninguna tontería de ésas, porque me vería obligado a colgar el teléfono en tus respingadas y retorcidas narices. Adiós.

Y echando mano a la gabardina que colgaba en el perchero, se marchó, dando un portazo que resonó en toda la casa. Maureen se acercó a la estufa y se puso a llorar silenciosamente, contemplando el retrato roto. Luego pareció tomar una resolución.

—No volveré por aquí, ¿me oyes? —le dijo a la puerta—. Jamás. —Tendrás que ir arrastrándote y entonces te daré con el pie en la nariz hasta hacerte sangre—. ¡Te arrastrarás a mis pies! —prosiguió con gran energía, limpiándose las lágrimas y siempre dirigiéndose a la muda puerta.

Porque ella estaba segura de que, en el fondo, Joe la quería. Pero tenía un genio endiablado, y cuando algo le salía mal, era capaz de las mayores bestialidades. Un día le pidió a ella que se casase con él, y ella, con la muerte en el alma, hubo de negarse,

porque comprendía que él no sabía lo que decía. Estaba borracho como una cuba. ¡Ya lo creo que ella quería casarse con él! Pero había de ser cuando él se portara un poco más humanamente.

Recogió su gabán de pieles, sintiéndose avergonzada de sí misma por lo que había soportado, y se preparó para marcharse. Pero antes miró por la cristalera del estudio, y vio atravesar la calle la alta figura de Cavendish, dirigiéndose al bar de enfrente, dispuesto a cumplir su promesa de emborracharse. Entonces, ella, suspirando y lloriqueando un poco todavía, se marchó.

Joe aterrizó en el bar de Cuno Barbarigo, que era donde solía celebrar sus juergas. El que el pobre Barbarigo temblase cuando lo veía aparecer por la puerta, era algo que a él le importaba sumamente poco. Es decir, al contrario, lo excitaba.

—Hola, grasiento individuo —le dijo—. Dame algo fuerte para beber, pero como vuelvas a servirme ese asqueroso «*whisky*» que me pusiste la vez pasada, te lo hago tragar a litros. No he conocido todavía a un italiano que no procure malograr un «*whisky*» con el fin de echarse unos cuantos centavos miserables más en su ansioso bolsillo.

—Por Dios, míster Cavendish... —empezó el napolitano, bonachonamente.

—¡Te he dicho que me sirvas, gorrino! —gritó Cavendish.

Al oír el insulto inferido a los italianos, un par de ellos, que se hallaban sentados a una mesa, pusieron mala cara. Cavendish se volvió hacia ellos y los miró malévolamente durante unos instantes. Fueron los primeros que bajaron los ojos.

Servido el primer «*whisky*» hizo un gesto de desagrado.

—Para mañana traerás escocés legítimo —le avisó, al gordo.

—Pero es que aquí no vendo mucho de ése... —se quejó Barbarigo.

Una mirada del pintor le hizo callar apresuradamente, sin que Joe necesitase hablar. En aquel momento oyó reír a la mujer.

Se volvió y la miró con insolencia. Era joven y muy bonita, con el cutis muy blanco y el cabello muy negro, tan negro, que a veces parecía azulear. Lo llevaba recogido encima de la cabeza, en un peinado que le sentaba admirablemente, ahora en que casi todas las muchachas lo tenían recortado a lo paje. Y el gabán de pieles que lo tapaba los hombros no habría costado menos de cinco o seis mil

dólares. Todo en ella era caro y bien hecho, desde el bolso de piel de serpiente hasta los zapatos y las medias.

—¿De qué se ríe? —preguntó Joe bruscamente.

Ella le miró y volvió a reírse sin molestarse en contestar siquiera. Joe tenía la paciencia muy corta y el genio demasiado largo. Se volvió hacia el gordo Barbarigo y le preguntó:

—¿Quién es la prójima? ¿Cliente habitual?

Cuno Barbarigo temía mucho a Cavendish, pero tampoco le gustaba que le espantasen los clientes. Después de todo, aquélla parecía una señora.

—Míster Cavendish... —empezó a decir seriamente.

Pero ya Joe estaba observando cuidadosamente las reacciones de la mujer. Ésta se había puesto pálida al oír el insulto y sus ojos azules brillaron iracundos.

—¡Grosero! —Le lanzó a la cara.

Esta escena era completamente nueva para los habituales parroquianos de Cuno. El ver a aquel temido pintor batallando con un hombre no era nada extraño, pero sí, primero, el ver entrar a aquella hermosísima mujer en una verdadera taberna, en la que sólo hombres solían entrar, y segundo, verla pelearse con Cavendish.

—Me da igual, exactamente igual, el juicio que le pueda merecer a usted —respondió él, con aquella manera lenta y cuidada de hablar que tenía cuando iba a meterse con alguien—. Después de todo, aunque la ley no lo admita, uno puede decirle esas cosas a una mujer que se encuentra en un lugar público al que sólo ganapanes asisten.

La frase era digna del golpe. No solamente por ser un insulto para la mujer, sino también porque lo era para los concurrentes. Un murmullo amenazador se elevó de entre los hombres, y en aquel momento, fue cuando Cavendish creyó que el Universo entero se le venía encima. Una mano de hierro se le posó en el hombro. Al menos, así le pareció a él; dicha mano le hizo presión hasta volverlo de espaldas a su primitiva posición, y un puño, duro como una maza, le golpeó en la barbilla.

Joseph Cavendish se cayó al suelo como un talego, con el vaso en la mano todavía y que se partió al chocar contra las losetas. Un murmullo de aprobación se elevó de entre los bebedores. Era la

primera vez que el fuerte Cavendish era «sacado» de aquellos alrededores. Porque quedó sin sentido.

El que le golpeará iba vestido de noche, con la ropa muy bien cortada, y sabía llevarla. Era un hombre de unos treinta años, moreno y de piel blanca igualmente, imposible de confundir con un latino. Pero, debajo de la bien cortada ropa, se veían los músculos saltar cada vez que se movía.

—Tendrá para un rato —dijo, sonriendo, a la mujer—. Lamento que haya ocurrido esto por ausentarme yo un momento.

—No te preocupas. Lo que ocurre es que se puso innecesariamente violento. Pero empleaba un lenguaje muy gracioso.

El hombre dejó un dólar encima del mostrador.

—Guárdese el cambio —dijo—. Vamos.

Un momento después habían atravesado la puerta de vaivén. Fue entonces cuando Joseph Cavendish abrió los ojos.

—¿Dónde se ha metido ese matachín? —preguntó de inmediato, volviendo los ojos hacia Cuno—. No le voy a dejar un hueso sano en todo su maldito cuerpo de traidorzuelo.

—Ha sido usted quien empezó la querella, míster Cavendish —protestó Cuno—. Ha sido usted...

—Cállate, miserable expendedor de venenos sintéticos —le replicó el otro, mirándolo con tal ferocidad que el pacífico Barbarigo se encogió detrás del mostrador—. Voy a buscar a ese individuo para darle la mayor paliza de su vida.

Y salió a la calle. Una fina llovizna mojaba el asfalto. La taberna de Cuno Barbarigo (nadie sabía de dónde diablos había sacado el napolitano tan retumbante apellido) estaba situada en la calle Ocho, cerca del Hotel Marlton y frente por frente al Museo Whitney. De manera que no tenía más que andar una manzana para encontrarse en la calle McDougal, hacia donde seguramente se habría encaminado el hombre que lo golpeó.

Joe tenía muy poca paciencia y estaba acostumbrado a ser él antes que nadie. Dotado de unas condiciones físicas admirables, para él resultaba altamente desalentador el que le maltratasen o alguien pudiera vencerlo en cosa alguna, Esto quiere decir que iba hacia el otro con las intenciones de un león hambriento.

Dobló la esquina de McDougal, pero no vio por parte alguna

señales de los que buscaba. Miró un poco indeciso a su alrededor y entonces se dio cuenta de que en el callejón que lleva el mismo escocés nombre, estaba el

bar-café

estilo «montmartrois», en el que comía él casi siempre.

«Quizá estén allí», pensó, mientras arreciaba la lluvia.

Y así debía ser, a menos que hubieran tomado un «taxi», cosa un poco improbable. Así es que se encaminó hacia el café. Allí era sobradamente conocido, porque gran cantidad de pintores se reunían en juergas, camufladas bajo el poético nombre de «sesiones de inspiración».

Pero era demasiado temprano todavía para encontrar a alguien. Echó una mirada a su alrededor y vio a la pareja sentada en uno de los rincones. El café estaba construido de manera que delgados tabiques de chapado separaban unas mesas de otras, creando una grata sensación de intimidad. Los tabiques eran movibles. Bueno, pues la pareja había escogido uno que sólo tenía panel por un solo lado. El otro lo formaba el muro. De esta manera estaban más aislados aún.

Joe se les aproximó, pero de pronto se dio cuenta de que armar una sesión de camorra en aquel lugar sería atraer sobre sí la Policía, que siempre había visto con malos ojos aquellas juergas y escándalos de los artistas. Solamente el ser él un magnífico pintor de retratos y tener grandes amistades en todas las esferas le habían evitado el ir varias veces a la cárcel. Una de ellas, por golpear a un guardia.

Lo mejor era, pues, esperar a que salieran. Entonces, una rápida acometida, después de avisar, naturalmente, un par de buenos puñetazos al mentón, y nada más. A otra cosa.

Se dirigió hacia el reservado contiguo y se sentó. El camarero apareció al instante y él, en voz baja, le ordenó una botella de vino. Por lo visto, la pareja no se había percatado todavía de que ya no estaban solos, porque siguieron hablando.

Los paneles de chapado estaban recubiertos de paja prensada y finamente agujereada. Esto impide que los sonidos pasen de una habitación a otra, por muy delgado que sea el tabique. Pero alguno de los compañeros de juerga de Joe Cavendish había tenido la humorada de unir varios de esos agujeros, taladrando el tabique con

el cortaplumas. El muro de silencio, pues, se había roto. Y a los ojos de Joe llegaron claramente las palabras. Y a las primeras de ellas prestó atención.

—... pero cerró la boca y ya no dijo más. Creo que, a pesar de la borrachera, se dio cuenta de que estaba hablando demasiado. Fueron inútiles todos los esfuerzos que hice para sonsacarle otras cosas.

El guardó silencio unos segundos. Luego dijo:

—¿Estás segura de que a la mañana siguiente no se acordaba de nada?

—Sí. Se portó como siempre. Me dio unos cariñosos golpecitos en las mejillas, como hace todas las mañanas, y me deseó que siguiera pareciéndome a las rosas del jardín. Lo siento, Bart; no sabes lo que siento tener que hacer esto, pero no puedo permitirlo. Preferiría que se encontrase sin trabajo a que cometiese una acción así.

—Comprendo. No debe ser nada agradable para ti. Después de todo, es tu primo. Hace ya muchos años que no lo veo, desde que íbamos al colegio juntos. ¿Ha cambiado mucho?

—Nada. Eso es lo que más me duele. Sigue siendo el chico más encantador que darse pueda. No creas que subió al puesto de cajero general por recomendaciones. Lo ganó a pulso. Pero...

—Comprendo también. La mujer, ¿no es así?

La voz de la joven se hizo extraordinariamente dura.

—Odio a Rosie con todas las fuerzas de mi ser. La odio a muerte, Bart. Ha destrozado por completo la vida de Jimmy. Sus caprichos costosos, el tener que cambiar todos los años de modelo de coche... Y el último, el del gabán de pieles. Desdó que me dio éste a mí, ha estado royéndole la envidia, hasta el punto de ponerse amarilla un día en que se quejaba de no tener que ponerse para asistir a una fiesta, y yo, inocente e idiota de mí, le ofrecí prestárselo. Creo que se le pasaron unas ganas atroces de matarme.

—Sí, claro; pero tú, Vivían, puedes permitirte ese lujo. Después de todo, ahora eres rica. Lo que no comprendo es por qué sigues viviendo con ellos.

—Por Jimmy. Me duele el pecho cada vez que pienso en dejarlo solo con esa mujer. Y el caso es que todo está perdido de antemano, Bart. Jimmy está enamorado de ella hasta la médula y no ve más

que sus virtudes. Yo creo que la única vez en que ha vislumbrado un poco lo que ella es, fue la otra noche. Lo vi beber «decidido a emborracharse». Has de hacer algo, Bart; has de hacer algo.

—Lo haré, no te preocupes, y el asunto no trascenderá, en modo alguno. Me bastará con hablarle. Cuando sepa quién soy, estoy seguro de que no volverá a tener esas ideas. Repíteme otra vez lo que dijo y procura emplear las palabras exactas.

—Fue algo así como: «Querida Vivían: ya sabes que me alegro de que tú hayas heredado, pero no puedo aceptar dinero de tu parte. Yo necesito ganarlo yo, pero en el Banco no me subirán el suelo hasta dentro de dos años, y aun así, no me darán más que cincuenta semanales más. ¿Tú crees que con eso puedo comprar un abrigo para Rosie? Un abrigo como el tuyo, quiero decir. Pues, no, no se puede, Vivían. Pero lo lograré. Después de todo, tengo un puesto de importancia en el Banco y... Pero, bueno, todo esto son tonterías. Las mujeres no entendéis de negocios. Cuando un hombre se propone algo con fuerza de voluntad acaba consiguiéndolo, sea como sea. Yo tendré dinero, mucho dinero, y será muy pronto, querida Vivían».

—Sí —dijo él—. No parece que haya otra manera de entender eso. Jimmy piensa coger dinero del Banco o...

—Eso es lo que más miedo me da, Bart, eso precisamente. Si Jimmy se limitase a sacar dinero, yo podría reponerlo; pero... ¿y si hace alguna cosa? Quiero decir, alguna cosa irreparable. Por ejemplo... no te he hablado de sus amigos, Bart. Son personas muy educadas, pero no me gustan nada. En especial, ése... Thomas Kanarian. Me parece demasiado atento, y ya una vez le tuve que parar los pies, porque, en un fin de semana, pretendió besarme. Bueno; ya sabes que yo no soy manca, de manera que le señalé la cara. Pero otro hombre se hubiera enfurecido. Él, no. Se limitó a sonreír y a decir que las mujeres nos las dábamos de impenetrables, pero que para él no teníamos secretos. Es un individuo no mal parecido, pero tiene una barba demasiado negra y cerrada. Siempre me hace el efecto de que no se ha afeitado, aunque lo haya hecho.

—¿Kanarian? —preguntó él.

—Sí. Yo creo que debe ser armenio. O sus padres. Me resulta desagradable hasta no puedes imaginarte qué punto. Pero no le temo. ¿Cuándo irás, querido Bart?

—Mañana mismo me acercaré allí. Tú dile a Jimmy que nos hemos encontrado por casualidad y que me has invitado a pasar el fin de semana. Ya veré la manera de arreglarlo todo.

—Está bien, Bart; pero, por favor, no faltes. Sería horrible que ocurriese algo... irreparable.

—¿Cuánto dinero has heredado, Vivian? —preguntó la voz del hombre, con leve curiosidad.

—¡Oh, no creas que es mucho! Libres ya de impuestos, unos cien mil. Los he colocado en bonos del Tesoro. Eso siempre es seguro.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Volverás a casa?

—No sé.

—Te invito a cenar. Y no vayas a creer que lo hago por los cien mil dólares. Entre mis numerosos defectos, nadie podría encontrar el de cazador de dotes. ¿Qué te parece?

—Sí; llévame a bailar a algún sitio. A Jim no le gusta que vuelva a casa tarde, porque Rosie empieza a hablar mal de mí y no quiere líos. Y ningún trabajo me cuesta estar a las once y media allí. Pero hasta esa hora, tenemos tres para divertirnos un poco. Te juro que, después de toda la semana de estar regañando con Rosie, necesito algo estimulante.

Joe oyó ruidos indicadores de que la pareja se levantaba y vio cómo Tim, el camarero, se acercaba a ellos. En aquel momento entraron en el café un grupo de artistas de ambos sexos. Uno de ellos, un escultor existencialista, llevaba media barba nada más e iba calzado con sandalias hechas con cuerdas, porque decía que así podía ir pisoteando siempre el símbolo del trabajo. También hablaba siempre a voces, y como tenía una voz muy potente, atronaba todos los sitios donde iba. Lo más curioso es que las mujeres se peleaban por aquel individuo.

Todos ellos eran amigos o conocidos de Joe. Pero éste, aquella noche, no tenía ganas de unirse a ellos. Les hizo una seña imperiosa cuando le llamó el de las sandalias. Al instante, todos comprendieron, con esa especial percepción que poseen los artistas, que no debían acercársele.

Desde su rincón, Cavendish vio cómo la pareja salía, y él la siguió. No necesitaba siquiera pagar, porque aquel café vivía tanto del contado como del crédito, y ninguno de los habituales necesitaba pagar en el momento de consumir. Ya le pasarían las

facturas.

Vivían y Bart estaban ya en la puerta. Joe esperó a que llegasen a la calle y entonces salió él.

—Esperen un poco —dijo.



CHICOS Y MAYORES

VEN Y LEEN
AVENTURAS DEL F. B. I.

II



MBOS se volvieron hacia él al mismo tiempo. Y ambos lo reconocieron. La lluvia había vuelto a convertirse en llovizna al volver a levantarse el viento y la luz del cartel luminoso caía directamente sobre la despeinada cabeza de Cavendish.

—¿Busca camorra otra vez, amigo? —preguntó el llamado Bart, separándose un paso de la joven.

—Claro. Tengo que devolverle algo. Prepárese. Por aquí, los policías sólo vienen rara vez, de manera que tengo justo el tiempo para dejarlo sin sentido. Creo que me bastarán treinta segundos.

—Lo dudo. Márchese, amigo. No quiero más jaleos. No le hubiese pegado si no fuera porque se insolentó con la señorita...

El aspecto de Joe no era de lo mejor. Con su trinchera abierta, mostrando la camisa de cuadros y sus viejos pantalones, parecía un

vagabundo. Al oírse llamar amigo por segunda vez, dio un paso hacia delante y lanzó un directo a la mandíbula de Bart. Éste bloqueó el golpe suavemente con la izquierda y tiró a su vez. La puñada le alcanzó a Joe en la parte baja del pecho, en las costillas flotantes, y lo dejó sin respiración. Se inclinó sobre sí mismo, resollando, esperando que el otro lo golpease de nuevo, pero no ocurrió esto. Evitó el caer, apoyándose en la pared y se quedó mirando al otro fijamente.

—¡Diantre! —dijo—. Usted saber boxear, mi elegante amigo. Aguarde a que me reponga y podremos cambiar, unos cuantos golpes buenos. Alargo la cantidad de tiempo hasta dos minutos. Más no.

—Ni en media hora. Y me voy cansando, amigo —en la mano de Bart brilló algo fugazmente, pero Cavendish tuvo tiempo de ver que se trataba de una estrella de policía.

—¿Policía? Debió decirlo antes. Me es igual, pagaré la multa. Ahora, bátase.

—No sea idiota —gritó el otro, perdida ya la paciencia—. No quiero pelear con usted, pero sepa que lo puedo enviar a la cárcel hasta que se me ocurra soltarlo.

—No leyó usted la chapa —agregó la joven, que había contemplado la escena sonriendo—. Se trata de un policía... federal. Cavendish se irguió.

—No le hace preciosa. Si este hombre no se bate conmigo, yo mismo me acercaré por Centre Street para explicar que un agente federal se propone ocultar un futuro robo en un departamento bancario, en vez, de como es natural en una persona con un ligero sentido del civismo, dar parte de ello. Y no digamos si esa persona es un propio agente del Gobierno.

La manera de hablar de Joe Cavendish era capaz de volver loco a cualquiera. Parecía estarse burlando continuamente de su interlocutor. El llamado Bart apretó los puños y disparó uno de ellos a la cara del pintor. Pero éste estaba preparado ya y efectuó exactamente la misma operación que su contrario un momento antes. Bloquear el golpe y responder con un espacio de tiempo de una fracción de segundo. Pero a despecho de que puso en él todas las fuerzas de que podía disponer en su forzada postura, no logró derribar al otro. Era fuerte, muy fuerte, el agente federal.

La joven se interpuso entre ambos hombres con un movimiento impulsivo.

—¡Basta ya! —dijo autoritariamente.

El pintor y el inspector se separaron, mirándose como gallos de pelea. El pintor fue el primero en reponerse.

—Por mí, ya puede quedar así la cosa. Lo único que quería era resarcirme de un puñetazo asestado a traición. Aunque no oculto el hecho de que me gustaría haberlo dejado sin sentido. Por mí pueden ustedes marcharse al infierno.

—Pero... —La joven pareció aturdida—. Pero no irá usted a ir a Centre Street a repetir esa historia, ¿verdad?

—Déjalo, Vivian —intervino Bart—. Yo la negaría. Diría que iba a decirlo en ese momento y a mí me creerían.

—¿Sí? —preguntó Joe burlonamente—. Creo que me tendrían que oír a mí también.

Bart se echó a reír de una manera contagiosa.

—¿A un vagabundo? —preguntó.

—A Joseph Cavendish —fue la orgullosa respuesta.

Hubo un pequeño silencio, que Joe aprovechó para decir:

—Iré a Centre Street, si me parece bien, y no iré, si así me agrada. Soy una persona absoluta y definitivamente libre, y no sujeta a convencionalismos de ninguna clase. De lo que no me cabe duda alguna es de que, cuando alguien me busca, me encuentra. Su compañera, señor federal, tuvo la osadía de tratar de burlarse vulgarmente de mí. El resultado puede ser bastante catastrófico para ése... Jimmy, cuyo nombre he estado oyendo «*ad nauseam*» durante gran parte de esta noche. Claro que no debiera decir que se burló, porque tal cosa es inexacta, sino que lo intentó. Porque resulta bastante difícil burlarse de mí.

Esta vez ya Bart no se reía. Había comprendido que a aquel extraño individuo había que tratarlo con guantes de goma, aun cuando estuviera sintiendo fervientes deseos de golpearle la cara contra las piedras del pavimento. Y Vivian, que era una muchacha inteligente, comprendió lo mismo.

—Lo siento —dijo ella, colocando su mano sobre el brazo del pintor—. No sabe usted lo que lo siento. No fue ésa mi intención, se lo aseguro —estaba empleando, adrede, todas sus artes de seducción, en las que toda mujer que merezca tal nombre, es ducha.

Y esto no es difícil cuando se tienen unos magníficos ojos azules y un pelo negro y brillante y una tez tersa y limpia. Pero Joe Cavendish era un pájaro de cuenta.

—Aparte las manos de mí. Ya sé lo que busca con sus arrumacos. No se preocupe por Jimmy. Tal y como usted lo ha presentado, todo lo más que sería capaz es de robar unos cuantos centavos de la caja del Banco. Por cierto, ¿qué diablos tiene que ver la Policía federal con el robo de una casa de banca?

—Se trata del... —empezó a decir la muchacha.

Pero su compañero le hizo una seña. La apartó a un lado y se enfrentó a Cavendish:

—Escuche, míster Cavendish. Desde luego que puede usted ir a Centre Street y contarle; pero, probablemente, no conseguiría usted más que a un pobre muchacho le echasen del sitio donde trabaja, por sospechas, un sitio al cual le ha costado trabajo escalar. Estoy seguro de que si yo hablo con él, podré evitar mayores males. ¿Qué decide? Hago un llamamiento a su caballerosidad. Creo recordar que usted, como yo, procedemos del Sur y que su familia es de categoría.

—El nombrar a mi familia es la mejor manera de granjearse mi absoluta y completa enemistad —dijo amargamente Cavendish—. Sólo le diré que mi padre quería ponerme, ¡a mí! al frente de una de sus factorías algodonerías. El que yo tuviese temperamento artístico le parecía la mayor de las desgracias y no me lo ocultó. Naturalmente, hube de separarme de él. Pero, bueno, basta de divagaciones inútiles. No haré eso de ir a Centre Street, no porque hayan ustedes dos intentado llegar a mi víscera cardíaca con sus zalamerías y llamamientos caballerescos, sino porque usted ha sido el primer hombre al que yo, ¡yo! he golpeado, y no se ha venido al suelo como un cartucho de patatas.

Bart lanzó una sonora carcajada y extendió la mano.

—Gracias, Cavendish. Mi nombre es Barton Stewart. Mi acompañante es la señorita Vivian Fox.

—Uno de estos días habría ido a su estudio para pedirle que me pintase —dijo ella—. Creo que es usted uno de los mejores retratistas americanos y mi abuela tenía muchos deseos de un retrato mío.

—¡Soy el mejor retratista! —bramó Cavendish, con la cara

congestionada—. La pintaré a usted porque tiene una figura que no está del todo mal. Quizá, demasiado rolliza —la contemplaba como pudiera hacerlo con un caballo de buena estampa y la joven se sintió enrojecer—. El otro día, la mujer de no-sé-qué-rey-de-no-sé-que-cosa, tuvo la misma pretensión. Le dije que estaba gorda como una vaca y se lo demostré. También le dije que me negaba a pintarla hasta que no hubiera enflaquecido y se hubiese librado de parte de sus millones creando una escuela de pintura, para desasnar mocosos. Cuando se lo contó a su marido, éste me envió una caja completa de útiles de pintura, con una nota en la que me aseguraba que su mujer había perdido gran parte de su insoportable orgullo.

Stewart se rió nuevamente. El cinismo de aquel hombre era horrendo, pero tenía sus ribetes cómicos.

—No lo dudo —dijo—. Me gustaría visitar su estudio.

—Vaya cuando quiera, siempre que lo haga acompañado de una botella de escocés. Mi estudio no se cierra nunca, ni de día ni de noche.

Dio media vuelta, pero antes de echar a andar, se volvió.

—En cuanto a su retrato —dijo—, no vaya hasta dentro de quince días. Tengo trabajo.

Y se metió decididamente en el café, para emborracharse hasta la mañana.

Era un hombre de pelo gris y grandes lentes, que le temblequeaban en la punta de la nariz. Conducía con los ojos casi encima del parabrisas, porque su vista era muy débil. En realidad, todos sus compañeros le habían advertido ya que debía tomar un coche cada vez que saliera, o bien alquilar un chófer; pero él se empeñaba en que veía bien. Eso hacía que siempre que conducía estuviera en constante peligro de muerte. Él, o cualquiera de los inofensivos peatones que circulan a todas horas por ese hervidero de hormigas que se llama Manhattan.

A primera vista parecía un ser completamente inofensivo. Un padre de familia cargado de hijos y que se encaminaba a la oficina, donde trabajaría como contable. El que hubiera pensado esto viéndolo, se hubiera llevado un chasco de proporciones monumentales.

Dobló la esquina de las calles Clarkson y Hudson, buscando el túnel Holland, para pasar a Jersey City. Éste era su camino de

siempre cuando salía de su oficina. Pero hoy se dijo que algo andaba mal en el West Side.

Efectivamente, aquello que estaba tendido allí no podía ser un paquete de mercancías que se hubiera quedado olvidado. No, aquello parecía un cuerpo humano caído. Y un cuerpo humano caído puede significar que una persona necesita auxilio.

Frenó el coche, un «Studebaker» modelo «Land Crusher», con un motor muy potente, y lo estacionó junto al muelle. Se apeó, lamentando que la ligera llovizna le empañase los lentes cuando más necesaria se hacía la visión perfecta, y se encaminó hacia la figura.

Era un hombre. Estaba caído en posición de decúbito supino y parecía inmóvil. El hombre de los lentes se inclinó sobre él y lo tocó en un hombro para moverlo. En aquel momento, millones de estrelluelas chisporrotearon en el interior de su cráneo y se vino al suelo, en una posición grotesca, muy grotesca.

La figura se levantó y se unió a la que, saliendo desde detrás de un montón de hierros retorcidos procedentes de un remolcador arrollador, se había aproximado y golpeado al pobre hombre.

Buen trabajo, Kanarian —dijo—. Ahora ya tenemos el coche.

—¿Qué tal si le examináramos los bolsillos? —preguntó Kanarian al que parecía el jefe.

—No, déjale que crea que sólo nos hemos querido aprovechar del coche. O... mejor, sí, échale una mirada. Pudiera llevar dinero en tal cantidad que justificase el registro.

No lo llevaba. Una cartera con veinte dólares en billetes pequeños y alguna calderilla, la estilográfica y muchos papeles llenos de números.

—Bueno; vámonos, Kanarian —dijo el otro.

Era un hombre de regular estatura, de hombros muy anchos y andares desgarrados.

Subieron al coche del aporreado y enfilaron Hudson hasta llegar al túnel. Pagaron el peaje y embocaron esa iluminada vía submarina que horada la tierra americana debajo del río en un espacio de más de una milla.

Cuando salieron, estaban en Jersey City. Para llegar a Newark, a orillas del río Passaic, es necesario atravesar todo el condado de Hudson, que está formado, en realidad, casi todo por la ciudad, ya

que ésta extiende sus tentáculos de calles y avenidas hasta llegar a dicho río.

Lo cubrieron en menos de dos horas y llegaron por fin a la dormida Newark. Cruzaron el Passaic y enfilaron la avenida de Orange. Ésta está edificada nada más que a medias, de manera que aún quedan muchos solares libres a uno y otro lado. Pero en uno de los lotes edificados, pegado a la sombra del edificio, había un hombre.

Se cubría con una gabardina y se tocaba con un sombrero «Stetson», que no le habría costado menos de diez dólares. Se subió al estribo nerviosamente y abrió la portezuela.

—Continuad —susurró.

El coche prosiguió su camino hasta llegar a Oreton.

—Cuidado ahora —ordenó el qué los estaba esperando—. Quietos.

El coche fue parado silenciosamente, bajo la lluvia que se recrudecía. El del estribo se apeó y miró a todos lados.

—Llevaos el coche —ordenó...

Kanarian lo puso en marcha silenciosamente y se lo llevó a la próxima esquina.

—Y ahora, escuchad —dijo el que los esperara—: alguno de nosotros tiene que quedarse en el coche, como si estuviera borracho. ¿Habéis traído la botella de «whisky»?

Kanarian la mostró.

—Bien; pues, tú mismo, Tony, puedes quedarte en él. Kanarian me ayudará. Mójate bien la ropa con el alcohol.

—Estás muy nervioso, Jimmy —dijo el llamado Tommy, mirándolo atentamente.

—Claro que... Bueno; déjame en paz. El caso es que el asunto salga, ¿no es así?

—Desde luego. Pero si hacéis alguna imprudencia, salgo corriendo con el coche.

Jimmy lo miró con dureza. El primo de Vivian era un muchacho de unos treinta años, de cabellos rubios y con lentes montados al aire. Tenía aspecto de resolución, aunque se le veía nervioso.

—Vete al coche. Yo he sido quien planeó todo. Tú no has hecho más que proporcionar un poco de materia prima.

Tony se alejó hacia el «auto» y Kanarian y Jimmy se acercaron a

la puerta. En ella, encima de las enrejadas puertas, se leía: «First National Bank». Es decir, que era un Banco del Estado lo que se proponían robar. Jimmy lo había pensado ya desde hacía varios meses, desde el tiempo en que su mujer se negaba casi a verlo, alegando que no podía vestirse como ella quería y debía ir vestida. El muchacho apretó los dientes al recordar las frías palabras de Rosie: «Voy hecha una pordiosera, mientras que mis amigas llevan pieles y joyas. ¿Es que soy yo menos bonita que ellas? ¿Es que no valgo lo suficiente como para que tú te sacrifiques un poco por mí?».

Claro que lo valía. Su Rosie era una de las mujeres más guapas que había. Lo malo es que ya no se acordaba de que, cuando tenía quince años, no era más que una chiquilla que casi no tenía que llevarse a la boca. Él se casó con ella, y al encontrar el empleo en el Banco, creyó que todas sus ilusiones estaban a punto de colmarse. No había contado con la avaricia de ella.

Claro que él no pensaba en esos deseos de su mujer como si de avaricia se tratase. Lo único que sabía es que cuando ella le pedía algo y él no podía concedérselo, se volvía fría como el hielo, y eso no podía soportarlo.

Durante seis meses había madurado el golpe. El cargo de cajero general lleva aparejadas una serie de responsabilidades bastante grande, pero también le permite a uno estar en posesión de secretos que para cualquier otro mortal resultarían difícilísimos de conocer. Ése era el caso de James Fox.

La puerta principal del Banco era inatacable por completo. Había de ser la salida de los fondos la que recibiese la visita. Llevó a Kanarian hasta ella y se prepararon para actuar.

Kanarian era un buen forzador de cajas de caudales, pero jamás hubiera podido ni soñar siquiera con asaltar un Banco federal si no hubiera sido por Jimmy. La puerta de los fondos estaba conectada a un dispositivo de alarma. Al meter una llave en la cerradura, este dispositivo empezaba a sonar en la Comisaría más cercana, y al cabo de justamente tres minutos, un patrullero policíaco hacia su aparición en el Banco.

Pero se podía evitar que sonase el dispositivo conociendo la combinación. Ésta era muy sencilla. En lo alto de la puerta, cerca del dintel, había un agujerito diminuto, al que nadie hubiera

concedido importancia alguna. Pero la tenía, y muy grande, porque aquel diminuto agujerillo era una célula fotoeléctrica. Al impedírsele el paso de la luz, la célula cortaría el circuito, de manera que el dispositivo no sembraría la alarma en el anhelante corazón de la Policía de Newark.

Esto tenía el fin de que, cada semana, al abrir el Banco, no hubieran de interrumpir el apacible sueño de los servidores de la Ley. Tres personas únicamente, además del electricista que la montó, sabían la existencia de la célula fotoeléctrica: el director, el subdirector y el cajero general. Cualquiera de ellos tres debía, forzosamente, abrir el Banco. Esta tarea se refiere únicamente a cuando había que abrir el Banco por la puerta trasera. La delantera estaba montada de otra manera mucho más complicada, pero que, conociendo el sistema de cierre de circuitos, podía ser abierta si se tenía la llave.

Con toda rapidez, Kanarian, al que ya había advertido Jimmy, encendió una fina linterna y la dirigió hacia la parte superior de la puerta. Jimmy se puso en puntas de pies hasta que logró ver el agujerillo, y con gran delicadeza, puso la mano del rayo de luz. Ahora, el circuito estaba cortado, pero había que mantener esa postura sin desviarla un solo ápice, porque, de lo contrario, llegaría la Policía de Newark al instante.

Jimmy sintió que pequeñas gotas de sudor que le brotaban de la frente se mezclaban en su cara con el agua de la lluvia. Un simple movimiento y...

Kanarian metió la mano en el bolsillo exterior de la chaqueta de Jimmy, procurando no mover en absoluto a éste, con la destreza de un ladrón profesional, y sacó la llave. La podría haber tenido él, pero Jimmy quería en lo posible librar a los demás mortales de las tentaciones. No les hubiera sido muy difícil, si él les dejaba las llaves, haber dado el golpe sin él.

Kanarian sacó la llave, y la introdujo en la cerradura. Ésta era la primera puerta. Después venía la que había que descerrajar después de desconectar las alarmas.

Por fin, y cuando Jimmy empezaba ya a cansarse de su postura, la puerta se abrió silenciosamente. A la luz de la linterna, Jimmy miró su reloj y vio que le quedaban justamente dos minutos antes de que el policía de fracción pasase por allí comprobando las

puertas. En ese tiempo tenía, forzosamente, que destrozar el sistema entero de alarma, para poder tener la puerta cerrada mientras trabajaban y evitar que luego, al tratar de abrirla, sonase.

—A trabajar —dijo, con voz ahogada por la emoción.

III



L sargento de guardia aquella noche en la seccional de Hudson estaba sabrosamente dormido sobre su alta mesa y su despertar no fue, en manera alguna agradable. A nadie le puede agradar que lo despierten pegándole un grito en los oídos, grito atroz.

El sargento dio un salto en su mesa y se preparó para asesinar a aquel de sus hombres que hubiera tenido la humorada de gastarles la broma, pero no era ninguno de sus hombres. Éstos no se hubieran atrevido, aunque les hubiesen ofrecido dinero por ello.

El que acababa de gritar era un hombre de mediana estatura, con el pelo gris chorreando agua, el gabán sucio y los lentes que le cabalgaban en la nariz rotos, rajados. Y aquel energúmeno se preparaba para lanzar otro paralizador grito, con la boca abierta y los ojos espantados.

—¡Silencio! —bramó el sargento—. ¿Qué diablos pasa aquí?
¡O'Shean,

Martos, Richardson! ¿Quién ha sido...?

—Se presentó solo, sargento —dijo
O'Shean,

apartándose un poco por si el sargento estallaba de alguna misteriosa manera—. No pudimos evitar que gritase.

—¡Mis papeles! ¡Los papeles! —bramaba el hombre, retorciéndose entre los brazos de los policías—. ¡Ineptos, estúpidos, me han robado los papeles y ustedes aún me sujetan aquí! ¡Llamen inmediatamente al general Van Stiller! ¡He de hablar inmediatamente con él!

—¡Y un cuerno! —respondió el sargento—. ¿Quién es un inepto? ¿Nosotros?

—¡Ustedes, sí! —aulló el hombre del pelo gris—. ¡Quiero hablar con el general Van Stiller, insensatos! ¡Secreto de Estado!

El sargento se echó hacia atrás. Había una probabilidad contra cien de que lo que decía fuese la verdad, pero él debía comprobar si esa posibilidad existía. Ahora, que como fuera una broma... y a las cinco de la mañana... y con lo bien que estaba durmiendo...

—¿Cuál es el teléfono del general? —preguntó abruptamente.

—¡Ineptos! —Estaba rumiando el hombre del pelo gris—. Más que ineptos, inconscientes...; el teléfono es él... —Se buscó en los bolsillos y le alargó un papel al sargento.

En él había unas señas, que el policía conocía bien. Empezó a pensar que el hombre debía estar picando terreno seguro. Marcó el número, y cuando oyó una voz al otro lado del hilo, preguntó por el general. Sin parecer extrañarse en absoluto, su interlocutor dejó el aparato y volvió al cabo de un momento.

—Ya se pone.

El hombre del pelo gris se abalanzó al teléfono, quitándoselo al sargento de un empujón y empezando a farfullar:

—¡General, tiene usted que venir! Ha ocurrido algo muy grave, mucho. No tiene usted más remedio...

Una voz grave le interrumpió:

—¿Dónde está, Slassen?

—En... —Miró a su alrededor—. ¿Qué Comisaría es ésta? —preguntó.

—Hudson —replicó el sargento.

Estaba empezando a sentir un cierto respeto por aquel hombre que podía decir a un general que fuera a cualquier sitio, a las cinco de la mañana.

Slassen repitió las señas y colgó el tubo, limpiándose el sudor de la frente. Al hacerlo se le cayeron los rotos lentes y se quedó mirando a su alrededor como un búho. Fue entonces cuando uno de los policías se dio cuenta de que un delgado hilillo de sangre manaba de la parte posterior de la cabeza del hombre.

—Está herido, señor —le dijo—. ¿Me permite?

—Sí, joh, sí! creo que... dieron un golpe y me quitaron el coche —sollozó, más que dijo.

El sargento se preparó a tomar una declaración, pero el hombre movió la cabeza.

—Secreto —dijo, sencillamente, mientras el policía

O'Shean

le vendaba, después de haber enyodado la heridita.

No había transcurrido diez minutos, cuando un coche de la Armada del Aire se detuvo con violento chirriar de llantas en la puerta de la Comisaría.

Los policías se pusieron en pie cuando un hombre alto, de pelo cano y finas facciones, penetró en la caldeada sala.

—¡Slassen! —exclamó. Al ver la cara desencajada del otro se puso pálido. Lo cogió por los hombros y lo sacudió—. ¿Qué ha ocurrido, Slassen?

—Los robaron... —sollozó el hombre—. Unos hombres me asaltaron y se llevaron el coche... ¡Robaron los documentos, Van Stiller! ¡Los robaron!

Van Stiller le golpeó en las mejillas para prevenir el ataque de histeria, pero él mismo parecía al borde del colapso, tan pálido estaba. Se volvió hacia los policías y los miró severamente.

—Ni una palabra de esto. ¡Slassen! Dé a los policías la descripción de su coche, la descripción completa, y usted, sargento, telefonee a Centre Street y avise que venga algún inspector del F. B. I.

¡Enseguida!

La radio estaba aún lanzando mensaje tras mensaje con la descripción del coche robado, cuando un «auto» oficial paró ante la

Comisaría. El inspector Barton Stewart y un agente se apearon de él y penetraron en el local. Un periodista conocido sobradamente, porque se pasaba las noches en las seccionales esperando alguna migaja de noticias para su periódico, fue encerrado en un cuarto, porque se había enterado de que algo ocurría. El

F. B. I.

tiene poder para eso, porque de él depende la seguridad nacional.

Van Stiller, Stewart y el agente penetraron en el despacho privado del teniente de Policía, que había sido llamado a toda prisa.

—¿Qué ha ocurrido, señor? —preguntó Stewart.

Conocía bastante a Van Stiller, porque incluso había tenido que acompañarle en un vuelo secreto en el que necesitaba un agente del Gobierno para protegerlo.

—Stewart —dijo el otro, con voz ronca—: me gustaría poder achacarlo a negligencia o a acto criminal de Slassen, pero, por desgracia, ninguna cosa de éstas es cierta. El caso es que al profesor le han robado de su coche los planos de... Bueno; quizá valga más que comience desde el principio.

»Slassen es el ingeniero encargado de una nueva planta de construcción de proyectiles atómicos radiodirigidos. No necesito decirle que si alguien se entera —y ya sabe a quién me refiero—, tendrán interés en saber qué clase de maquinaria vamos a utilizar. El proyecto en sí, puede que no les interese mucho, pero sí la clase de maquinaarla que vamos a utilizar. Porque es nueva. Bueno, pues Slassen era el proyectista. Para todo el mundo, eso iba a ser una nueva fábrica de aviones comerciales. Lo que quiere decir que lo mejor era hacer las cosas con perfecta naturalidad. Slassen guardaba los planos en el Banco, pero esta noche habían tenido que ser utilizados por los segundos ingenieros, y hubo de llevárselos a su casa. Claro que se trata de planos en los que se han introducido, adrede, algunos errores. Pero un sabio inteligente acabaría por encontrarlos. Al profesor Slassen le robaron su coche esta noche. Y en el coche “llevaba los planos”».

Stewart quedó impasible.

—¿Sospecha del profesor o de alguno de los otros ingenieros?

—No, Stewart; no puedo sospechar de ellos. Ustedes la han investigado sus vidas hasta la tercera generación. Son personas de honradez probada, que ganan lo suficiente como para estar al

abrigo de la tentación económica y cuyas ideas son americanas ciento por ciento. Imposible.

—Pues ha habido alguna filtración, señor. ¿Han dado ya las señas del automóvil?

—Sí.

—Está bien, señor. ¿Dónde iban los documentos?

Slassen, con la cabeza vendada y al parecer al borde del ataque de nervios, entró en la habitación a tiempo de oír las últimas palabras.

—En una cartera grande, de piel de cerdo, cerrada con dos broches. La llave la tengo yo en el bolsillo, pero, señor... la piel... se corta y...

—Calma, señor —dijo Stewart—. Teniente —se volvió hacia el teniente de la Policía, que permanecía respetuosamente cuadrado en la puerta—: Dé aviso a Centre Street cada diez minutos, por si algún patrullero ha visto al coche. Que se le echen encima sin avisar siquiera, y si los que van en él se defienden, que tiren a matar. Todo antes de que se escapen. Al amanecer saldrán varios aviones en busca de ellos. Eso, si no lo han llevado a algún barco.

Van Stiller se estremeció.

—Dios no lo quiera —dijo concisamente.

Y Slassen volvió a lloriquear.

Joseph Cavendish, retratista, que si no ganaba dos mil dólares todas las semanas era porque escogía sus modelos y se negaba a pintar aquellos que no le gustaban, salió tambaleándose a la calle, fría y destemplada. Pero él no podía notar en absoluto el frío, porque el alcohol que llevaba dentro hubiera bastado para mantener encendida una lamparilla durante un par de semanas ininterrumpidamente.

—«Oh, my *darling*; oh, my *darling*; oh, my *darling* Clementine...» —canturreó desafinadamente.

Detrás de él salió el escultor de las sandalias de cuerda, que, según él, era el símbolo que le libraba de la tiranía del trabajo, y que iba apreciablemente más borracho aún que Cavendish.

—«Oh, my *darling*...» —empezó a corear.

Pero se detuvo cuando rodaba hacia el suelo. Cavendish lo miró, con el ceño fruncido.

—Miserable borracho —dijo, mayestáticamente—. Te enviaré una ambulancia, si me acuerdo —y se alejó carrasqueando—: «Oh, yo quisiera volver a mi Kentucky».

Empezaba a amanecer cuando logró llegar a la puerta de su casa, que estaba en la misma manzana que el Museo Whitney, de Arte, lugar que había escogido precisamente debido a dicha circunstancia, y se encontró con que había perdido la llave de su piso, por lo que se imponía dormir en la escalera hasta que viniese el día y pudiese avisar a un cerrajero.

Pero no tenía ninguna gana de subir tantos escalones. Lo más lógico era, pues, sentarse en las gradas^[1] y esperar a la mañana. Fue el lechero quien le despertó.

—¡Por Dios, señor Cavendish; usted morirá un día de frío si insiste en dormir a la puerta! —dijo, con aire compasivo.

Cavendish abrió un ojo por debajo del sombrero, sólo uno, y dijo, majestuoso:

—Guarda para ti tus observaciones impertinentes, esclavo. Ni yo me helaré por permanecer aquí un rato, ni tu empleo te da categoría suficiente para dirigirme la palabra sin antes haberlo yo hecho a ti.

El lechero, muy fastidiado, se alejó. No había sol y seguramente seguía lloviendo durante todo el día. El siguiente que pasó, antes de que abriesen los comercios, fue el repartidor de periódicos. Por fin pudo encontrar un cerrajero y subir a su piso. Un momento después caía en la cama dormido y no se despertó hasta que unas manos femeninas le tocaron la cabeza.

Los dos hombres, portando sacos de lona en los que iba encerrada una fortuna en bonos al portador y metálico, salieron cautelosamente. Nada, ni un alma a la vista en parte alguna. Jimmy Fox, con los ojos febriles, se volvió a su compañero.

—Vamos, al coche.

Sin correr, como si fueran dos transeúntes pacíficos, ambos se dirigieron hacia la esquina. En la próxima, en la de Oretón, estaba parado el coche, con Tony sentado en su interior, la cabeza caída sobre el pecho y un olor a «*whisky*» que trascendía a dos millas. En el cristal tenía una boleta de multa por aparcamiento en sitio prohibido. Levantó la cabeza.

—Vi venir al guardia y me hice el borracho. No logró despertarme ni aun chillándome en los oídos. Entonces me hizo la boleta y se largó —dijo, riendo—. ¿Lo traéis? —preguntó luego ansiosamente.

—Sí, vamos. ¿Te vio la cara el guardia?

—¡Ni pensarlo! Ya procuré yo tenerla bien escondida bajo el sombrero. Lo que va a rabiarse mañana el dueño del coche cuando lo encuentre algún policía y vea la boleta. Porque le cobrarán la multa, ¿no es así?

—Calla ya, imbécil —dijo Jimmy.

Iba poniéndose cada vez más nervioso. Los intelectuales que no han sido hombres de acción en su vida, cuando se ven abocados a ésta, se precipitan como balas y es muy difícil pararlos. Con su intuición rudimentaria, Tony se dio cuenta de que no le debían gastar bromas. Tomó el volante, y siempre seguidos por aquel pestilente olor a «*whisky*», enfilaron de nuevo la avenida de Orange.

Media hora después estaban de vuelta en Nueva York. Eran exactamente las cinco y media de la madrugada cuando llegaron a la casa que habían alquilado para aquella operación. Cuando la luz se encendió en el cuarto, la bombilla alumbró a un Jimmy Fox ojeroso, pero decidido, al que le temblaban las manos.

—Rápido, contémoslo.

Las seis manos se movieron ágilmente sobre la mesa, pero mucho más ágiles que las de los otros eran las de Jim, acostumbrado desde los veinte años a manejar los billetes y contarlos sin equivocarse. Poco después, los bonos estaban agrupados en un lado de la mesa y los billetes, por valores, en el otro.

—Ciento cincuenta mil... —dijo Tony, tragando saliva—. ¡Cielos, jamás pensé que pudiéramos sacar tanto!

—Escuchad —dijo Jimmy—: no he planeado esto durante seis meses para que luego vengáis a estropeármelo por cualquier tontería. Repartiremos el dinero y, recordadlo bien, seguiremos viéndonos y visitaréis mi casa, como si nada hubiese pasado.

—Pero... —empezó Kanarian— serás capaz de ir mañana al Banco...

—Claro, imbécil —le cortó Jimmy, mirándolo fijamente—. No tienen ninguna prueba. El director, el subdirector o yo, hemos

podido ser los ladrones. El director está atravesando una mala racha, porque su hijo se ha puesto a jugar como un desesperado. El subdirector tiene la mujer enferma. Cualquiera de ellos puede haber sido el culpable.

Kanarian pareció un poco más tranquilo.

—Ya —dijo—; comprendo.

—Bien, pues me voy a mi casa. Y no lo dudéis, si alguno de vosotros cae con la Policía y «canta», seré capaz de salir de la cárcel para matarlo. No lo dudéis.

Y con esta última frase, recogió su dinero, se lo guardó en los bolsillos de la gabardina y del traje y se marchó. La casa quedaba pagada por una semana y el que se la alquiló no los había visto siquiera, sino a un muchacho. Estaban, pues, seguros.

Ahora quedaba encargado Kanarian de dejar el coche en cualquier lugar, donde pudiera ser fácilmente conocido a la mañana siguiente. Los tres hombres tenían automóvil, pero habían preferido robar uno. Esto es lo común cuando alguien quiere hacer algo que traspasa ligera o firmemente la ley. A un coche se le sigue la pista demasiado bien, si es propio.

Jimmy vivía en la calle Siete, cerca del parque Tompkins, de manera que le aguardaba una buena caminata antes de llegar. Y una buena reprimenda de su esposa. Pero al pensar en el montón de billetes y de bonos al portador, sonrió. Ahora ya podría comprar un gabán de pieles para Rosie. Y cambiar el coche por un modelo 1950, por ejemplo, aquel «Kayser» que ella tanto había admirado en el escaparate. Y... bueno, muchas otras cosas más.

Todo el camino fue ensimismado en esos proyectos, de manera que llegó a su casa sin apenas haberse fijado en el camino que seguía. Sólo se dio cuenta cuando vio las frondas del parque Tompkins a su izquierda. Abrió la puerta silenciosamente, procurando no hacer ruido y con el corazón batiéndole furiosamente en las costillas, ante el temor de que Rosie pudiera estar esperándolo.

Llegó hasta su piso, abrió y cruzó por el pasillo en silencio. Tampoco le costó gran trabajo abrir la puerta de su propia habitación. A la luz que entraba por la ventana vio que Rosie dormía en su camita, con el pelo rubio revuelto y uno de los brazos fuera del embozo. Mentalmente dio gracias a Dios.

Pero aún no había acabado todo. Al darse vuelta para ir al cuarto de baño y desnudarse, alguien lo llamó:

—Jimmy...

Fue una orden casi. Miró por encima del hombro y vio a su prima, Los oscuros cabellos sueltos le caían sobre los hombros, tapando en parte el salto de cama, y parecía muy pálida.

—Jimmy...

—Perdona que te haya despertado, Vi, pero... — Inconscientemente procuró que su voz sonase pastosa, como si hubiese estado bebiendo mucho— creo que me he retrasado un poco... Más vale que te vayas a la cama, ¿eh? Sí, más vale.

Cualquiera hubiera podido tomarlo por un hombre borracho, en efecto, pero Vivian lo conocía demasiado.

—¿De dónde vienes? —preguntó dulcemente.

El creyó llegado el momento de hacer prevalecer su opinión aun no teniendo razón, como suelen hacer los ebrios.

—¿Es que no puede un hombre tomar un par de copas sin que todas las mujeres del mundo tengan que meterse en ello? — protestó, abriendo mucho los ojos y tambaleándose—. ¡Al diablo con todas las mujeres entremetidas del mundo! ¡Al diablo con ellas, sí, señor!

Y se metió decididamente en el baño. En cuanto cerró la puerta tras de sí, se pegó tembloroso a la pared. De modo que Vivian, ante la que un día, estando borracho verdaderamente, había dejado escapar algunas palabras, habíalo oído llegar. Y a la mañana siguiente se enteraría del robo del Banco y relacionaría ambos hechos. Bueno. Se irguió. De nada serviría llorar. Vivian era la rectitud en persona, pero quizá no lo denunciase. Además, negaría, negaría ferozmente todo. Si era necesario esperaría un año a comprar el gabán de pieles de Rosie, para que nadie pudiese sospechar.

Se desnudó y se dirigió hacia su cama. Cuando se echó en ella y se arropó, después de haber puesto el despertador para las siete, empezaba a clarear.

=====

NINO:

¿SABES QUIEN ES **BILL BOY**?

BILL BOY es hijo de un «gangster» protegido de un valeroso Agente Especial del **F. B. I.**

BILL BOY es un muchacho valiente, ejemplo de la juventud.

Conócelo en
AVENTURAS DEL F. B. I.

IV



UE piensas hacer con todo ese dinero? —preguntó Tony, mientras frenaba el coche en un apartado rincón del parque de la Batería, en el sitio en que éste extiende amistosamente la mano al Bowling Green.

—Marcharme a Sudamérica en cuanto pueda hacerlo sin despertar sospechas. A Sudamérica o a Europa. Con esta cantidad de dólares viviré allí como un príncipe. Bueno, vamos, Tony. Ya deberíamos habernos desprendido del coche. ¿Estás seguro de no haber dejado ninguna huella dactilar en él?

—¿Me tomas por un idiota? Claro que no. Espera un poco, ¿qué diablos es esto?

—A ver.

«Esto» era una cartera de piel, bastante voluminosa, colocada en el hueco a la derecha de la radio. Tony, mecánicamente, la había abierto, y sus enguantadas manos descubrieron la cartera.

—Oye —dijo Kanarian—. A ver si ese tipo, el del coche, tenía tan poco dinero encima porque lo llevaba aquí. Ábrela.

—No puedo; está cerrada con llave.

—Pues es igual. Nos la llevaremos. Así como así, no vamos a dejarla aquí. Trae, yo la llevaré.

—No, la llevaré yo.

Ambos se miraron con un poco de desconfianza, pero el sentido común venció al fin. Kanarian la cogió, se la puso bajo el brazo y echaron a andar hacia la calle Market. Amanecía cuando por fin se internaron en sus cazaderos habituales en el China Town.

No fueron los aviones que despegaron para vigilar los alrededores apenas salió el sol los que encontraron el coche, sino un patrullero uniformado, que lo descubrió aparcado en un sitio en el que comenzaba a impedir la circulación. Inmediatamente dio aviso a Centre Street, y a los pocos minutos, un coche oficial desembocaba en la Batería. Barton Stewart se apeó el primero y corrió hacia el «auto», seguido por el general Van Stiller, vestido de paisano. Pero su animación duró muy poco cuando no descubrieron lo que buscaban. Ambos hombres se miraron y el general se pasó el pañuelo por la húmeda cara.

—Lo... lo siento, Stewart. Creo que ya hemos hecho...

—El

F. B. I.,

señor, no se da nunca por vencido. Hemos de encontrar a esos hombres aunque nos dejemos el pellejo. Por de pronto, voy a averiguar si algún barco ha salido esta madrugada y a registrar todos los que estaban cerca del West Side esta noche. No va a quedar un palmo de tierra sin remover, pero los planos, si no han salido por vía aérea o naval, aparecerán.

—Es usted muy optimista, Stewart —dijo el general—. Pero no creo que su optimismo esté demasiado justificado. Creo que me volveré con Slassen. Sí lo dejo solo mucho tiempo sería capaz de cualquier barbaridad, en el estado de nervios en que se encuentra. Se echa toda la culpa a sí mismo; pero todos sabemos que eso no es

verdad. Indudablemente, alguien, lo ha vigilado cuidadosamente y conocía perfectamente todos sus movimientos.

—Dejo eso de nuestra cuenta, mi general —respondió Barton. Vaya, si quiere.

Pero ocho horas de infructuosa busca los convencieron de que no era nada fácil conseguir encontrarlo. Ningún barco salió del puerto ni ningún avión, debido al mal estado del tiempo. Quinientos policías de uniforme y cincuenta agentes del

F. B. I.,

llegados rápidamente en avión desde Washington, coparon los muelles y los aeródromos y registraron personalmente, sin fijarse en las protestas, a todos los pasajeros. Pero los documentos continuaron en el incógnito. Sin embargo, de una cosa estaba seguro: no habían salido de Nueva York, ni saldrían mientras él estuviera al cargo de la investigación.

Cuando aspeado, cansado, deshecho y sin afeitar, Barton Stewart llegó a su despacho, en Centre Street, lo esperaban dos noticias. La primera se la dio uno de sus subalternos apenas llegó. La segunda la supo poco después.

Leyó la nota e hizo un gesto de desagrado.

—Ahora que estamos metidos en un lío nacional, nos viene un Banco federal a decir que le han robado ciento cincuenta mil dólares. ¡Que se vaya al diablo! Ya pueden esperar.

La segunda...

Un ordenanza penetró en el despacho para decirle que tenía visita.

—¡Al diablo también con las visitas! —dijo, con toda claridad.

—Es una dama, señor —dijo diplomáticamente el ordenanza.

—¿Una dama? Bueno, que pase, pero avísale que dentro de cinco minutos tengo una reunión importante y que no podrá estar aquí hasta más de esa hora.

—Sí, señor.

Entró Vivian Fox. Venía pálida y ojerosa, como si no hubiera dormido en toda la noche, pero ni aun eso bastaba para negarle aquella belleza suya que hacía latir el corazón de Barton cada vez que la miraba.

—¡Vivian! —exclamó, con alegría. Aquella visita venía a aliviarle de la tensión en que se encontraba desde la noche anterior.

Ahora que empezaba a oscurecer de nuevo, la presencia de ella era algo así como la de una aparición maravillosa—. ¿Qué te ocurre? —preguntó, al ver su aspecto.

La joven se dejó caer en una silla y se cogió la cara con ambas manos.

—Lo hizo, Bart, lo hizo —gimió.

Barton se estaba armando un lío.

—Hizo ¿qué? Y ¿quién hizo qué? —preguntó, un poco asombrado.

—Jimmy.

Barton se quedó parado. De súbito cogió un papel de encima de su mesa y lo miró atentamente.

—El First National Bank de Newark, ¿no? —preguntó.

Ella sacudió la cabeza afirmativamente.

—¡Maldita sea, por su estupidez! —estalló Barton. Por regla general, no juraba, pero ahora, con los nervios en tensión, por el robo de los documentos, estaba dispuesto a soltar cualquier cosa con tal de aliviarlos—. Sí, tres veces maldito sea ese estúpido —al ver la cara que ponía la joven se dominó.

—Perdona, querida; pero me ha sacado de quicio. He tenido un trabajo que...

—¿Algo malo? —preguntó ella, sin poder reprimir esa curiosidad que las mujeres sienten por cosas que no les interesan en absoluto, incluso cuando algún problema personal las posee.

—No, nada. Lo siento, pero del trabajo no podemos hablar jamás. Bien, querida, yo no puedo ocuparme personalmente del asunto ahora, pero esta misma noche, si puedo, iré a tu casa. ¿Dónde está ahora Jimmy?

—Verás...: él se ha marchado al Banco, como todas las mañanas. Y desde allí nos telefoneó para decirnos que no podía venir a mediodía porque habían robado el Banco y estaban todos, no detenidos, sino... no sé cómo se dice...

—Retenidos. Bien. Eso quiere decir que no ha huido, querida. Quizá él no sea culpable, después de todo. Quizá...

—Anoche llegó a casa a las cinco y media de la mañana —dijo ella seriamente—. Venía borracho, pero no tanto como él quería hacer creer. ¡Oh Bart, no sabes lo que me duele tener que hacer esto, pero mi padre me enseñó que jamás se consigue nada

ocultando los hechos! Lo único que siento es que no se haya podido hablar con él antes de que hiciera esto. Ahora... lo meterán en la cárcel, ¿verdad?

—No te atormentes, querida. Aún es temprano. Y después de todo... quizá no haya sido él. Esta misma noche haré un momento para ir a vuestra casa. Procura estar tú allí y si Jimmy ha vuelto, no dejarle salir. He de verlo, y a solas. Prefiero que sea en vuestra casa antes que aquí.

—Sí, Bart.

La joven se levantó de la silla y tomó los guantes y el bolso.

—No sabes el bien que me ha hecho poder hablar de esto contigo, Bart. No es como si hubiera tenido que hacerlo a un... guardia cualquiera. De veras que ha sido un alivio.

—Todo lo que yo pudiera hacer por ti, querida, aún me parecería poco —respondió él.

Y Vivian bajó la cabeza, recordando que, cuando estaban en el colegio, ya Bart la había distinguido entre otras muchas chicas, comprándole los dulces y pagándole la

«Coca-Cola»

diaria.

—Adiós, Bart, hasta la noche —y se marchó.

Stewart se quedó un momento mirando la puerta cerrada y luego, por fin, con un suspiro, volvió la vista a los papeles de la mesa.

«¡Triple idiota! —se dijo a sí mismo—. No tengo bastantes complicaciones y ahora me encuentro soñando con esos ojos como si fuera un jovencito. Alguien debería darme un puntapié en el trasero para volverme a la tierra. Y luego, el estúpido ése de Jimmy...»

El ordenanza pasó la cabeza por la puerta entreabierta para decirle que un hombre y una mujer deseaban verlo. Stewart lo miró, furioso.

—¿No le he dicho a usted...?

—Me ha dicho que, si usted ponía reparos, le dijese que se trata de Cavendish, señor. Mister Cavendish, aun cuando, en mi opinión, lo de mister sobra para él. Con llamarle «tipo» creo que...

—¿Le pidió alguien su opinión? —gritó Barton, perdida ya la paciencia—. Hágalo pasar y, por lo que más quiera, diga a todas las

personas que puedan preguntar por mí esta noche que me he ido a la Conchinchina o al Tanu Touva.

—Sí, señor; así lo haré.

Cavendish apareció en el despacho, pasando delante de una muchacha inconfundiblemente irlandesa, con un delicioso pelo castaño cortado a lo paje y unos ojos azules que daba gloria mirar. Pero Cavendish parecía tratarla como si fuera la hija de su portera.

—¡Hola!... No me acuerdo cómo dijo que se llamaba —fue su saludo.

—Stewart —respondió Bart furioso ante aquel olvido, que creyó deliberado. No sabía que Cavendish rara vez se acordaba de los nombres. No le interesaban más que las caras—. No creo conocer a la señorita.

—¡Oh, bueno! Es Maureen.

—Si coloca usted un Delaney detrás, habrá completado mi personalidad —dijo la joven, extendiendo la mano.

Tenía una figura escultural y Bart se dijo que era demasiado bonita para aquel pillo pendenciero de pintor. Pero era demasiado diplomático para decirlo. La joven iba vestida sencillamente, pero sus ropas eran caras y de un corte irreprochable. No era una simple empleada, desde luego. El apellido le dijo algo, aunque no podía recordar qué.

—Bueno, Stewart, venía a decirle una cosa y Maureen insistía en acompañarme. Le di mi nombre al cancerbero de fuera, porque me imaginé que quizá usted no querría recibirme. Y con mi nombre, no lo dudé —agregó malévolamente—: Lo respeta usted demasiado, ¿no es así, Stewart?

Bart empezó a enrojecer.

—No comprendo lo que quiere usted decir.

—¡Oh, sí! Quiero decir que sabiendo lo que yo sé, usted no podría negarse a recibirme. Tenga, coja este infernal libelo, al que dan el nombre de periódico, y eche una ojeada a la sección de crímenes. Parece ser que uno de esos antros, garitos que reciben el nombre de Bancos, ha sido robado. Justamente anoche, mientras yo me emborrachaba concienzudamente, el primo de su bella amiga morena, estaba librándose de las trabas que la sociedad nos impone desde que llegamos a este mundo acechante. Vaya, parece que ya no duda usted.

Bart tenía la mandíbula apretada. Maureen cogió el brazo del pintor y lo miró a los ojos. El hombre sonreía a boca llena.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó la joven, asombrada—. ¿De quién estás hablando?

—Escuche, Cavendish: no sé si usted sabrá las prerrogativas que tenemos los agentes federales. Pero, por si acaso no las sabe, le diré que podemos meter a una persona en la cárcel, registrar una casa sin permiso judicial y, otras muchas cosas. Pues bien: si ha venido usted a hacerme un «chantage»...

Cavendish se puso en pie de una manera tal, que un rey europeo le hubiera llamado hermano de haberlo visto. Era verdaderamente regio, pese a lo descuidado de su ropa.

—¡Miserable polizonte! ¿«Chantage», yo? ¿Yo? ¿Sabe usted con quién está hablando, ignorante guardador de una ley, que no existiría siquiera si dependiese de su capacidad intelectual?

Bart se puso en pie, menos mayestáticamente, pero con la misma eficacia.

—Basta de prosodia, Cavendish. ¿Qué es lo que quiere usted? No me venga hablando como si acabara de salir de Oxford y explique lo que desea. Tengo mucho trabajo.

—No he pisado Oxford en mi vida —dijo el otro, indignado.

—Está bien, está bien. ¿Qué desea?

—Divertirme —fue la sorprendente respuesta—. Actualmente, y debido a circunstancias que no es del caso mencionar —aquí se volvió y observó satánicamente a Maureen—, estoy sin trabajo. Sencillamente, al contacto con una mentalidad negativa en lo que a arte se refiere —nueva mirada—, he caído en una especie de postración anímica. Seguramente, usted no me entenderá.

Aquella gigantesca vanidad estaba indignando a Bart.

—Vaya al grano, ¿quiere?

—Usted aguardará. Pues bien: de esa postración anímica me sacará usted, mi desestimado polizonte. Pienso seguir este asunto paso a paso. No necesito recordarle que todas mis simpatías se encuentran de parte del transgresor de la ley, porque él es uno, y los de la Ley, muchos. Siempre, claro está, que no se cometa asesinato alguno, y el robo haya sido ejecutado de una manera perfecta o casi perfecta. Detesto el asesinato, y sólo creo que se debía matar a aquellos que pintan malos cuadros. Son, en realidad,

las únicas personas indignas de vivir.

Bart pensó un momento sin apartar la vista de aquel desconcertante individuo. Por debajo de toda aquella palabrería había vida, una vida intensa, que se manifestaba en cada uno de sus movimientos. Que era atrayente, no hacía falta mucho tiempo para verlo. Le bastaba las miradas de aquella chica Delaney. Ésta hablaba ahora.

—No debe hacerle mucho caso, míster Stewart. Lo más seguro es que ofrecerá dinero a ese muchacho para que se escape o le dará consejos, que no lograrían sino ponerlo a mal con la Policía. Es especialista en enredar las vidas de los demás.

—Cuando tus circunvoluciones cerebrales lleguen a poder coordinar dos ideas seguidas que no se refieran a vestidos o a hombres, será la ocasión en que puedas hablar. De lo contrario, debes tener, al menos, esa prudencia que evita a las personas de deficiente constitución mental el estar haciendo el ridículo constantemente.

El párrafo se las traía. La joven enrojeció violentamente y bajó la vista. Bart se puso en pie, indignado.

—Mire, Cavendish: anoche lo golpeé a usted dos veces y me están picando las manos de ganas de volver a hacerlo. ¿Es que no tiene usted la menor consideración a una señora?

—Para mí, las señoras merecen la misma consideración que las criadas —dijo el otro, con toda desfachatez—. Esto no quiere decir que trate a las criadas como si fuesen señoras. No importa, Maureen está acostumbrada.

La joven irguió la cabeza valientemente.

—Me he cansado ya, Joe Cavendish —le dijo—. Te lo advertí antes de que saliésemos de tu casa. No volveré a soportar ninguna de tus impertinencias.

—Me parece muy bien por tu parte —repuso Cavendish—. Pero, por ahora, déjanos discutir a míster Stewart y a mí lo que vamos a hacer.

—No discutiremos nada —repuso Bart, sin sentarse de nuevo. Tenga usted la bondad de salir del despacho.

—No hará eso, Stewart. Me gustaría seguir de cerca este asunto. Su acompañante de anoche, la señorita... Era un nombre de animal, me parece... Eso es, Fox[2], pues esa señorita no desearía que yo

empezase a hacer preguntas, y los reporteros, que siempre me persiguen de cerca, también podrían estar enterados... En fin, creo que podría usted considerarlo mejor.

—¿Has dicho Fox? —preguntó Maureen.

—Eso dije. ¿Qué contesta, Stewart? Me gustaría ayudar.

—¿Ayudar tú? —preguntó burlonamente la irlandesa—. Únicamente a complicar las cosas ayudarías tú. Vamos, creo que yo ya he estado bastante tiempo aquí. Me voy a mi casa.

—Espera un poco. ¿Qué contesta, Stewart?

—¿Qué es, exactamente, lo que pretende, Cavendish? ¿Qué clase de ayuda Quiere prestar?

—¡Oh, no lo sé! Pero me gusta observar y mirar. Ésta es una magnífica ocasión para ello.

—Yo me voy —repitió Maureen.

—Nos vamos —corrigió Cavendish—. Vamos, decídase, Stewart. Quiero conocer a ese muchacho que ha tenido el valor de saltar por encima los convencionalismos sociales y penales.

—¿Me promete usted que no hablará a ningún periodista en tanto yo lo hago? Y recuerde que aún no se sabe si fue él o no fue.

—El que conozca a Rosie no vacilaría en pensar que sí —fue la sorprendente declaración de Maureen Delaney—. ¡Pobre Jimmy!

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo estabas enterada de...? —empezó a decir Cavendish.

De pronto, al darse cuenta de que la joven conocía a los Fox, se mostró más sorprendido aún.

—Hicimos la guerra juntas, en el Cuerpo Auxiliar —dijo la irlandesa—. Y he seguido visitándola después. Conozco a Jimmy y a Rosie y sé que ésta es una bruja, siempre pidiendo dinero. Todas mis simpatías están de parte de Jimmy, pero me imagino que si ha robado tendrá que pagarlo.

—Así es —dijo gravemente Bart—. Así ha de ser.

—¿Por qué no me has hablado nunca de ellos? —preguntó Cavendish, mirándola torcidamente.

—Porque son gente de paz, por eso mismo no lo hice. Además, te hubieras enamorado indefectiblemente de Vivian y no quería que lo hicieras. La trastornarías, como trastornas a todas.

Cavendish le dirigió una mirada indefinida, una mirada muy extraña, que Bart no supo interpretar. En aquel momento, un

hombre vestido de paisano abrió la puerta sin llamar, lanzó una mirada distraída a los dos visitantes y luego se dirigió a Stewart y le habló al oído un momento. Bart asintió con la cabeza.

—Encárguese usted de recibir los partes —le dijo en voz alta—. Yo he de salir un momento.

Cuando el hombre se marchó, se volvió hacia los otros.

—Bien; mañana hablaremos. Yo tengo un trabajo del que debo ocuparme ahora. He tenido un gran placer en conocerla, señorita Delaney, aun cuando no puedo decir lo mismo de su acompañante. Hemos hablado escasamente media hora y ya nos hemos golpeado e insultado.

—No es tan malo como parece —dijo ella ambiguamente—. Si se le sabe llevar.

—Indigna criatura —murmuró Cavendish.

La tomó del brazo con aire posesivo y se dirigió a la puerta.

—No se olvide, Stewart —dijo—. Quiero seguir este asunto de cerca.

Y salieron definitivamente. Bart, con rapidez, metió los papeles en el cajón de la mesa, escribió una nota y salió también. Un coche del Gobierno, como es natural, lo esperaba a la puerta, pero no quiso tomarlo. En vez de ello, cogió el autobús que sube por Lafayette, hasta Cooper. Allí, el «bus» torció por la calle Ocho, ya que la Siete es de dirección Este oeste. Pero un poco de tiempo después llegaba a la vista del parque Tompkins.

Una criada negra, de una gordura excepcional y con inmensos ojos perennemente asombrados, le abrió la puerta. Y casi la primera persona que vio fue a Vivian, vestida con un vestido de casa y un delantalito.

—Pasa —le dijo—. Estaba preparando un pastel con una receta de mi abuela.



En todos los buenos quioscos venden
AVENTURAS DEL F. B. I.
Los malos quioscos venden malos
cuadernos infantiles

V



RA una callecita estrecha, que, de costumbre, estaba llena de las banderitas de papel y de los farolillos a los que son tan aficionados los chinos. Las primeras se habían deshecho en la lluvia y los segundos habían sido retirados. Una vida intensa y subterránea larveaba en el barrio chino de Nueva York, pero sin salir a la superficie, salvo en forma de burbujas infectas y malolientes, como riñas, peleas y asesinatos.

Los comerciantes chinos, persas e indios se habían retirado ya y echado cuádruples cerrojos a sus puertas, mientras que los descargadores chinos y negros se peleaban en las tabernas alrededor de las botellas de «*whisky*» de centeno y de cerveza fuerte.

—En una habitación que daba a la callejuela que tentacula entre Doyers y Mott, una de tantas como se arrastraban por el fango del barrio chino, había dos hombres. Uno de ellos estaba acariciando

amorosamente un fajo de billetes de cien dólares y el otro enredaba con las cerraduritas de una gran cartera de piel de cerdo.

—Deja eso —dijo Tony Bearl, sin dejar de mirar sus billetes—. O, por lo menos, rompe la cartera para sacar lo que haya dentro.

—No me gustaría romper un chisme tan magnífico —dijo Kanarian, sacando un alambre del bolsillo y empezando a hurgar de nuevo.

Por fin, con un suspiro de satisfacción, abrió una de las cerraduritas.

—Ya está una —dijo—. Ahora, la otra.

No se le resistió mucho. Cinco minutos después, ya estaban las dos abiertas. Levantó las diferentes tapas de los compartimientos de la cartera, pero hizo una mueca de decepción.

—Cuando yo decía... —empezó—. Ese hombre era un oficinista que se llevaba a casa trabajo para seguir laborando como una hormiga. Papeles llenos de números y demás. Ni un céntimo.

—A ver eso, enséñamelo —pidió Tony.

Se trataba de veinte o treinta hojas, algunas mecanografiadas y otras llenas de números en diferentes casillas.

—Parece algo de una fábrica —dijo, por fin—. Deberías quemarlo, no sea que vaya a servir de pista a los «polis» si encuentran el coche. Por de pronto, ya te han quedado las huellas digitales en los papeles y en la cartera. Lo mejor que puedes hacer es quemarlo.

—¡Mira, lo que voy a hacer es guardar mi dinero en esta cartera, aunque tenga mis huellas digitales! Es una preciosidad de chisme, y no valdrá menos de treinta dólares.

—Bueno, pero, por lo que más quieras, quema los papeles.

—Sí, claro, eso sí.

Ambos fumaron en silencio durante un rato. Lo rompió Tony.

—Yo creo que deberíamos marcharnos ya. No me gustaría que la Policía descubriese este escondrijo, por bueno que sea. Lo que debemos hacerles volver a nuestra casa, cada uno a la suya. ¿Crees que Jimmy habrá hablado?

—Mira lo que te digo, Tony. Jimmy es uno de esos chicos que hasta que se deciden a hacer una cosa de éstas, dejan pasar siglos; pero una vez que la han emprendido... Bueno; entonces ya no hay nada que hacer, siguen hasta el final.

—Espero que sea así. De lo contrario, siempre estaremos a tiempo de dar el salto. Tengo unas enormes ganas de conocer Argentina y Brasil, con sus bailarinas españolas.

—Vámonos.

Kanarian metió los billetes en la cartera, en compañía de los papeles, que estaban cogidos por un clip y cerró el chisme, aunque procurando que las cerraduritas no encajasen. Él era muy capaz de construir dos llavecitas en poco tiempo, y eso sería lo primero que haría cuando estuviera en su casa. Luego, salieron a las callejuelas del barrio chino, barridas por el viento y por la lluvia. Caminaron por él hasta salir a la calle Pell y allí encontraron un «taxi», que al poco tiempo los dejó en casa de Kanarian. Vivía éste en la calle de Greenwich, casi esquina a la Sexta Avenida, en un pisito bastante confortable. Ni Tony ni Kanarian estaban fichados por la Policía porque siempre se habían dedicado a la pequeña estafa ingeniosa. Eran ambos maestros en esta clase de cosas y jamás se habían dejado coger. Era la primera vez que intervenían en un asunto de gran escala, pero éste había sido fructífero.

Ahora ya podían ambos usar sus coches respectivos sin miedo. Los tenían en un garaje cercano, pero de momento no necesitaban utilizarlos. Eso sería a la mañana siguiente, para ir a dar el pésame a Jimmy Fox.

—Sube a tomar una copa —dijo Kanarian hospitalariamente—. Creo que nos la hemos ganado de sobra.

Subieron al piso. Éste era reducido, tres habitaciones, contando la cocina y un cuartito de baño, pero confortable. Y exterior, lo que ya es mucho en estos tiempos del aire acondicionado.

—Hugh, cierra esa ventana —dijo Tony estremeciéndose—. No sé cómo puedes soportar estas temperaturas polares.

—No te preocupes de la ventana —dijo Kanarian—. Verás en cuanto abra el regulador de la calefacción, cómo se pone el cuarto. Ahí en el armario, tienes «*whisky*», «ginebra» y «soda». Sírrete la cantidad que quieras. Y, una cosa. Hoy podrías dormir aquí si quieres, ahí en el diván. Te diré que siento ganas de hablar con alguien ¡Ah!

Esta exclamación iba dirigida a los billetes. Los estaba acariciando otra vez. Tony sonrió comprensivo.

—Claro, a mí me pasa lo mismo.

La mesita en la que manipulaba Kanarian estaba al lado de la ventana. Abrió el regulador de la calefacción y el cuarto empezó a caldearse agradablemente.

Tony, con un vaso de «*whisky*» en la mano, sonrió beatíficamente.

—Lleva cuidado con el viento. No vaya a ser que te vuelen algunos «papiros» de éstos. Sería de ver la cara de sorpresa que pondrían algunos paseantes si de pronto empezaran a caerles billetes en la cabeza.

—No seas agorero, hombre. Espera, me parece que se ha abierto la ventana de la cocina. Voy a cerrarla.

—Puso una botella sobre los billetes y se fue a la cocina. Tony terminó su vaso y se preparaba a acercarse al sofá cuando se apercibió de que la corriente de aire se había tornado casi borrascosa y se precipitó para sujetar los billetes. Llegó a tiempo de poner una mano para impedir que la botella cayera al suelo, pero no pudo sujetar los folios de fino papel cebolla.

La corriente iba en el sentido de la cocina a la sala, de manera que los papeles, sujetos por un delgado «clip», revolotearon y el viento cogió la primera, hinchándola como la vela de un navío. Al momento, el grupo entero se levantó en el aire y salió ligeramente por la ventana.

—¡Eh! —exclamó Tony asombrado—. ¡Caramba, si no llego a coger los billetes...!

La corriente cesó bruscamente al hacerse Kanarian con la ventana de la cocina. Un momento después el compañero de Tony estaba de vuelta a la sala.

—Mira —le dijo Tony—. Deberías darme las gracias, porque la botella que pusiste sobre los «papiros» se iba a caer. Había tanto aire que los papeles volaron por la ventana.

—¡Maldita sea! —dijo Kanarian sonriendo—. Te invito a otra copa. Ahora que... ¿Qué hablaste de las huellas digitales? Y si alguien encuentra esos papeles y los devuelve y...

—Vamos, hombre, no debes alarmarte. Está lloviendo y eran de papel fino. Ya puedes imaginarte que no resistirán hasta mañana en un charco, a lo mejor. No. Lo más probable es que amanezcan hechos pulpa.

No obstante, ambos se asomaron a la ventana. Ésta daba a un

patio abierto por uno de los lados que salían a la calle. Pero estaba muy oscuro y la lluvia parecía arreciar.

—Bueno, no te preocupes. Como mañana tenemos que salir temprano, ya los buscaremos si es que no están convertidos en barro. A tu salud, chico, y que disfrutes tu «pasta» con toda felicidad.

—Lo mismo te digo, amigo. Pero aún beberemos otra.

El viento es muy juguetón. A veces parece que Puck, el geniecillo, ha hecho alianza con él para causar la mayor cantidad posible de trastornos a los humanos. Ahora, una ráfaga espantosa que hubiera conmovido una casa mal cimentada, elevó delicadamente el grupo de hojas de cebolla y lo hizo planear hasta chocar con la pared frontera del patio. Allí, rozando el muro, descendió hasta tropezar en un alero. Allí volvió a caer en poder del viento, que lo echó abajo de nuevo, para posarlo graciosamente en un abrigado y seco alféizar. Y allí quedaron, resguardadas de la lluvia y el viento.

Jimmy y Rosie estaban sentados uno frente a otro en la cómoda salita cuando Bart penetró en ella. Jimmy levantó la vista. Parecía fatigado y tenía unas grandes ojeras circundándole los ojos de violeta. La mano que oprimía el cigarrillo que estaba fumando, temblaba perceptiblemente.

¡Hola! —dijo tratando de expresar sorpresa—. Hola, hombre. Hacía ya muchos años que no nos veíamos, ¿eh, viejo? —Y se levantó para alargarle la mano.

Rosie también se levantó y se le quedó mirando. Era tan hermosa como había dicho Vivian, más aún. Era más hermosa de lo que pudiera ser la misma Vivian, aunque una belleza en cierto modo muy diferente. Por la calle, la mirarían a ella la primera. Pero, los ojos de los hombres se irían seguidamente a la blanquísima tez y el negrísimo pelo de Vivian.

La belleza de Rosie era exótica, de los pies a la cabeza. Su manera de mirar y de sentarse, todo en ella estaba calculado para hacer resaltar la hermosura. Solamente un Jimmy podía haber tenido el suficiente poco seso como para casarse con ella. A la primera ojeada se dijo que era una egoísta completa.

—Hola, Jim —le dijo.

—Mira, te presento a mi mujer. Rosie, éste es Bart, un viejo

amigo del colegio de Vivian y mío.

—Conozco montones de amigos de tu colegio —dijo ella con ligero fastidio—. ¿Quiere usted tomar algo?

—No, gracias. Jim, si no te molesta querría hablar contigo un momento. Espero que no le molestará, *mistress* Fox.

—Por favor, no me llame así. Odio ese apellido.

—Pues ya lo conocías antes de casarte conmigo —dijo Jimmy conciliador—. No es tan malo, después de todo. Al menos, no es tan corriente como Jones o Smith o alguno así. Desde luego, Bart, pasa por aquí.

—Seguro que viene a darle un sablazo —dijo Rosie con un gesto duro en la boca pintada de un rojo intenso—. Como si lo viera.

—Verás cómo Bart no tiene necesidad de pedir dinero a Jim —dijo Vivian irritada. Gana bastante. Más que Jim. Y no te olvides de que si alguno de nuestros antiguos amigos necesita ayuda, nosotros se la prestaremos.

—Es muy fácil sentirse generoso cuando se tienen cien mil dólares en el Banco —contestó Rosie, comida literalmente por la envidia—. Pero si como yo, tuvieras que atenerse a un sueldo escasísimo, en el que no está permitido casi ni lo elemental...

—¿Llamas elemental a un gabán de pieles de veinte mil dólares, querida? —preguntó Vivian—. ¿Por qué no llamarlo necesidad ineludible? Mira, niña, te he soportado mucho y he visto también cómo te soportaba el pobre Jim, y creo que llevas las cosas demasiado lejos. Cuando te casaste con él ya sabías que había de sujetarse a un sueldo semanal. ¿A qué esas quejas? Él ha mejorado su sueldo, lo ha mejorado mucho más que otros maridos. ¿Por qué te casaste con él?

La cara de Vivian estaba transfigurada. Sus mejillas se habían coloreado por la ira y todo su esbelto cuerpo se hallaba en tensión. El saber que en estos momentos Jimmy no era más que un criminal había servido para destapar todas aquellas cosas que hasta ahora se había guardado.

Rosie dio un paso atrás.

—¿Estás loca? —preguntó—. ¿Cómo puedes decirme todas esas horribles cosas? Yo no pido sino lo que otras esposas tienen. ¿Por qué he de ser yo menos que las demás? Soy bella, y necesito...

Vivian se echó a reír acremente.

—Querida, no dirías que eres bella si te vieses en este instante. Escucha: soy tan bella como puedas serlo tú, y más joven también, y, sin embargo, si un hombre bueno y cariñoso, como Jimmy, me pidiera en matrimonio aun cuando tuviera que ganarse la vida trabajando con un sencillo sueldo, lo aceptaría. Recuerda que los años no pasan en balde, Rosie, y que, por regla general, las rubias sois más propensas que nosotras a engordar y a estropearse.

Rosie palideció ante aquello. Estaba acostumbrada a que todo el mundo la considerase hermosa, y no podía soportar con tranquilidad el que alguien le dijese que se iba haciendo vieja. Para ella, el incienso admirativo formaba parte de la comida diaria, le era tan necesario como el alimentarse.

—¡Tú!... —exclamó—. ¡Tú!... Lo que tú tienes es que estás enamorada de Jim, eso es lo que te pasa, y que lo has estado siempre, y a él te has referido cuando has dicho eso de que te casarías. ¡Eso es!

Vivian dio un paso rápidamente hacia adelante y descargó una sonora bofetada en la mejilla de Rosie. Fue un golpe no científico, porque Vivian estaba demasiado excitada para ello; pero debió de hacerle bastante daño. Rosie se llevó una mano a la cara, pero no era de esas personas que contestan a un golpe con otro, como hubiera hecho Vivian, sino de las que se ponen a lloriquear.

—¡Me has pegado! —sollozó—. ¡Maldita, maldita! ¡Atreverse a pegarme a mí!

—Sí —asintió Vivian—, y te pegaré cuantas veces me parezca bien. Alguien debió haberte pegado cuando eras pequeña, y no estarías entonces tan mal criada cómo estás. Sí vuelves a insinuar siquiera eso que has dicho de tu marido, te doy una paliza que te echará a perder ésa tan cacareada y respingada belleza. ¡A callar!

Se había puesto en jarras, con las manos apoyadas en las caderas, y parecía muy dispuesta a comenzar entonces mismo aquella paliza. Rosie se echó atrás, con los ojos muy abiertos, asombrada aún. Fue en aquel momento cuando oyeron ruido en el cuarto contiguo.

Jimmy y Bart habían entrado en la habitación. Jimmy fue hacia un armarito empotrado y sacó una botella.

—¿Un trago, viejo? —preguntó.

Barton Stewart no contestó. Le estaba mirando fijamente, con el

ceño fruncido y un gesto duro en la boca.

—¿Qué te pasa? —preguntó Jim. Estaba nervioso, y su mirada se había tornado huidiza—. Parece...

—¿Dónde tienes el dinero? —Fue lo único que dijo Bart.

—Él... el di... nero... No sé qué quieres decir. ¿Me vas... a atracar? —añadió, en un intento por recobrar su jovialidad.

Bart atravesó la habitación y lo cogió por las solapas.

—¿Dónde tienes el dinero, maldito idiota? ¿Dónde lo tienes? ¿No comprendes que aún puedes salvarte si el dinero reaparece? ¿No comprendes que es tu única probabilidad de no ir a la cárcel? Si el dinero se devuelve ahora, no tendrás más que dejar el empleo del Banco y marcharte a otro Estado; pero si no lo devuelves... ¡maldita sea tu estampa! irás a la cárcel por un tiempo no menor de diez años. ¡Habla! ¿Dónde lo tienes?

Jimmy pugnó por desasirse, pero el otro lo dominaba con su estatura y sus músculos. Por el contrario, Bart lo sacudió cómo podría hacerlo un terrier.

—¡Habla, maldito! ¡Habla!

Jim se ahogaba casi. Con los ojos desorbitados, veía tan cerca de sí aquella cara pálida, de mentón decidido.

—¡Bart! —gritó—. ¿Estás loco? ¡No sé de qué me estás hablando!

Stewart lo dejó caer en una silla y se le quedó mirando desde su altura.

—¿Vas a contestar? —preguntó.

—Pero... ¿es que te has vuelto loco? ¿Qué diablos quieres decir?

—Es inútil que sigas fingiendo, Jimmy. Completamente inútil Sé que pensabas hacer algo para allegarte más dinero, y el robo del Banco ha caído demasiado justo a tiempo para que sea una simple casualidad. ¡Lo has hecho tú, y por Dios vivo que voy a meterte en la cárcel! No te olvides que compete a la Oficina Federal cuanto se refiere a tu Banco. Has tirado por la ventana toda una vida de trabajo. ¿Para qué? Para tener unos dólares más: que no te alimentarán, no lo dudes. Jamás le alimentó a nadie el salirse de la ley.

Lo dominaba tanto física como moralmente. Jimmy pareció que iba a hacer un último intento de negarlo, y medio se incorporó. Bart lo sujetó de nuevo, sin dejar de mirarle, echando llamas por los

ojos. Jimmy era su amigo, lo había sido desde el colegio, y además estaba Vivian, que quería a su primo ciegamente. El golpe había sido doloroso, y por ello precisamente se portaba de una manera más brusca. Alzó la mano y le dio una sonora bofetada que lo tiró hacia atrás.

—¡Habla, maldito! ¡Habla, antes de que sea más tarde!

Los ojos de Jim, detrás de los lentes, se llenaron de lágrimas. Ni por un solo momento aquel hombre, que se había portado valientemente cuando hubo de cometer el robo, pensó en defenderse. Para alguien que ha sido honesto durante toda su vida resulta muy difícil el mantener una actitud cínica cuando se sabe culpable.

—¡Bart! —susurró—. Bart, tú no comprendes, no puedes comprender...

—¿Qué has hecho del dinero, Jim? —preguntó Bart, inclinándose sobre él—. Habla. ¿Qué has hecho de él? Si lo devuelves, solamente te espera una pequeña condena y el despido del Banco. Pero hay algo que no podrás borrar ya, y es el estigma de... ¡ladrón!

—Esta última palabra la pronunció demasiado fuerte. La puerta se abrió, y las caras de Vivian y de Rosie aparecieron bajo el dintel.

—¡Fuera de aquí! —ordenó Bart autoritariamente, volviéndose hacia ellas—. ¡He dicho que fuera! —Y ambas caras se ocultaron precipitadamente. Bart volvió de nuevo a la carga—: ¡Habla, condenado idiota!

—Bart... ¡Oh, Bart, te lo ruego! Ya lo sé, he perdido todo; pero es que tú no puedes comprender... Lo necesitaba tanto... Era para mí tan imprescindible... Mi mujer, Rosie... no podía...

—Eres un imbécil —declaró, un poco más tranquilo, Bart ante la confesión tácita del otro—. Un completo imbécil. El que tu mujer sea una egoísta no debió jamás hacer de ti un ladrón. Un ladrón, Jim. No puedes quizá todavía darte cuenta de lo que encierra esta palabra, pero yo sí lo sé. Significa que todo el mundo, cuando esté enterado, te señalará con el dedo. Significa que no podrás jamás vivir tranquilo, porque te atormentarán los remordimientos día y noche. Significa el que tus amigos no confiarán en ti. Significa todo eso. La ley, Jim, protege a todo aquel que es inocente, pero para que pueda, seguir protegiendo a los inocentes es necesario que

suprima a los que atentan contra la propiedad del prójimo o contra su vida. A Dios gracias, no encontraste en tu camino un guardián en el Banco. De lo contrario, quizá a esta hora serias un asesino, porque el ladrón, para continuar en el incógnito, a veces necesita matar. Y ¿sabes lo que te esperaba entonces? La silla, la silla caliente.

—¡Oh, Bart, yo jamás hubiera atentado contra un semejante! Pero no comprendes que...

—¡Cállate! Dime dónde está el dinero. En cuanto a tu mujer, ¿es que nunca has pensado que a veces vale más una paliza que el consentir todo cuanto ella quiera? Una buena paliza te hubiera librado del deshonor y de la persecución de la ley. ¿Es que no lo pensaste? Un hombre que ha tenido agallas para robar un Banco bien puede tenerlas para poner en su sitio a una esposa que no puede continuar en su puesto. Sí, eso es lo que debieras haber hecho. Y ahora, Jim, por última vez: ¿qué has hecho del dinero?

—Lo... lo tengo, Bart —dijo el otro, quitándose los lentes con ademán desamparado. Es... decir, tengo parte... Yo...

Bart sintió que un frío intenso le recorría la columna vertebral. ¿Conque aquel hombre había tenido cómplices? ¿Conque había tenido que repartir el botín con otros? Poseído de una cólera que ya se estaba tornando irrazonable, lo volvió a agarrar por las solapas.

—¿Dónde, miserable? ¿Dónde lo has puesto? ¿A quién se lo has dado?

—No puedo decirlo, Bart... Juré que no delataría a los demás, y...

Bart le golpeó una y otra vez en la mandíbula y en la parte alta del cuello, en sitios donde pudiera dolerle más. Jim ahogó un gemido e intentó zafarse.

—¡Bart! —Gruñó.

—¿Quiénes son? ¡Habla, o te deshago! ¿Quiénes son?

Jim no podía continuar así mucho tiempo. Los remordimientos se le habían tornado intolerables, y el sentimiento de su propia culpa le embargaba. Bart sabía bien lo que hacía al alternar los golpes con los razonamientos con un individuo de carácter débil, como el de Fox. Sabía palpablemente que de un momento a otro tendría que declarar, y así fue como ocurrió.

—Suéltame, Bart; te lo diré todo.

—Habla.

—Son Tom Kanarian y Tony Bearl —dijo Jim.

Y se echó a llorar como un niño. Bart lo soltó, se separó de él y encendió un cigarrillo con mano firme.

—¡Que Dios se apiade de ti si no logramos recuperar el dinero! Yo voy a moverme como una centella, y espero recobrarlo. Dame las señas de esos individuos.

Y Jim Fox, aún sacudido por los sollozos, se lo dijo.



P A D R E:

**¡PROPORCIONA UNA GRAN ALEGRÍA A
TU HIJO!**

REGALALE

Aventuras del F. B. I.

VI



ART Stewart llegó a su despacho sin haberse parado en ninguna parte. Allí le esperaban varios partes, pero lo primero que hizo fue ponerse a dar órdenes. Un momento después, dos agentes federales se presentaban en su despacho.

—Preparen un coche —ordenó. Y prepárense ustedes para actuar. Dentro de un minuto salimos de aquí.

En aquel momento se fijó en uno de los partes. Asombrado, lo cogió y lo leyó. Era el informe de un policía patrullero de Newark, en el que anunciaba haber puesto una multa a un automóvil que estuvo un buen rato parado en las cercanías del Banco, conducido por un borracho. Acompañaba al parte una nota explicando las características del coche y su matrícula. Bart abrió los ojos.

—¡Vamos, rápido! —ordenó—. Díganme cuál era la matrícula del coche del ingeniero Slassen.

Uno de los hombres salió corriendo, y volvió al cabo de un momento. La matrícula era exactamente la misma y las características coincidían por completo. Bart se llevó las manos a la cabeza.

—¡Dios mío! —dijo—. Escuche —le ordenó a uno de sus subalternos—. Vaya inmediatamente a la calle Siete con un par de policías, al número doscientos cincuenta y cinco y póngase en la puerta.

Si un individuo de estas señas —y le describió rápidamente las de Jimmy— intenta huir, échele mano, sin andarse con contemplaciones. ¡Vivo!

El hombre escapó como una centella. Bart se echó su pistola al bolsillo y se dirigió al otro:

—Vamos —dijo.

El coche policíaco los llevó rápidamente hacia la calle de Greenwich, casi esquina a la Sexta Avenida. Aquella parte del barrio bohemio de Nueva York estaba bastante animada, sobre todo en lo que se refería a los bares. Salían de éstos canciones báquicas, y de vez en cuando se cruzaban con algún personaje pintoresco que parecía haberse escapado de Montmartre.

La casa cuyas señas le había dado Jimmy, no obstante, estaba a oscuras.

—Lleve usted cuidado —le dijo Bart a su acompañante—. Ignoro si esos tipos son peligrosos o no, pero no podemos confiarnos. Me parece que sólo son un par de raterillos.

—Sí, señor.

Cuando llegaron a la puerta, Bart se echó a un lado.

—Llame usted de una manera amistosa, pero ocúltese en cuanto lo haga.

El policía tocó la puerta con los nudillos y se hizo rápidamente a un lado. Silencio. Completo silencio.

—Repita la llamada —dijo Bart.

Una nueva llamada. Esta vez, desde dentro, una voz ahogada preguntó quién era.

En Quántico se enseña a pensar aprisa. El federal, sin vacilar, respondió lo más plausible:

—El comprobador del gas, señor.

—Vuelva mañana —respondió la voz—. Ahora estoy en la cama.

—Lo siento, señor, pero es ésta la última casa que me falta por recorrer, y no tengo más remedio que llevar todas las comprobaciones a la central. No le molestaré en absoluto, señor. Es que, de lo contrario, podrían cortarles el suministro.

Oyeron dentro una maldición, y poco después la puerta se abrió lentamente. Una cara despeinada apareció en el umbral. El propietario de la cara iba vestido con una bata de casa.

—Ésta es la primera vez que vienen tan tarde, y me pienso quejar a la... —empezó a decir el hombre, cuando de pronto vio que el policía no llevaba el uniforme de la Compañía. Quiso cerrar la puerta de nuevo, pero Bart se le echó encima con sus ciento ochenta libras de peso y le empujó hacia atrás. En la mano del federal brillaba una pistola.

—Quieto, hermano, o te envío al otro mundo como una centella —dijo el policía federal que acompañaba a Stewart—. Las zarpitas, arriba.

Kanarian se echó atrás, pálido como un muerto. En aquel momento, Tony apareció en la puerta de la sala con una pistola en la mano. Al ver lo que ocurría vaciló, pero inmediatamente levantó la pistola.

—¡Cuidado! —gritó Bart, haciéndose a un lado. Su arma habló dos veces, y con un grito desgarrador Tony soltó la suya, mirándose la mano, por la que chorreaba la sangre espesa.

—Os lo previne —dijo Stewart—. A ver, el dinero. Y... hermanos, a ver lo otro.

Kanarian empezó a hablar:

—Esto es un abuso intolerable. Somos gentes honradas. ¿Es que los «gángsters» no pueden dejar tranquila a la gente?...

Bart le enseñó su chapa, acercándose mucho a él al hacerlo.

—

F. B. I.

—le dijo—. ¡Vamos, moveos! ¿Dónde está el dinero y... lo otro? Me refiero al dinero del Banco Federal de Newark.

—¡Yo no sé!... —empezó Kanarian.

El policía federal le dio un golpe en la boca con no demasiada fuerza, pero sí la suficiente como para hacerle sangrar. Bart se había

acercado a Tony.

—¡Vamos, el dinero!

En aquel momento vio la sala, con la ventana abierta. Encima de la mesita, tapado con un paño, había un bulto. Se acercó a él y lo destapó. Lanzó un silbido.

—¡Bien, mis amigos! Parece que ya está aquí. ¡Vamos! En la Jefatura tienen un recado para vosotros.

—Le juro —empezó Tony dolientemente—. Nosotros no hemos robado...

—Bien —Bart le cogió por los hombros.

—Lo otro —exigió—. ¡Venga lo otro!

—¿Qué otro? Nosotros, inspector, fuimos allí; pero ¿qué otro?

—¡Calla, imbécil! —gritó Kanarian—. ¿No ves que te quieren sonsacar?

—¿Sabes lo que le cuesta a uno traicionar a su país? —preguntó Bart—. ¿Lo sabes, rata? La silla eléctrica.

Tony pegó un verdadero alarido.

—¿Traición? —gritó, y Kanarian se puso lívido.

—Exagera, polizonte. El robar un Banco, y no confieso que lo hayamos robado, no es traicionar a un país. Es traicionar solamente a los que tienen mucho dinero.

—¿Dónde están los documentos? Vamos, no habéis podido entregarlos ya a... quien os pague para ellos. Nunca hubiera pensado, al veros, que seríais capaces de dar dos golpes de ese calibre en una misma noche.

Kanarian y Tony Bearl empezaron a darse cuenta de que algo no funcionaba bien. Los habían descubierto e irían a la cárcel, como ladrones, sí, pero no como traidores. ¿Documentos?

—Está usted intentando asustarme —dijo Kanarian débilmente y sin tanta fanfarronería.

—Cuando el país resulta traicionado, no puede uno andarse con contemplaciones —dijo Bart. Se aproximó a Kanarian, lo cogió firmemente por las solapas y le acercó mucho la rodilla al vientre.

—¡Dame los documentos, maldito, o, te mato aquí mismo!

—¿Qué documentos? —preguntó Kanarian, intentando inútilmente librarse de aquellas zarpas.

—Ne te hagas de nuevas, rata. ¿Dónde están? He perdido ya la paciencia. Si me obligas a tener que registrar la casa para

encontrarlos, procuraré que el juez te eche unos cuantos años más. Si me lo dices... Y que Dios se apiade de tu alma si los has entregado a los que te pagan.

A este punto, Kanarian y Tony se sentían ya poseídos por un pánico cervical. Sabían lo que espera a los traidores, pero no sabían, en cambio, ni de qué hablaban aquellos dos energúmenos.

—No sabemos a qué se refiere, se lo juro —dijo Kanarian—. No tenemos documento alguno. Robamos el Banco, sí, señor; pero no tenemos documento alguno. En la caja del Banco no había ningún documento.

Algo andaba mal allí. O eran muy listos, o... Bueno; no quería ni pensarlo. Era mejor sacárselo todo en la Jefatura, donde disponían de argumentos adecuados.

—Quédese usted aquí —ordenó el agente—. Yo me llevo a estos pollos donde puedan hablar clarito y alto. Ya lo creo que trinarán. Registre el piso. Y pida por teléfono que venga más gente.

Empujó a Tony y a Kanarian y los sacó a la escalera. Un momento después estaban en la calle y se encaminaban hacia el coche, cuya puerta iba a abrir el chófer, desde el «baquet».

Kanarian dio de pronto un grito:

—¡Ahora, Tony!

Y se lanzó como una centella sobre Bart. Éste estaba despreocupado. En el rato en que había estado arriba, había llegado a considerar que ambos eran un par de ratas sin importancia, a las que no había por qué temer. Cuán equivocado estaba, tuvo ocasión de comprobarlo en este momento.

Kanarian le golpeó en el brazo, haciendo caer la pistola al suelo, y le dio con el codo en la barbilla. Aun para un hombre de medianas fuerzas, este golpe suele resultar muy duro, y Kanarian no era nada flojo. Stewart perdió el equilibrio y cayó al suelo, mientras el policía chófer sacaba su pistola. Pero ya Kanarian y Tony corrían en derechura al cruce de Greenwich y la Sexta.

—No dispare —gritó Bart al ver que el chófer apuntaba con su arma.

Pero su recomendación llegó tarde. Un solo disparo y Tony, que era el segundo, se desplomó al suelo, después de vacilar unos pasos. Había perdido alguna sangre y, además, estaba poseído por el pánico. Pero ya Kanarian había desaparecido en la esquina.

—¡Maldita sea! —rugió Stewart, echando a correr, seguido por el chófer, que había saltado ya del «baquet».

Tony yacía boca abajo, y un charco de sangre empezaba a formarse debajo de su cuerpo.

—Cuídelo —ordenó Bart.

Y corrió de nuevo hacia la esquina. Ni rastro de Kanarian. A pesar de la lluvia, unos cuantos transeúntes, al oír el disparo, empezaban a apretujarse, tratando de informarse sobre lo que ocurría. Pero fue inútil que los preguntase, porque ninguno de ellos se había fijado en el hombre que corría. En Greenwich Village ocurren cosas raras a menudo.

—¡Maldito una y otra y otra vez! —rugió, volviendo sobre sus pasos.

Pero el alma se le cayó a los pies cuando el policía conductor levantó la cabeza de sobre el cuerpo de Tony.

—Lo siento, señor —dijo—. Está muerto. Le he tocado en el corazón.

«Si no encontraban a Kanarian, jamás se sabría dónde estaban los documentos», pensó Bart, sintiendo que la fatalidad se apoderaba de él. Había tenido al ladrón en sus manos y lo había dejado escapar.

Un registro minucioso del piso dio un resultado negativo. Los documentos, pues, debían haber sido entregados ya al que pagaba por lograrlos. Pero, intensificando la vigilancia en los aeródromos, podría evitarse el que salieran fuera de la ciudad. Nueva York tiene una fuerza de diecinueve mil policías. Cinco mil de ellos, todos los que estaban libras, montaron guardia en puentes, carreteras, autopistas y aeródromos, amén de que la Policía portuaria patrulló durante el resto de la noche, vigilando los muelles y registrando los barcos que salían.

Un carguero soviético fue sometido a un registro tan perfecto, que el capitán ruso se quedó sin media barba a fuerza de mesársela con desesperación ante el retraso. Pero ni uno solo de los papeles apareció. Al amanecer, Barton Stewart llegó a su piso deshecho materialmente, a causa del cansancio y de la tensión. Cada media hora, el general Van Stiller telefoneaba y cada momento que pasaba su voz se hacía más angustiosa. A las siete de la mañana, se pensó en el Ejército y el

F. B. I.

envió doscientos hombres, especialistas en robos.

Una cosa era segura: la cartera había sido hallada, pero los papeles ya no estaban en ella. Y no había en ella más huellas digitales que las del muerto, las del profesor Slassen y otras, que se supuso serían de Kanarian. A éste lo buscaba la Policía activamente. Pero Nueva York es muy grande. Seguramente se habría escondido en algún sitio imposible de prever como no fuera por una casualidad.

Cerca de un millar de confidentes abrieron los ojos y los oídos y llenaron los bares, sin conocerse unos a otros, pero todos al husmeo de lo mismo. Venta de unos papeles importantes o situación de Kanarian, el que, por otra parte, era muy poco conocido en el hampa neoyorquina. Muchos de ellos ni siquiera habían oído hablar de él, porque Kanarian operaba siempre en esferas más altas. De todas maneras, abrieron ojos y oídos. Ésta era la situación a las siete de la mañana.

La mujer era una alemana rubia, con el pelo color de miel, alta, robusta y activa. Bien es verdad que ella había nacido en Norteamérica, pero sus padres habían llegado directamente desde Sajonia, con sólo un hatillo de ropa y veinticinco marcos. Ahora, ella se había casado con un buen ingeniero, de origen alemán también, y tenía un piso, tres robustos «*babys*», rubios como el padre y la madre y muy norteamericanos. Era, pues, tan feliz como pueda serlo cualquier mujer. No se preocupaba de que las mujeres americanas se levantaran tarde si no tenían que trabajar en algún sitio, ni quería que el marido le llevase el desayuno a la cama. No, ella, a las seis de la mañana, ya estaba en pie, cantando «*lieds*» con su armoniosa voz de contralto y echando de cuando en cuando una mirada a sus hijos y al marido, que en aquellos momentos empezaba a levantarse. Si algún día ella no cantaba, cuando el padre se tenía que levantar, era casi seguro que su Sigurd se pondría de mal humor y todo le saldría mal.

Así, pues, cantando, se puso a preparar el desayuno. Buenas tostadas crujientes, mermelada, crema, manteca y salsa de tomate. Sigurd comía mucho, aunque no engordaba demasiado, cosa de la que ella se alegraba.

Como era una mujer tan activa, enseguida se sintió sofocada y abrió la ventana de la cocina. Luego siguió trajinando. Aún no llovía, pero pronto empezaría, de manera que en cuanto la atmósfera, demasiado caldeada, se hubo refrigerado un tanto, volvió a cerrar la ventana.

—«Mein Gott»! —dijo, viendo aquella cosa blanca—. ¡Qué poco cuidadosa es la gente! Deberían pensar qué los papeles viejos están mejor en los galpones para la basura.

Y como era muy limpia y muy cuidadosa, cogió el montón de papeles cebolla, ligeramente arrugados, y los puso sobre el galán suyo. En cuanto vinieran los del servicio, de limpieza, se desharía de ellos.

En aquel momento, Frederick, el más pequeño de los «kinden», apareció en la puerta de la cocina restregándose los ojitos con gran energía.

—¿Qué quieres? —preguntó su madre—. Deberías estar durmiendo hasta la hora de ir al colegio.

—Tengo hambre. Quiero algo de la comida de papá —dijo el chiquillo.

—¿Sí? Bueno, toma.

Preparó un emparedado de carne fiambre y se lo dio. El chico miró a su alrededor, vio los papeles, tan blancos, y les echó mano.

—¡Deja eso! —ordenó su madre—. No se toca lo que está en el galpón de los desperdicios.

El chico se apoderó de una de las hojas, porque tenía aficiones pictóricas y se la llevó, sin que la madre se diese cuenta.

Los del servicio de limpieza pasaron al filo de las siete. Para entonces, ya la mujer se había dado cuenta de una tremenda confusión en la casa y en la calle, pero no era mujer que se preocupase de esas cosas. Vio muchos uniformes y, hombres que corrían, al otro lado del patio abierto, pero se limitó a decírselo a su marido cuando éste, silbando, se levantó dispuesto a ir al taller donde trabajaba como ingeniero.

—Algún robo o algo así —declaró el hombre, sentándose a la mesa y empezando a desayunar—. No te preocupes. Pero, mientras yo esté fuera, no tengas la puerta abierta, como acostumbras. Anoche me parece que oí algo así como un disparo.

—¿Tú crees?

—Estuve en la guerra, querida, y no creo equivocarme. Ya lo leeremos en la Prensa.

Terminó de desayunar y se marchó. La mujer lavó los cacharros, terminó de arreglar la casa y luego se puso a preparar el desayuno de los rapaces, que ahora se levantaban. Sobre la cama del pequeño, doblada, quedó una hoja de papel cebolla, que, por una cara, estaba llena de cifras y números. Por la otra, de pintarrajeadas figuras, que al crío se le antojaban animales de la selva.

Joseph Cavendish se desperezó como un felino y se levantó. Tampoco sentía gana alguna de trabajar, por lo que pensó que lo mejor sería no intentarlo siquiera. Por ahora le corría más prisa su curiosidad, insaciable para todo lo que no le concerniera; el enterarse de cómo iban las cosas que se relacionaban con aquella familia Fox. Así que cogió el teléfono que tenía en el estudio e, importándole un pimiento el que nada más fuesen las nueve de la mañana, telefoneó a un número que no venía en la guía. Una voz de hombre le respondió, un poco secamente.

—Quiero hablar con Maureen —dijo—: ¿Es usted el mayordomo?

—Soy míster Delaney —contestó la voz, con gran dignidad—. ¿Quién quiere hablar con mi hija?

—Cavendish, míster Delaney. Dígale que se ponga inmediatamente al aparato. Es urgente.

—También lo es dormir, míster Cavendish —anunció el otro, con una voz que parecía salir de un frigorífico—. Tenga usted la bondad de llamar más tarde, a una hora razonable.

—El que las horas sean o no razonables, míster Delaney —anunció Cavendish—, es algo que no le concierne a usted en manera alguna, a que no va a ser el despertado. Su cargo senatorial no le autoriza a usted a poseer el exacto conocimiento de qué es lo que puede molestar a los demás. ¿Quiere avisar a su hija o tendré que actuar de otra manera?

—¡Váyase usted al diablo, Cavendish! —chilló el irlandés—. Y no intente volver a acercarse a mi hija porque sería capaz de...

Cavendish colgó con una maldición, se vistió rápidamente, sin afeitarse, poniéndose una arrugada chaqueta de pana y unos pantalones de mecánico sobre la camisa a cuadros y salió a la calle, echándose el impermeable sobre los hombros.

El senador Delaney, presidente de una comisión senatorial para algo relacionado con la energía atómica, vivía en la calle Quince, esquina a la Sexta Avenida, en una casa bastante lujosa, ya que él tenía bastante dinero heredado de su padre, un rico plantador de Luisiana. Cavendish llamó al timbre una, dos veces, tres, de esa forma que excita los nervios de los que escuchan, por su rapidez y apremio.

La criada negra que acudió abrió mucho los ojos, pero Cavendish no estaba para contemplaciones.

—Vamos, ve y despierta a tu ama. Y si tu amo se despierta, peor para él, porque vengo decidido a golpearlo con un atizador en la cabeza. ¡Corre, maldita sea tu estampa!

Y la negra corrió, vaya si corrió. Pero cuando la muchacha, Maureen, llegó, no venía sola. La acompañaba un hombre, al que Cavendish estaba empezando a conocer bastante bien. Barton Stewart, del

F. B. I.

—Hola, Cavendish —dijo.

Y entonces entró también otro hombre. Un hombre alto, de pelo blanco y cara muy roja. El senador Delaney.

—¡Cavendish! —Gruñó belicosamente—. Fuera de mi casa o llamo a la Policía.

—Pues ahí tiene usted un guardia para hacer uso de él —respondió el pintor, con no menos belicosidad y señalando a Stewart. Éste enrojeció al oírse llamar guardia.

—Más vale que no empiece con sus modales estúpidos —le dijo—. Sabrá usted que ya no tiene ninguna presión en absoluto que ejercer sobre *miss* Fox, porque se ha detenido a su hermano, acusado del robo de un Banco federal. Conque usted sale del asunto.

—Eso se lo ha creído usted, polizonte. Me gusta enredar en las cosas de los demás y esto no va a ser una excepción. Maureen: ¿quieres acompañarme a comer? —agregó, con escasa cortesía.

—¡Maureen! —gritó su padre.

La joven se volvió a uno y otro y por fin movió la cabeza negativamente.

—No —dijo—. Bastante tiempo has estado haciendo tu voluntad. De ahora en adelante haré yo lo que me parezca. Adiós, tengo que hacer.

—Está bien, mujer estúpida. Puedes hacer aquello que a tu corta y poco experimentada inteligencia parezca lo mejor dadas las circunstancias, pero, por mi parte, mujer, ¡puedes irte al diablo! —Y se marchó muy digno.

Stewart miró a la joven y se echó a reír.

—Es todo un caso —comentó.

—Es un sinvergüenza —opinó, enfurecido, el senador—. Voy a emplear toda mi influencia, que no es precisamente poca, para que le formen juicio por escándalo en la vía pública. No hace más que emborracharse, y tú, Maureen, debías tener el suficiente talento y la suficiente dignidad y amor propio para no mostrarte en público con semejante escoria.

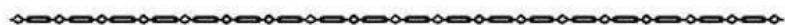
—Bueno, pues no puedo evitarlo —declaró ella tristemente—. Ya sé que es todo lo contrario de un hombre cabal, papá, pero estoy enamorada de él. Ahora que esto lo termino yo de una vez para siempre. Inspector, ¿es verdad que va usted a detener a James Fox?

—Así es —repuso él, apesadumbrado y bajando la vista—. Créame que lo siento, pero no hay duda de que él fue. Ya ha confesado, por otra parte.

—Está bien. Creo que debo ir a ver a Vivian y a Rosie, aun cuando bien sabe Dios las pocas ganas que tengo de mirarla siquiera. Ella, y sólo ella, es la que ha arrastrado a Jimmy a todo este embrollo. ¡Pobre Jimmy, tan buen chico como es! Me iré con usted, inspector, si ha terminado ya lo que tenía que decir a mi padre.

El inspector del
F. B. I.,
miró al anciano.

—Sí, creo que ya hemos terminado de hablar —dijo.



EN LOS MEJORES QUIOSCOS DE ESPAÑA
su niño puede adquirir:
AVENTURAS DEL **F. B. I.**
¡LO MEJOR Y MAS ECONOMICO!

VII



ADA se puso conseguir durante las horas siguientes. Los documentos no aparecieron y una comisión senatorial, de la que formaba parte el senador Delaney, interpeló en el Congreso, al que fue llamado el director de la Oficina Federal. Durante dos horas, la comisión y el director Hoover estuvieron a puerta cerrada, discutiendo, pero cuando el último salió, las caras de los senadores parecían más animadas.

La búsqueda prosiguió implacable, pero sin ninguna pista. Doscientos policías especializados en descubrir pistas buscaron sin descanso a un hombre alto, de negra barba, que atendía al poco corriente nombre armenio de Kanarian, pero también fue inútil.

Kanarian no andaba muy lejos. Sencillamente, en su refugio de China Town, sin afeitarse, casi sin comer y muerto de miedo. Había visto cómo habían matado los policías a su compañero, a su amigo

Tony, y él estaba poseído del pánico. Sabía que algo se había torcido en sus cosas, porque jamás hubiesen tirado a matar los agentes de la Ley si no fuera porque se trataba de un asunto más profundo que el simple rabo de un Banco.

Tenía hambre, y frío, y sed, y todo junto mezclado. A estas horas, los «polis» le andarían buscando como demonios para pedirle aquellos papeles... aquellos papeles que él no tenía, que no sabía siquiera de qué se trataba.

Y fue, seguramente, esa especie de lucidez que brota en los momentos en que la angustia, el miedo y otros fenómenos anímicos, y físicos se apoderan de nosotros, la que hizo que una idea que hasta entonces no había cruzado por su mente, atravesase ésta ahora con la velocidad del relámpago en noche de verano.

—Sí, los papeles —dijo, de pronto, medio atontado por lo brusco de la transición—. Los papeles de la cartera. ¡Dios mío! ¿Cómo ha podido ocurrir eso?

Conque habían tenido en sus manos documentos importantes, que la Policía buscaba tan activamente y con tanto interés, que no vacilaba en matar para recuperarlos. Tony había muerto no a causa de un asalto a un Banco, sino porque, involuntariamente, se habían apoderado de unos papeles que estaban en el coche que robaron.

¡Dios, Dios! Eso era algo que solamente ocurría en los folletines.

Y había otra cosa. ¿Quién los había denunciado a ellos? ¿Quién? ¿Quién podía ser más que... Jimmy Fox?

Tony, el buen Tony, amigo de sus amigos, sincero y jovial, había muerto porque un miserable como Jimmy Fox los había traicionado a la Policía. Seguramente que se había marchado de Nueva York y luego quería echarles a ellos la culpa. Claro, la Policía había sabido que el coche robado llevaba papeles importantes y luego la denuncia de Jimmy los había puesto sobre la pista.

Tony, el gran Tony Bearl que hubiera sido incapaz de matar a nadie, el que con tanta gracia e ingenio sabía sacar el dinero en estafas perfectamente calculadas, había sido muerto por causa de aquel renacuajo. Eso, la traición, sólo se paga con la muerte. Él se proporcionaría un arma y vería de encontrar al canalla de Jimmy, aunque le costase la vida también. Tony Bearl tenía que ser vengado. Y pronto.

Su cara, sombría por la barba, se endureció. Se echó por encima

un gabán viejo y, sin vacilar, se dirigió a la puerta. La abrió y al poco rato estaba en aquella sombría calle, barrida por el viento.

Muy cerca de allí, en la acera de enfrente, había uno de los numerosos bares que refrescan las sedientas gargantas de los maleantes. Se dirigió hacia él y se metió de rondón entre la pesada atmósfera, cargada de humo de cigarrillos y vapores alcohólicos.

Se dirigió a la barra y se apoyó en ella. El hombre que estaba tomando un «*whisky*» lo miró con indiferencia y siguió trasegando su bebida. El «barman» se aproximó.

—Pida, amigo.

—Escuche —dijo Kanarian—: necesito un cachorrillo. Poca cosa y que no cueste mucho, ¿sabe? Quiero dar un susto a un amigo. ¿Dónde podría comprarlo?

El «barman» lo miró sin indicar comprensión alguna en su rostro bovino.

—¿Eh? —preguntó Kanarian.

La misma actitud. El armenio se convenció de que sería completamente inútil, porque él no era de los parroquianos normales en aquel bar. En ese momento, el hombre que bebía «*whisky*» a su lado se volvió hacia él.

—¿No sabe que si le oyese un policía podría llevárselo a la seccional, amigo? ¿Dónde se cree que ha entrado? ¿En un arsenal?

Kanarian se dio cuenta de que todos los clientes de la taberna que le hubiesen oído pedir el arma estarían contra él, nada más que porque no le conocían.

—Está bien —dijo—. Me voy.

El hombre lo detuvo.

—¿Necesita mucho ese chisme? —preguntó en voz baja.

—Claro. Ya le digo que es para asustar a un amigo.

—Sí, ya; un susto que acabaría en Bronx, ¿no es así? [3].

—No, hombre. Es sólo eso, una broma —pero Kanarian lo dijo de una manera que no dejaba lugar a dudas.

—¿Cinco dólares? —preguntó el otro.

—Es mucho dinero para mí.

—Pues sígalo buscando. Ya verá cómo tropieza con algún guapo y lo meten en la cárcel.

—Está bien, démelo.

—Venga conmigo.

Lo llevó a una casita, no muy lejana de allí, en la que tenía, por lo visto, alquiladas un par de habitaciones. De un armario bastante sucio, y de entre un montón de ropas que olían desagradablemente, sacó un pequeño revólver, un «Derringer» viejo y se lo tendió. El arma aquella, en su estado actual, no valía casi ni cincuenta centavos. No es que Kanarian supiera mucho de armas, pero eso lo vio enseguida.

Kanarian pensaba rápidamente. Siempre había sido un hombre pacífico, pero ahora, ante la grave injuria que se le había hecho y la muerte de su amigo Tony, se sentía lleno de insospechadas fuerzas.

Miró un momento al otro y de pronto avanzó el brazo con toda fuerza, golpeándolo en la mandíbula. Cogido de improviso, el hombre que le iba a vender el arma, vaciló y cayó al suelo. Kanarian, agachándose sobre él, le volvió a golpear una y otra vez, hasta que tuvo la seguridad de que no recobraría el conocimiento en bastante tiempo. Luego lo ató cuidadosamente con una cuerda que halló en el armario, después de registrarlo bien. Ante su inmensa sorpresa, se encontró con que el hombre, a pesar de su aspecto desharrapado, llevaba encima casi trescientos dólares y una magnífica pistola belga de la «Fabrique National», un arma cien veces mejor que el viejo «Derringer» que le ofrecía comprar.

Se guardó los dólares y el arma y salió a la calle. Él no sabía, ni sabría nunca, que aquello le hizo quedar en libertad varias horas más, porque el hombre al que acababa de golpear y dejar sin conocimiento, era uno de los más expertos confidentes de la Policía, y lo había reconocido ya.

No detuvieron aún a Jimmy Fox, porque el asunto de los documentos desaparecidos había complicado las cosas. La Prensa estaba ya pidiendo la cabeza de los autores del robo del Banco, que era el único que conocían, pero no podían darles el pasto de los papeles en manera alguna, porque se armaría un revuelo internacional.

Pero estaba en su casa, mientras Barton Stewart se ponía en comunicación con Washington, en una de las habitaciones y sin que pudieran verle más que los policías. Stewart se había confiado a él, pero aseguró no saber nada de los documentos. Él había subido en el coche, después de que Tony Bearl y Thomas Kanarian lo robasen y no sabía en absoluto nada acerca de la cartera de piel de cerdo.

«Esto —pensaba Bart— podía ser verdad y podía no serlo, pero no había, por el momento, manera alguna de comprobarlo».

En aquel momento estaban allí Rosie, anegada en lágrimas, que Maureen, con su vivacidad gaélica, calificaba de cocodrilescas; Vivian, pálida, pero decidida, y Maureen, cuando la doncella anunció que un caballero de modales un tanto extraños quería ver a la señorita.

—Dígale que no estamos para nadie —dijo Vivian, fastidiada, porque ya le estaban cargando las lágrimas de Rosie—. No quiero ver a nadie ahora.

Pero el caballero de modales un tanto extraños había tomado la decisión de entrar sin que nadie pudiera evitárselo. Apareció en la puerta.

—No se moleste en decirle eso a la doncella, *miss* Fox, porque sería completamente inútil.

—Debe usted comprender, *míster* Cavendish... —empezó a decir Vivian, pero Maureen le hizo señas de que se callase.

—No es el momento para que vengas tú a hacer juegos malabares con tus palabrotas —le dijo a Joe.

Éste se irguió, muy ofendido, pero en el fondo encantado, porque no había cosa que le agradase más que una buena y edificante discusión a voces. Al oírlo, Bart Stewart salió del cuarto donde estaba Jimmy. Al verlo, Rosie levantó la cabeza.

—¿No puedo verlo? —preguntó, acongojada.

Bart la miró con compasión, mezclada a cierta ira.

—No. Sí está en tu casa es porque no queremos llevarlo a la cárcel aún, pero no verá a nadie más que a mí. Hola, Cavendish. Veo que se ha empeñado en mezclarse en lo que no le concierne, y empiezo a sentirlo por usted.

¡O'Shean!

—llamó.

El policía irlandés apareció en la puerta.

—Haga comprender al caballero que su presencia no es absolutamente necesaria —le dijo.

Y el «cop» se volvió hacia el pintor. Éste adoptó una postura peligrosa.

—No intente acercárseme, porque le doy una paliza —advirtió.

El irlandés, sin perder la calma, sacó la porra y se preparó a

actuar, pero no fue necesario. Vivian se interpuso.

—Haga el favor de marcharse, míster Cavendish. Ya ve que no son estos momentos para peleas. Mi primo...

—Si se trata de serle útil, no tendré ningún inconveniente en marcharme —anunció pomposamente. Se volvió a Maureen y le dijo —: Ven conmigo —pero la joven movió la cabeza negativamente; ante esto, ya se marchó.

Salió de la casa en un estado muy fácil de comprender. Habían prescindido de él y ya no podía, en manera alguna, ejercer presión sobre los otros. Maldijo furiosamente a la lluvia que le mojaba la cabeza y decidió meterse en algún sitio a beber unas copas.

No se había comprado un coche por pura desidia, porque dinero en el Banco tenía para eso y para mucho más; pero era muy abandonado. Ahora se metió en el primer bar que encontró a mano y pidió un «*whisky*» doble sin soda de ninguna clase. Llamó dos veces «Ganimedes» al camarero, pero fue completamente inútil su afán de molestar, porque el mozo no sabía ni una palabra acerca del afeminado escanciador de los dioses griegos.

En vista de ello, giró la mirada alrededor para ver si había alguien susceptible de arremeter contra él. El único parroquiano que vio era un hombre de espesa barba negra, que llevaba seguramente tres días, lo menos, brotando de sus mejillas, y una pareja de mulatos en una de las mesas del fondo. El hombre bebía «*whisky*» también y parecía muy nervioso. Cavendish se puso a mirarlo muy insolentemente, hasta que el otro volvió la vista y lo miró con distracción. Era la ocasión buscada por el pintor.

—¿Qué mira, vagabundo? —preguntó.

El hombre de la barba sin afeitar apartó la vista, pero ya Cavendish había visto en sus pupilas sombrías un fuego intenso, que a su sensibilidad artística le dijo que algo no andaba bien en aquel hombre. Pero la sensibilidad artística de Cavendish era sumamente veleidosa. Así como otras veces podía comprender, aunque desde un punto de vista objetivo, las tragedias de los demás, ahora le dio por molestar, debido al especial estado de ánimo en que se hallaba.

—Me refería a usted —dijo, acercándosele más—. ¿Qué diablos estaba mirando?

—Haga usted el favor de no armar jaleos —dijo el del mostrador, apoyándose en éste—. Tómese su «*whisky*» en paz o

tendré que llamar a un guardia.

—Pues llámelo, ¡con cien mil pares de demonios encarnados! — Fue la contestación—. En cuanto a este vulgar y agitanado caballero de los caminos, lo voy a...

El hombre de la barba se había vuelto de nuevo hacia él con un peligroso destello en los ojos.

—¡Déjeme en paz! ¿Lo oye? ¡Déjeme en paz enseguida o no respondo de mí mismo!

También era ésta la ocasión buscada por Cavendish para descargar su mal humor. Levantó el puño y, antes de que el «barman» pudiera interponerse, lo había descargado sobre la mandíbula del otro, derribándolo al suelo. Entonces ocurrió algo muy curioso.

El hombre, medio atontado, echó mano al bolsillo del viejo gabán que vestía y sacó algo.

—¡Cuidado, una pistola! —grito el mulato derribando su mesa para protegerse él y proteger a su compañera en caso de posibles disturbios. Lo que menos podía imaginarse Cavendish era que alguien iba a sacar una pistola en una calle céntrica de Nueva York y liarse a tiros con él, pero sin embargo, eso fue lo que ocurrió. El hombre de la barba disparó dos veces contra él y a la segunda sintió cómo algo le rozaba la oreja derecha. Instintivamente dio un paso atrás y se llevó una mano a la parte dolorida. Luego, al ver que el otro volvía a levantar la pistola, pues el movimiento para incorporarse le había hecho desviar el arma, se dejó caer al suelo, como si hubiese sido tocado más gravemente.

El de la pistola se puso en pie entre los estridentes chillidos de la mulata, y, haciendo girar su arma hacía todas partes, se alejó hasta llegar a la puerta. Una vez allí, dio una gran zancada y salió a la calle. Al instante, Cavendish se incorporó entre atroces juramentos y se precipitó tras él, bien dispuesto a no dejar aquello sin su correspondiente castigo.

El hombre había echado a correr desesperadamente en dirección norte, y él lo siguió, pero a los pocos momentos un embotellamiento de tráfico y un paso de peatones lo detuvieron, y tuvo la desesperación de ver que desaparecía entre la gente.

Volvió a la taberna bastante más malhumorado que antes, para ver si alguien conocía a aquel individuo. En la puerta estaba un

policía patrullero que le echó mano al instante.

—¿Qué ha sido del otro? —preguntó precipitadamente. Cavendish se desasíó dignamente y se limpió con la mano el trozo de tela que tocaron los dedos del guardia.

—Disparó contra mí, pero se me ha perdido —explicó con aquel tono humillantemente pacienzudo, como si se dirigiera a un niño, que solía emplear con las personas a las que consideraba de inferior capacidad intelectual.

—Si le cojo, lo destrozo con mis propias manos.

—Pues usted tuvo casi toda la culpa —dijo el camarero belicosamente—. El pobre hombre parecía enfermo y usted empezó a llamarle vagabundo y algunas cosas más. No sé por qué tuvo usted que meterse con el pobre hombre.

Cavendish hizo un ademán de saltar sobre el camarero, pero el guardia lo apartó brutalmente. Por un momento, pareció que ambos se iban a enzarzar en una lucha, pero al final, la porra del guardia contuvo los ímpetus del pintor.

—Describame al hombre, hermano, y no llame vagabundos a las personas. No tiene usted una facha muy bonita que digamos. Desde luego, no es un figurín.

—No creo que pueda usted dejar de ser, ni aun siquiera por corto tiempo, lo suficientemente estúpido cómo para entenderme si se lo describo —recitó retorcida e insultantemente el pintor—. Pero se lo explicaré —y, ayudado por sus ojos y su memoria de pintor, le describió en un momento los detalles. Y no solamente hizo eso, sino que, de una manera casi vertiginosa por lo rápida, dibujó en el mármol un perfil de un parecido notable. El camarero se inclinó sobre el dibujo y exclamó admirado que sí, que estaba muy bien hecho. El policía lo examinó con aire indiferente, pero de pronto pareció alertarse.

—¿Era así, efectivamente? —preguntó.

—Cuando yo dibujo una cosa, no me equivoco jamás —anunció Cavendish con todo su orgullo profesional brotándole por los poros de la piel—. Así era, ignorante cancerbero.

Al policía no le importaban insulto más o menos y se dirigió al teléfono como un rayo y marcó el 3001.

—Patrullero Miles, señor —dijo cuándo le pusieron con quién deseaba hablar, un inspector de Policía—. Diga a los federales que

me parece que un hombre muy parecido al que buscan por lo de los docu... por lo que ellos saben, andaba rondando hace un momento por los alrededores de la Quince y Quinta Avenida. Voy a salir inmediatamente en su busca, porque ha escapado después de tirotear a un individuo en un bar. Sí, señor. No puede andar lejos.

Cavendish se olvidó de su herida al momento. Su fino oído había captado la palabra interrumpida de «docu...», lo que solamente podía ser una cosa: «documentos».

—No se mueva ninguno de ustedes de aquí —ordenó. Se llegó a la puerta y empezó a silbar desesperadamente. Un momento después, otro guardia llegaba corriendo.

—Que no se mueva nadie de aquí —le dijo a su compañero—. Me voy.

Y salió sin dejar de silbar para llamar la atención.

El

F. B. I.

trabaja siempre a una velocidad meteórica. Ninguna Policía en el mundo es capaz de moverse con tanta rapidez y tener las cosas preparadas en tan poco tiempo. Escasamente un cuarto de hora después de que el patrullero avisara por teléfono, veinticinco coches llenos de detectives, empezaban a cerrar el tráfico silenciosamente en el espacio comprendido entre las calles Diez a la Veintiuna y las avenidas Sexta y Cuarta. Y cada uno de ellos radiaba cada dos minutos un mensaje con dirección a la central y a los demás coches.

Las tabernas fueron visitadas por agentes de paisano y policías de uniforme y todas las caras examinadas atentamente, ya que cada uno de los agentes llevaba grabadas en la imaginación las señas de Kanarian. Pero el mayor alarde fue el de que, transcurridos diez minutos desde la llamada, «ya existía un retrato de Kanarian». Porque cuando el inspector Barton Stewart, llamado apresuradamente, desde Centre Street, llegó a la taberna, disimuló bastante bien su sorpresa al encontrarse allí con un Cavendish sumamente furioso, pero no la disimuló cuando vio el retrato, casi caricaturesco, en el mármol del mostrador.

—¿Podría usted pasar a carbón eso? —preguntó. Cavendish se engalló.

—Yo puedo hacer cualquier cosa, caballerete, pero no si no me da la gana hacerla, ¿comprende? Si me dice usted lo que ocurre,

quizá lo piense y se lo haga.

Un inspector del

F. B. I.,

de los que habían llegado desde Washington, un hombre seco y alto, de pelo completamente blanco y con ojos de gran inteligencia, sonrió comprensivamente.

—Tiene usted razón, míster Cavendish. Un hombre como usted no puede regirse por las normas de todos los demás. Me gustó mucho su último retrato de la señora Van Stroewe. Era algo maravilloso.

La cosa así, parecía idiota. Estar perdiendo el tiempo hablando de cuadros cuando Kanarian quizá escapaba en aquellos momentos, era, pensó Bart, no solamente idiota, sino criminal. Pero se había olvidado de algunas de las lecciones de psicología que en Quántico les diera el profesor Karl Brünner, directamente importado de Alemania para dicho fin.

El efecto fue instantáneo, Cavendish, sonriendo de una manera superior, sacó del bolsillo de su chaqueta de pana un trozo de carbón de dibujar y en cuatro trazos repasó el dibujo que había hecho con un lápiz. Barton hizo una seña rápidamente y un fotógrafo, provisto del «*flash*», avanzó portando un maletín.

—Una habitación oscura —dijo uno de ellos autoritariamente.

—Trabajan ustedes aprisa —dijo Cavendish, admirado a su pesar —. ¿Qué ocurre?

El inspector jefe de Washington le sonrió respetuosamente.

—Un caso que concierne a todo el país. Usted es americano, ¿no es así, míster Cavendish? —dijo, más bien que preguntó, de una manera casual.

Si alguien en el extranjero le preguntaba a Joe Cavendish si era americano, su réplica dejaba completamente abrumado a su interlocutor, porque de ella se desprendía que sí, que no solamente era americano, sino que estaba muy orgulloso de serlo, que América era la nación más grande que había existido, que existía y que existiría en el transcurso de los siglos y que, además, el país de su interlocutor era pobre, en medios y en inteligencias, y que él, Joseph Cavendish, sentía un profundo desprecio hacía tal país.

Pero si se lo preguntaba un americano, la cosa variaba. Hay que tener en cuenta la especial idiosincrasia del pintor.

—Sí, por desgracia —admitió—. ¿Qué hay con eso?

—Estoy seguro de que podemos confiar en su discreción, míster Cavendish. Después de todo es usted una figura pública, un ciudadano eminente...

Cavendish expresó bien a las claras lo que sentía hacia las personalidades públicas y los ciudadanos eminentes, pero era perfectamente visible que se encontraba halagado en cierto modo.

—... Así, pues, míster Cavendish, no le ocultaré que tenemos vehementes sospechas de que el individuo que le ha querido matar a usted hoy, ha robado unos documentos demasiado importantes para la seguridad del Estado.

Cavendish no tuvo nada que oponer a esto. Se limitó a seguir mirando a su interlocutor.

—El espléndido dibujo que ha hecho usted servirá para localizar inmediatamente a dicho individuo, porque, desde luego, sé que estará lo más parecido posible.

—Guardando las distancias entre un retrato fotográfico y una pintura, sí —afirmó Cavendish—. Pero cualquiera que vea el dibujo y el original, no podrá confundirlos. En cambio, con una fotografía sería otra cosa.

El inspector jefe le interrumpió suavemente:

—Hemos de salir, míster Cavendish. ¿No querría usted venir con nosotros? Quizá le interesase ver nuestros métodos de trabajo. Por de pronto, ya ha visto usted que van a revelar y positivar esa fotografía aquí mismo. Dentro de cinco minutos ya estará, y dentro de diez, habrá ya varias docenas. Y si estuviéramos en Washington, en pocos minutos podríamos tirar miles. Aun así, ya es algo poseer un retrato del criminal.

Claro que quería ir con ellos. En realidad, se estaba muriendo de ganas, pero antes hubiera muerto que reconocerlo, así. Barton, que empezaba a comprenderlo, sonrió discretamente.

—Tengo mucho que hacer —anunció con orgullo mal disimulado—. Pero, bueno, creo que podré prestarles algunos de mis escasos minutos en su rutinaria tarea.

Y lo dijo como si pensase que aún les podía servir de ayuda.

Subieron a un coche, pero antes de partir, el fotógrafo les enseñó una prueba, recién sacada del agua. La fotografía era tan espléndida que hasta reproducía el fino granulado del mármol.

—Que vayan tirando con la mayor rapidez las copias —dijo el inspector jefe. Y el automóvil arrancó con rapidez, dirigiéndose hacia la calle Diecinueve.



LOS PADRES PUEDEN REGALAR
A SU HIJO LO MEJOR DE LO
MEJOR:

Un cuaderno de
AVENTURAS DEL F. B. I.

VIII



L ingeniero Sigurd Hofmann llegó a su casa con el mismo aspecto de cansado que siempre. Es decir, en él ese aspecto de cansancio era perfectamente fingido, pero le agradaba mucho que su rubia y hermosa mujer lo compadeciese, que los chicos le trajesen las zapatillas y el periódico y que el perro se le aproximase y se le sentase entre las piernas. El cansancio paternal era bastante explotado por él.

Aquella habitación, la salita, presentaba un acogedor aspecto, con las gayas alfombras, los muebles tapizados colonialmente, sobre maderas claras, las revistas y todo. Sigurd Hofmann se dejó caer en su sillón favorito, al lado de la ventana y miró por ésta.

—Ya va a llover —anunció—. Ya va a llover otra vez —y se quedó muy satisfecho con aquella predicción que no le había costado trabajo alguno porque ya había visto brillar en los cristales

las primeras gotas.

Su chico, el mayor, le trajo las zapatillas y su encantadora mujer, tan rubia y guapa con su delantal blanco, un anticipo de la cena, cosa que siempre acostumbraba hacer. El pequeño le cargó la pipa cuidadosamente, se la puso entre los dientes y el segundo se la encendió. Un encanto de paz familiar.

Luego, el pequeño, tiró del periódico de su padre, el cual se disponía a empezar a leer.

—¿Qué hay, Bebé? —le preguntó.

—Mira lo que he dibujado.

El padre miró la hoja de papel cebolla con el aire admirativo que el pequeño esperaba.

—Muy bonito —dijo—. Déjame que lea el periódico.

—Pues dame otra hoja para pintar más. En esta has hecho tantos números que no puedo pintar ya.

—No hago números en casa —dijo el ingeniero, empezando a encontrar un poco aburridos los dibujos de bebé.

—Sí, míralo como sí.

Y le enseñó el papel. El ingeniero Hofmann lo miró por encima nada más.

—Serán las cuentas de tu madre —dijo, tratando inútilmente de fijar sus ojos en el periódico de nuevo. Pero dio la casualidad de que mamá llegaba en aquel momento.

—¿Yo? Dios te bendiga. Yo no necesito hacer tantas cuentas, porque nunca me das dinero para tanto —anunció alegremente, con la seguridad de que estaba gastando una inocente broma a su buen marido. Éste también sonrió.

—Pues alguien le ha llenado de números la hoja a Bebé.

Mamá salió un momento a la cocina, y en vista de la imposibilidad de que Bebé lo dejase en paz, papá Sigurd se levantó a buscar una hoja en blanco, llevando a la culpable en la mano. De pronto, se quedó parado.

A un profesional como él, hay cosas que no le saltan a la vista en el momento, pero que su cerebro si retiene hasta que encuentra un huequecito por dónde pasarlo a la consciencia. Así le ocurrió que, al dejar de pensar en que quería seguir leyendo el periódico, se dio cuenta de que los números procedían de una mano culta y de que había un pequeño diseño a pluma en la parte de abajo de la hoja.

Sacó un papel, se lo dio al pequeño y se sentó en su sillón de nuevo, pero esta vez sin el periódico.

Efectivamente, una mano culta había trazado varias ecuaciones y operaciones que evidentemente, habían sido hechas con la regla de cálculo, a causa de su simplificación. El diseño representaba una especie de basamento y una forma maciza, de la que no habían dibujado tanto como para que se pudiera apreciar lo que era.

—¡Caramba! ¡Mamá! —llamó.

Su mujer apareció en el umbral con la rapidez característica de ella cuando de su marido se trataba.

—¿Qué, papá?

—¿De dónde ha salido esta hoja? —le preguntó interesado. Ella se acercó, la miró y frunció el rubio ceño.

—No sé... ¡Ah, sí! Esta mañana, al abrir las ventanas, me encontré ésas y otras muchas en el alféizar de la ventana de la cocina.

—¿Dónde están las otras?

—Eran papeles viejos, papá, y yo no sabía de dónde venían. Los tiré al galpón de la basura, naturalmente. No los iba a dejar por ahí. No sé cómo habrá podido coger ese Bebé. ¡Ah, sí! Ahora recuerdo que vino a la cocina mientras yo te preparaba el desayuno y entonces debió cogerlo.

—Es una lástima —opinó Sigurd—. Me gustaría ver algo más de ellos.

Volvió a mirarlos. Entendía perfectamente las operaciones, pero no sabía a qué se referían. No obstante, comprendía que era el trabajo de un técnico.

—¿Saben si vive algún otro ingeniero en la casa? —preguntó, sabiendo que lo que las mujeres no sepan acerca de los vecinos no es digno de ser sabido por nadie.

—¿Ingeniero? No, querido. Eres tú el único ingeniero.

—¿O algún profesor? Muy bien pudiera habersele caído a alguien y haber venido a parar al alféizar nuestro.

—Ningún profesor vive en la casa —dijo su mujer—. Son todos corredores de comercio o empleados en las oficinas.

Sigurd Hofmann se dirigió a la cocina y, apagando la luz, observó la fachada de enfrente, único sitio desde el que podían haber tirado aquello. En la fachada de enfrente, precisamente, vio,

un par de pisos más altos que la suya, una ventana encendida, por la que pasaba y repasaba una inconfundible silueta de policía. Entonces se acordó de algo.

—Mamá —llamó—. ¿Qué hay de ese jaleo que se oía esta mañana?

—¡Oh! —La mujer, aunque procuraba estar siempre enterada de todo, no era de las que molestan al marido a cada momento empenándose en referirle lo que ha pasado a la vecina del segundo o al chico del droguero de la esquina. Se enteraba para ella, por placer íntimo, pero nada más—. La Policía, que perseguía a un par de ladrones. Se quisieron escapar y un policía mató a uno. El otro escapó. Han dejado guardias arriba, en el piso de los jóvenes. ¿No los recuerdas? Uno de ellos tiene un apellido muy raro.

—No los recuerdo, querida, pero no es extraño —volvió a mirar la hoja.

—Eran de la Policía federal, del

F. B. I.

—dijo la mujer de pronto, destapando una de las cazuelas, de la que se escapó un suculento olor.

—¿Sí, querida?

—Sí, eso he oído.

El ingeniero continuó con la vista fija en la hoja, y luego miró hacia la fachada de enfrente, donde, a través de la iluminada ventana, se veía la silueta del «cop» pasar y repasar.

—Vuelvo enseguida, querida —dijo.

Ella lo miró asombrada.

—¿Dónde vas, papá? Nunca sales de noche —y había una tenue nota de sospecha en su voz.

Sigurd la abrazó riendo alegremente.

—Pues ¿no ves que me voy en zapatillas? Voy a charlar un rato con el policía ese de ahí arriba, para que me diga lo que ocurrió.

—Bien, querido. No te retrases, porque la cena está ya. Bébetela una cerveza antes, si quieres.

—Sí, dame un par de botellas. Invitaré al guardia, pobre hombre, tan solo. No tiene una esposa aquí —y se alejó riendo agradablemente. También la rubia esposa sonrió muy alegre.

Un guardia de inconfundible aspecto gálico le abrió la puerta al llamar.

—¿Qué quiere? —preguntó adustamente.

—Nada, es que he pensado que mi mujer podría enviarle a usted un poco de cerveza. Somos los vecinos de abajo y hemos pensado también en que un poco de café no le vendría mal con este tiempo.

El guardia perdió ferocidad cuando vio que el hombre iba en chaqueta de casa, zapatillas y tenía una cara de honrado que no podía con ella.

—Cerveza no puedo, estoy de servicio; pero un café no me vendría nada mal, se lo aseguro.

—Se lo subirán enseguida. ¿Puede decirme qué ha ocurrido? Trabajo fuera todo el día y al llegar a casa me he enterado de... — Se paró, animadoramente. Aquello era quitarle al guardia las palabras de la boca. El truco siempre surte efecto. Es como cuando alguien dice: «Sí, aquella chica rubia que se llamaba...» y se para. El otro contesta por el nombre, si es que lo sabe.

—... Unos ladrones. Robaron un Banco federal —dijo el policía—. Uno ha muerto ya y el otro no tardará en caer.

—¿Ocurrió algo más?

El policía lo miró con leve sospecha.

—No, señor —dijo tan firmemente que Sigurd comprendió que estaba mintiendo.

Hubo un silencio.

—Es que, verá —dijo por fin el ingeniero—. No sé si esto tendrá algo que ver con lo que ocurrió anoche, pero el caso es que...

Y le contó la historia con germánica precisión, sin olvidar un solo detalle. El policía no debía de ser hombre de grandes luces, pero al ver el papel se apoderó de él inmediatamente como un tigre se apodera de su presa.

—Gracias, amigo. Espere un momento. ¿Tiene usted teléfono en su casa?

—Sí —venga— respondió Sigurd, dándose cuenta de que algo nuevo ocurría.

Un momento después, desde el teléfono de los Hofmann, el policía llamó a la central. Y escasamente diez minutos más tarde se oyó ruido de coches en la calle. Al cabo de un instante, el inspector Stewart, del

F. B. I.,

llegaba al departamento, corriendo como si le persiguiesen. Varios

hombres vestidos de paisano lo seguían.

—A ver, ese papel —pidió—. El policía se lo tendió, pero el inspector, naturalmente, no podía sacar nada en claro.

—Telefoneen al profesor Slassen y al general Van Stiller —ordenó a uno de sus subordinados—. Y ahora, señora, explíquemelo todo.

Mistress Hofmann lo volvió a repetir. Para cuando terminó, nuevos coches y gran número de agentes de paisano y de uniforme habían invadido la casa, ante la angustia de la mujer, que veía sus suelos repletos de puntas de cigarrillos y grandes manchones en el encerado. El profesor Slassen y el general Van Stiller, abrochándose precipitadamente los trajes, llegaron enseguida, y el profesor, despeinado, hambriento de noticias, se precipitó sobre el papel.

—¡Éste es! —aulló enloquecido. ¡Éste es, por Dios! ¡Los demás, los demás!

Se le repitió la historia y el hombre palideció horriblemente.

—Los han robado —repetía—. Los han robado.

El inspector jefe de Washington le ordenó callar secamente. Luego se volvió hacia Stewart.

—¿Qué le parece? —preguntó.

—Pues... —empezó el inspector pensativo—. No logro concordar todo eso. Si hubiésemos cogido a Kanarian... Pero creo que es evidente que los hombres que robaron el Banco, los mismos que se apoderaron de los documentos, no sabían lo que tenían entre manos. Pero cómo vinieron a parar al alféizar de esta casa es algo que no puedo comprender.

—Eso se verá después. Empezé las investigaciones.

Con gran rapidez, Stewart empezó a dar órdenes. Al final de cada una de ellas, un hombre salía corriendo hacia la calle. Al cabo de poco tiempo, los peritos en huellas habían declarado que aquella hoja era un hervidero de ellas. Se pudieron localizar enseguida las del profesor Slassen, las de *mistress* Hofmann y las de su marido, las del policía que montó guardia, en casa de Kanarian y las del muerto Tony Bearl. Y otras que se supusieron ser las de Kanarian en persona, pero de eso ya no se tenía seguridad completa.

Las órdenes fueron cumplidas al momento. *Mistress* Hofmann identificó inmediatamente la fotografía sacada del dibujo de Cavendish con el que hasta la noche anterior fuera su vecino, sin

lugar a dudas, de manera que de eso ya estaban seguros. Los partes continuaban llegando, y poco a poco se iba llegando a la conclusión de que el perseguido se escondía en alguna en el cuadrilátero que estaban vigilando los coches policíacos.

La primera orden fue ir a consultar al departamento de limpiezas del Ayuntamiento de Nueva York. El hombre que corrió para averiguarlo telefoneó al cabo de muy poco tiempo, diciendo que las basuras eran llevadas al crematorio dentro de las veinticuatro horas de haber sido recogidas, lo que se llevaba a cabo con gran precisión, porque en una ciudad tan gigantesca como Nueva York no podían permitirse posibles focos de infección producidos por basuras acumuladas.

Pero había otra cosa. Aun en un país rico, como son los Estados Unidos, la pobreza y la mendicidad, y algunos de sus derivados, no pueden ser extirpados, como sería el sano deseo de las autoridades. A los coches de la recogida de desperdicios siguen siempre unos seres sombríos, la mayor parte de los cuales viven en los «slooms» de Manhattan y de Brooklyn, los cuales, bien antes de la recogida, bien después, fiscalizan las basuras a la busca y captura de alguna cosa que les pueda ser de utilidad. Esto no es demasiado frecuente, pero sí ocurre en algunas ocasiones. Lo hacen, desde luego, merced a la complacencia un poco punible de los recogedores de desperdicios.

Quedaban, pues, dos alternativas: la de que los papeles hubieran ido al crematorio, en cuyo caso el mal no era grande, ya que Slassen y sus ayudantes podrían poner en pie los documentos de nuevo, o que se hubiera apoderado de ellos alguno de esos seres necesitados. El papel, incluso en un país tan ricamente dotado de él, alcanza ciertos precios que pagan los fundidores de pasta papelera. No es muy extraño ver por las calles de una ciudad americana hombres desharrapados que llevan en la mano un largo palo con un clavo a la punta. Cada papel que encuentran en el suelo de los parques o en las calzadas es recogido y metido en un saco. Luego va a la fundición o a comercios establecidos que sirven de intermediarios.

La orden siguiente se imponía, pero probablemente no podría ser cumplida hasta la mañana siguiente, ya que aquellos comercios cierran por la noche y sus dueños no suelen vivir en el mismo local. Stewart se dio enseguida cuenta de la imposibilidad de conducir las

investigaciones en ese sentido hasta la mañana. El inspector jefe y él se miraron con un poco de desaliento, pero, al mismo tiempo algo más tranquilos que las horas anteriores.

—Bueno, parece que por ahora lo único que podemos hacer es tratar de localizar a Kanarian en tanto amanezca. Después... —Stewart se volvió hacia algunos otros de sus subordinados—. Usted —le dijo a uno—, se hará acompañar por los hombres que quiera y recorrerá todos los comercios que se dediquen a la recogida del papel. Preguntará a cada uno de los dueños y, si es necesario, registrar el almacén de arriba abajo, mirando papel tras papel. Ya se ha dado cuenta de la calidad de éste y de la mano que ha trazado los números. Usted —se dirigió a otro—, también con unos cuantos hombres partirá desde el departamento de recogida de basuras y hará seguir a cada uno de los camiones que hacen este trayecto, es decir, específicamente, al que recoge las de esta casa. No creo que sean más de tres, si se turnan. Si no, será uno solo, y preguntará a todos los que cojan papeles si alguien recogió éstos. ¿Comprende? Si es necesario, ofrezca una recompensa de diez dólares de más al que sepa algo.

Calló un poco ronco. Luego le dijo al inspector jefe:

—Creó, señor, que eso es todo por ahora. Empiezo a creer que, merced a algo que casi parece un milagro, nadie ha sabido el valor de estos papeles desde que desaparecieron del coche. Es raro, pero a veces estas cosas ocurren.

—A veces, sí —respondió su interlocutor—. Bueno, señora, lamentamos sinceramente haberle retrasado la cena y echado a perder la paz doméstica esta noche, pero el asunto era muy importante. Y les agradecemos profundamente, en nombre de los Estados Unidos, que se hayan portado como buenos ciudadanos. En especial, usted, míster Hofmann.

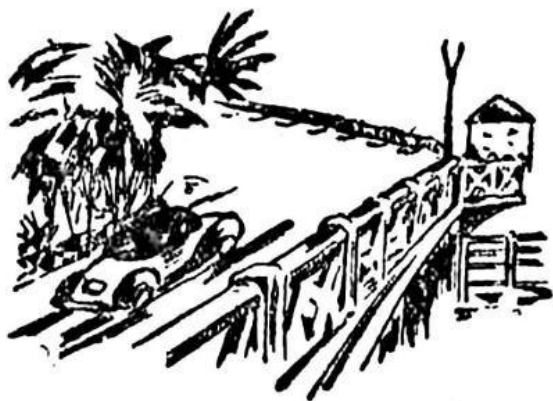
—¡Oh! —dijo éste, encogiéndose de hombros—. Después de todo, los números son mi oficio, y enseguida me di cuenta de que este papel no estaba escrito por un principiante. No creo que tenga gran mérito lo que hice.

Cuando, por fin, los Hofmann, muy excitados aún al verse vistos convertidos en el eje de una verdadera película, se disponían a cenar entre los suspiros de la rubia ama de casa, los agentes del F. B. I.

y de la Policía desaparecieron, no quedando de guardia más que unos cuantos de ellos, por si se le ocurría volver a Kanarian, que no había dejado de ser un testigo sumamente importante.

—Señores, yo me voy a la cama —anunció Cavendish, que había contemplado todo callado, algo rarísimo en él—. Quiero dormir.

—Adiós, míster Cavendish, y gracias por su ayuda —le respondió el inspector jefe.



Pidan los inigualables cuadernos de
AVENTURAS DEL F. B. I.

A
EDITORIAL ROLLAN

SAN BERNARDO, 68.—MADRID

IX



dominado por una idea fija: la de acabar con Jimmy Fox, al que consideraba responsable directo de la muerte de Tony. Era ya una verdadera obsesión en él el librar al mundo de un traidor, pero no dejaba de comprender que, por haberse visto estúpidamente provocado por un desconocido, había perdido la cabeza y las circunstancias habían variado mucho.

A la sazón estaba metido en el quicio de un portal, hambriento, helado, y con ganas de disparar contra todo el mundo, nada más que de puro infeliz que se sentía. El ir a buscar a Jimmy ahora sería una locura, porque empezaba a comprender que seguramente, aunque hubiese «cantado», la Policía lo tendría bajo llaves ya. No es que dejase de pensar en el asesinato, pero comprendía que le era necesario volver a su refugio del Barrio Chino cuanto antes. Con los

dólares que había quitado al que tratara de venderle la pistola podría comprar cosas de comer e incluso el pasaje para cualquier otro Estado de la Unión, dejando su venganza para más tarde.

Sí, eso era lo mejor, pensó. Y se dispuso a salir del quicio. En aquel momento vio cómo un coche que llevaba una especie de aro sobre el techo, un aro que giraba en uno y otro sentido, avanzaba silenciosamente hasta ponerse casi a su altura.

Sabía lo que era aquello, vaya si lo sabía. Un coche policíaco. Y más allá, sobre la Sexta Avenida, vio otro, negro, y un par de motociclistas patrulleros que se movían entre la corriente de vehículos: estaban cercando las calles en las que podía estar él, en las que estaba, en realidad.

Sintió cómo le corría un sudor frío por el cuerpo, a pesar de que él mismo se sentía demasiado helado. ¡Malditos fuesen aquellos entremetidos policías! Tendría que librarse de ellos, aun cuando no quería matar a ninguno, porque eso equivalía a la silla eléctrica. No, tendría que buscar la salida. Después de todo, nadie le conocía, al menos en lo que a los policías se refería. Aunque el traidor de Jimmy hubiese dado su filiación, un «cop» cualquiera no podría reconocerlo a primera vista si se subía bien el cuello del gabán, porque sombrero no llevaba.

Echó a andar, latiéndole aprisa el corazón y sintiendo también los violentos retortijones del hambre en el estómago. En la primera esquina pasó delante de un guardia que procuraba avigorar todas las caras de los viandantes, y se salvó por tablas, aunque él no lo sabía. Luego se acurrucó aún más cuando vio otro coche oscuro que marchaba pegado a la acera, pero tampoco fue visto. La idea de entrar en cualquier restaurante o bar para comer algo se le iba haciendo acuciante.

Miró desesperado un negocio del que se escapaban efluvios atormentadores de comida, pero pasó de largo. No, necesitaba salir cuanto antes de la zona vigilada. Fue en aquel instante cuando se dio cuenta de que dos hombres discutían en la acera, muy cerca de donde se hallaba él. Estaban hablando a voces y no parecían demasiado serenos. Como no le convenía encontrarse en el seno de una riña que pudiera atraer a los policías, torció por la calle Veintidós.

Más policías. Había por lo menos dos en cada manzana, lo cual

representaba un peligro espantoso. Se detuvo indeciso, atemorizado, pero la suerte vino una vez más en su ayuda.

La entrada de un cine barato se abrió y un raudal de personas invadió la calzada como un torrente sin fin. De inmediato, se agregó a él, y pudo ver cómo los policías se esforzaban en conservar sus puestos sin que la gente los separase, pero eso era casi imposible. Pasó junto a uno de ellos, casi delante de sus mismas narices, y se encontró un poco más alejado del bullicio.

Ya estaba. Allí, parado, había un «taxi» amarillo con la luz encendida, lo que indicaba que se encontraba libre. No lo dudó un momento. Se metió de rondón y le dio al chófer la dirección, pero no exacta, sino la de la calle Bayard, cerca de donde vivía él, muy cerca de su escondrijo del Barrio Chino. Una vez allí, les sería difícilísimo a los policías encontrarlo.

El taxista le echó una ojeada por el retrovisor y encendió la luz del interior del coche.

—Oiga, amigo, me pensaba marchar a dormir —dijo. Esto no era cierto en manera alguna, pero es que el aspecto del hombre no era nada prometedor y el recorrido, largo.

—Lléveme a Bayard —dijo Kanarian con voz ligeramente temblorosa.

—Bueno, pues no quiero. Me marchaba a dormir en este momento.

—Es usted un embustero —dijo el perseguido, empezando a sentirse invadido por la ira—. Es usted un embustero. Ningún «taxi» tiene la luz de libre encendida si piensa retirarse. Lléveme a Bayard o...

—¿Amenazas? —Gruñó el taxista—. Está bien; enséñeme el dinero.

Kanarian le tendió un billete de cinco dólares y el mecánico puso en marcha el automóvil. Un momento después empezaba a dejar atrás la zona peligrosa. Kanarian dio un suspiro y se retrepó en el asiento, tembloroso, intentando sacar un cigarrillo de un arrugado paquete. El taxista, sin dejar de contemplarlo por el retrovisor, al mismo tiempo que conducía, le dijo:

—Hay mucho jaleo de «polis» por aquí esta noche. ¿Qué pasa, amigo?

—¡Y yo qué sé! —respondió el armenio con voz destemplada.

Alguna riña.

—Sí, claro, y por eso está todo lleno de coches de la «bofia». Alguna riña de borrachos, digo yo que será. ¡Cuernos!

Un coche negro se había cruzado en su camino y el taxista tuvo que sortearlo de una manera suicida, pero al instante el otro coche se volvió hacia él para impedirle el paso.

—¡Frene! —gritó una voz desde el vehículo negro.

Era un coche policiaco, desde luego, y Kanarian sintió que un terror pánico lo acometía de una manera irrefrenable.

—¡Siga, imbécil! —le increpó al mecánico—. ¡Siga!

—Oiga, amigo —empezó a decir el hombre. Pero Kanarian sacó la pistola y se la enseñó.

—Siga o le mato —dijo con voz tensa en el momento en que del coche negro se apeaban dos hombres vestidos de paisano—. Siga o le mato —repitió tensamente, enloquecido ya.

El taxista tenía hijos de los que había que cuidar, y si bien la Policía era muy de respetar, también lo era su vida. Apretó el acelerador, y el coche empezó a correr. Al instante vio cómo el automóvil negro emprendía la marcha detrás de ellos.

—Amigo, se va a meter en un buen lío —dijo el hombre, acongojado ante el dilema—. ¿No se da cuenta de que...?

—Cállese y siga —ordenó Kanarian, mirando hacia atrás, por la ventanilla posterior.

Pero no había carrera posible. A pesar del tráfico, el coche negro ganó terreno sobre el «taxi», en un momento, y al siguiente se puso casi a su lado. Por la ventanilla, el chófer vio aparecer una cosa larga, que reconoció enseguida. Se trataba del cañón de una pistola ametralladora.

Aquello ya fue lo que hizo que el chófer reaccionase. Apretó bruscamente el freno, y su pasajero, cogido de improviso, se cayó hacia adelante violentamente. El taxista no esperó más, sino que echando el freno de mano abrió la portezuela y saltó a la calzada, en el instante en que varios hombres se bajaban del coche y corrían hacia ellos.

—Quieto —ordenó uno de los hombres, echándosele encima. Otros dos se habían apoderado de Kanarian.

—¿Dónde va tan deprisa, amigo? —preguntó uno de ellos. Luego, mientras el armenio se debatía, sacó una foto del bolsillo.

—Éste es, muchachos. Creo que ya hemos acabado de buscar. Thomas Kanarian, queda usted detenido en nombre de la Ley.

Cavendish, el mejor retratista de Norteamérica, tenía una idea entre ceja y ceja cuando se separó de ambos inspectores federales, Su idea era buena, pero debería habérsela expuesto a los otros dos, sólo que no se le ocurrió, llevado siempre de su insufrible egolatría.

La idea era la siguiente:

Debido a la clase de vida, esencialmente noctámbula que hacía por lo común, su conocimiento de la ciudad en las horas que anteceden a la madrugada, e incluso después, era sumamente heterogénea y aleccionadora. Siempre a la busca y captura de nuevos tipos para la creación de cuadros, no vacilaba en trabar amistad con cuántos desconocidos de rostro interesante que se le ponían a tiro. Los invitaba a beber, los emborrachaba y luego, a lo mejor, los llevaba a su estudio para sacar bocetos. Aún recordaba Maureen con cierto terror, una mañana en que fue a buscar a Cavendish y se encontró con que éste se había dormido al lado del caballete y un par de astrosos mendigos, se estaban repartiendo todo lo que encontraban en la casa. Solamente la amenaza de llamar a los guardias pudo lograr que ambos hampones se largasen. Pero no lo hicieron sin llevarse, como sentimental recuerdo, una caja de plata para los cigarrillos y casi veinte dólares.

Pues bien, entre sus conocidos figuraba precisamente un individuo que se dedicaba a la recogida de papeles, siempre provisto de su largo palo con un clavo en la punta, y siempre con una colilla infecta en la comisura de la boca.

Pero era un tío que valía mucho. Cavendish acostumbraba decir de él que Diógenes se hubiera entusiasmado y hubiera dejado su farol de haberlo conocido, porque su búsqueda de un hombre habría terminado.

En realidad, era un guarro cínico y nada más. No había cosa para él que estuviese mal hecha si ello le podía reportar cincuenta centavos. La mayor parte del tiempo se la pasaba borracho como una cuba, aun cuando nadie sabía de dónde podía sacar el dinero para injerirse un par de litros diarios de «*whisky*», pero el día que no bebía perdía por completo toda brillantez.

Cavendish sabía dónde encontrarlo, ya que Lewellyn, el

recogedor de papeles, no tenía domicilio fijo y si había asentado sus reales en un par de bares de los que no cerraban hasta la madrugada. Luego, a esa hora, se marchaba a acompañar a los camiones de la recogida.

Claro que lo encontró. En un bar dirigido por un griego sucio lo encontró completamente borracho. Como era su costumbre, y explicándoles moral a unos cuantos tan cochinos como él.

Cavendish le hizo una seña y el trapero se levantó con aquellos andares tambaleantes, pero que lo conducían siempre a dónde quería llegar sin caerse ni una sola vez al suelo ni sin perder el conocimiento.

—Buenas noches, señor —dijo pasándose rápidamente la colilla de una a otra comisura—. ¿Qué va a ser? ¿Posar? Hoy estoy dispuesto a pasarme hasta la mañana posando, porque podría dormir unos ratejos.

—No quiero que poses esta noche, marrano —le dijo Cavendish—. Quiero que me digas una cosa.

—¡Oh, pero que sí, señor! —aseguró el trapero con su fuerte acento galés—. Todo lo que usted diga, porque después de todo, para eso está uno, ¿no es eso? Para servir a los señores como usted. Por cierto que tengo una pequeña cuenta pendiente con el tabernero, señor; pero que sí, pero que muy pequeña.

—Toma, bellaco, y contéstame pronto —le tendió un dólar que el otro escamoteó rápidamente en el bolsillo—. ¿Quién recoge los papeles por la parte de Greenwich y la Sexta Avenida? Ya sabes, por el cruce.

El galés se rascó la cabezota rapada al cero.

—Pero que sí me acuerdo, sí, señor. Yo mismo los recogí en cierto tiempo, pero un bruto de escocés me echó y encima me dio un palo en las costillas, sí, señor. Ahora, ahora...

El muy bellaco hizo ademán de estar reflexionando profundamente. Bien sabía que la impaciencia de Cavendish le llevaría a pagar más por el servicio si tardaba mucho. El pintor lo cogió por las solapas.

—Habla, maldito puerco, malandrín, o te voy a tener que estrangular —le gritó al oído.

El galés hizo un gesto de resignación perfectamente fingido.

—Pero sí, señor; si estoy tratando de recordar. Es que usted es

tan súbito, como todo un señor que es...

Cavendish maldijo horrorosamente todos los antecedentes de Lewellyn, fijándose con particular preferencia en la parte femenina de su ascendencia, lo que no consiguió sino un mayor visible azoramiento del trapero. Por fin, desesperado, sacó otro dólar del bolsillo y se lo tiró a la cara, golpeándolo entre los dos ojos. Pero el galés no tenía falsas dignidades. Cogió el dólar antes de que de rebote cayera al suelo, y respondió rápidamente:

—Es ese cazurro de McConigie, el del camión, señor. Sólo él es el que recoge los papeles en ese sector. A veces, un viejito, pero que muy viejito, sí, señor, le ayuda. Pero McConigie no deja acercarse a ningún otro al carro para recoger los papeles, no, señor.

—¿Dónde vive McConigie? —preguntó Cavendish. Pero antes de que el galés contestara, ya sabía que le iba a costar otro dólar, por lo que, para no perder el tiempo, lo puso sobre el mostrador. La contestación de Lewellyn fue, por la tanto, rápida, todo lo rápida que le permitía su cazurrería.

—En la Tercera Avenida, míster Cavendish. Es usted el amparo de mi vejez triste y desvalida, pero que sí, señor.

Cavendish no pensaba dejar eso así. Le dio un puñetazo en el pecho que lanzó al otro sobre el mostrador y salió corriendo. El galés se incorporó trabajosamente, porque estaba muy borracho.

—Es todo un caballero, pero que sí, señor —dijo a los que habían contemplado la escena—. Os lo dice Lewellyn, de Llangollen.

Cavendish se paró en el teléfono público de la primera droguería que encontró y marcó aquel número que no aparecía en la guía. La voz un poco soñolienta de Maureen le contestó.

—Mira, gatita, estoy a punto de convertirme en un personaje infinitamente más popular de lo que ya soy —le dijo. Y era tanta su excitación, que se olvidó de hablar como si acabara de salir de Oxford—. ¿Qué te parece?

—Que no son horas de despertarme para decírmelo, eso es lo que te digo —respondió ella con voz aguda.

—Bueno, pero recuérdalo. Yo sólo voy a descubrir una conspiración, un crimen, cincuenta mil cosas más. Yo solo. Y la Policía no podrá por menos de admirarme. Acabo de hablar con Lewellyn y él me ha dado un dato que servirá para que —el

F. B. I.

quede con un palmo de lengua fuera y admirado de ver la inteligencia capaz de alojarse en un cráneo fundamentalmente bien formado por la madre Naturaleza.

—Espera un momento —dijo la voz de Maureen.

—Muy poco —respondió él vivamente—. Muy poco, porque me esperan en la Tercera... ¡Ah, me esperan, simplemente!

Él no podía ver a Maureen, ni supo jamás lo que hizo, aun después de llevar casado con ella varios años. Porque la muchacha dejó el teléfono, pasó a otra habitación de su casa, descolgó uno cuyo número sí venía en la guía, y habló por él unos momentos. Luego volvió.

—No era nada, querido —respondió—. ¿De veras serás un hombre más famoso de lo que ya eres? ¿Cómo te las arreglarás para conseguirlo?

—No tengo tiempo de explicártelo, porque quiero ganar a la Policía. Pero sabe que el Estado descansa esta noche sobre mis manos.

—Dime algo más.

—No, de ninguna manera. Hasta mañana. Y, oye... creo que fui muy brusco contigo estos días últimos. El trabajo tiene la culpa, ya lo sabes.

Esto hizo que la joven casi se arrepintiese de lo que acababa de hacer, ya que él no solía excusarse jamás, y ahora lo había hecho. Pero ya era tarde. Además, ¿a qué venía hablar de crímenes? Ella estaba en su perfecto derecho, si quería tratar de protegerlo a él, llamando a la Policía.

—Cuídate, querido —le dijo con voz un poco lacrimosa. Y oyó el «clic» del teléfono de él al ser colgado.

Cavendish salió a la calle, bebió otro «*whisky*» en un bar y buscó un «taxi» con la vista. No vio al hombre de paisano que salía de entre las sombras de una casa y que se lanzaba en su persecución silenciosamente. Ni supo tampoco que aquel hombre llevaba en la mano un aparatito del que sacó una varilla larga y delgada. Se llevó el aparato hasta ponerlo cerca de la boca y empezó a hablar. Cuando Cavendish cogió el «taxi», estaba muy lejos de sospechar que el

F. B. I.

le seguía la pista de cerca. Y cuando el
F. B. I.

hace esto, las presas no se le escapan.

Un poco más allá, un automóvil federal vio pasar al «taxi» cuya matrícula le había transmitido el hombre de la radio y lo siguió. Más allá, ya en la Tercera Avenida, cerca de Bowery, se les unió otro, llamado urgentemente. Cuando Cavendish se apeó para pagar, los coches frenaron en silencio y esperaron.

Vieron al perseguido meterse por una de las callejuelas que salen de ese retorcido gusano que es el Bowery, y el inspector Stewart, seguido de otros tres hombres, lo siguió. Querían, antes de echarle mano, saber dónde diablos iba. Que tenía alguna idea el pintor metida en la mollera, eso no les cabía ninguna duda.

Lo vieron detenerse ante una casa medio derruida, de leprosa fachada, y con una puerta que imponía por lo mugrienta, y llamar a ésta. Ocultos en las sombras, los del

F. B. I.

esperaron.

Cavendish, al no recibir inmediata respuesta, volvió a llamar, impacientemente. Silencio. Sin vacilar, se agachó, cogió un cascote procedente de alguna obra en construcción, y golpeó con él los paneles de la puerta, hasta casi echar ésta abajo.

En el umbral apareció un hombre alto, de rojizo pelo escocés y mandíbula cuadrada, un verdadero pirata, al que sólo le faltaba el tafetán negro ocultándole un ojo. Porque llevaba uno de cristal.

—Maldita sea su negra estampa, borracho —dijo claramente—. Lo voy a enseñar a despertar a personas decentes a esta hora de la madrugada.

Y dio un paso hacia delante. Cavendish dio otro.

—¿Te quieres ganar cincuenta dólares, escarabajo de la basura, gusano de estercolero? —le preguntó sin sentir miedo alguno por la proximidad del gigante.

El otro avanzó un brazo parecido al anca de una mula bien cebada, pero no halló a nadie al final del golpe. Cavendish se había retirado a un lado con ligereza, pero en su mano había algo, un billete de Banco.

El escocés encontró inmediatamente excusas para los insultos que le acababan de dirigir. Un borracho, por pesado que se ponga,

si paga, debe ser servido bien. Y, por cierto, que ahora se fijaba en que no parecía borracho. Al menos no se movía como si hubiera bebido demasiado.

—¿Qué quiere? —preguntó adustamente.

—Un informe. ¿Hizo usted hoy con su camión el recorrido que pasa por Greenwich y la Sexta?

El escocés, avaro como la mayoría de sus paisanos, no quitaba ojo del billete.

—Sí... señor —agregó después.

—¿Recogió usted todos los galpones de basura?

—Pues claro, es mi obligación, ¿no?

—¿Quién le acompañaba para recoger los papeles viejos?

Aun en la oscuridad, Cavendish pudo ver brillar astutamente los ojos de su interlocutor. De la casucha salía un vago resplandor que bastaba para observarlo.

—Eso vale dinero, señor —dijo el escocés.

Cavendish lo maldijo con fluidez, acordándose de todas las anécdotas relativas a la tacañería y cazurrería escocesas, pero al final agregó otro billete al primero.

—¿Dónde vive? Y ¿quién es?

—Es un viejito, señor, ¿le puede ocurrir algo malo?

—No, imbécil. Sólo quiero que me diga si encontró en el galpón de una casa un montón de papeles sujetos.

—No lo sé. Mi ayudante no se fija nunca y yo sólo conduzco el coche. Pero el viejito lo sabrá. Deme el dinero. Vive en... Deme el dinero.

—Suelta primero la información, estercolario y te daré el dinero. Así como así, la Policía va a venir a pedirte esa información mañana mismo. Sí me la das a mí, te ganas cincuenta dólares.

—Vive cerca de aquí, en un callejón que hay al final de esta calle. No puede equivocarse, porque hay una barbería en la esquina. La primera puerta y pregunte por Trix. Trix es el viejito de que le hablo.

Cavendish soltó una carcajada y le dio un billete.

—Eh, pero usted me dijo que me iba a dar...

—Sí, dos, pero ya estás bien pagado con eso —respondió Cavendish—. Adiós, escocés.

Y se marchó. El hombre hizo ademán de perseguirlo, pero en

aquel momento, tres o cuatro tipos se le interpusieron en silencio.

—Adentro —ordenó el que parecía mandarlos. En cuanto metieron al escocés dentro, el hombre le enseñó una placa.

—Vamos, ¿adónde ha enviado a ese hombre? Con la Policía no se juega, y el escocés era, además, un empleado público, ya que pertenecía al Ayuntamiento. De manera que, como no tenía ningún motivo de agradecimiento para con Cavendish, que le había engañado, lo dijo. A la pregunta de si había visto los papeles, contestó lo mismo, negativamente.

Los policías abandonaron la casa, siguiendo las huellas de Cavendish. Pero le habían dado a éste un pequeño respiro, ya que había ganado unos minutos. No obstante, la Policía ya no necesitaba para nada del pintor.

Éste estaba en aquel momento doblando la esquina, cuando sintió pasos detrás de sí. Se volvió y vio varias sombras confusas que le rodeaban.

—Quieto, Cavendish —oyó decir a una voz conocida. Y el inspector Stewart apareció en el cono de luz de una linterna—. Ya no tiene usted nada que hacer aquí. Debió avisarnos de que andaba sobre una pista. Es su obligación.

Cavendish estaba tan iracundo que apenas podía hablar.

—¡Y un cuerno, mi obligación! Me ha estropeado usted algo magnífico, algo que...

—¡Basta! —ordenó Stewart—. No hemos estropeado a usted nada, y en cambio usted sí estuvo a punto de estropearlo para la justicia. Venga conmigo, pero si abre la boca...

—¡Polizonte; ignorante, entremetido! —Gruñó Cavendish—. Eso no quita que sea yo quien ha encontrado la pista. Y no ustedes.

—La hubiéramos encontrado por la mañana, Cavendish, no se dé humos de esa manera. Vamos, muchachos.

Las señas correspondían a una casa más pequeña y miserable que la de McConigie. Stewart llamó con la mano fuertemente y en el interior oyeron un ligero ruido, como si algo se arrastrase. Un momento después, un hombre al que era difícil ver bien apareció en el umbral. La linterna eléctrica le alumbró al instante la cara. Y se llevaron una sorpresa.

—¿Es usted Trix? —preguntó Stewart. El hombre afirmó con la cabeza, asustado; pero no era un viejo, sino un hombre

relativamente joven, y no encorvado, sino derecho.

—Usted miente —dijo Cavendish—. Trix ha de ser un hombre viejo. Me lo ha dicho McConigie. Está mintiendo, inspector; palabra que este bellaco mendigo está mintiendo.

—Soy Trix —respondió el hombre con una sonrisa que hizo que las risas se helasen en los labios de los policías. Tan triste y desesperada era—. Soy Trix, señores. Supongo que se habrán enterado de la verdad y vienen a prenderme.

—Entre dentro —dijo Stewart, antes de que Cavendish tuviese tiempo de soltar alguna de sus bestialidades—. Entre dentro.

El hombre, con un ademán patético, penetró en la casa. De algún sitio de ella, les llegó el llanto de una mujer joven o una criatura. Stewart miró interrogativamente al otro.

—Es mi hija, inspector. Está bastante mal, pero aún no han comenzado los dolores de la maternidad. Al menos eso ha dicho la comadrona. Perdón, señores. En cuanto le eche la última mirada y llame a alguna vecina, soy con ustedes.

—¿Qué cuento quiere usted contar? —preguntó altivamente Cavendish—. ¿Cree que nos va a tocar en el corazón contándonos historias de penas y miserias? Vamos, hable.

Stewart se volvió y sin poder contenerse más, le dio un golpe a Cavendish en la mandíbula, y dos de sus hombres lo recogieron cuando se venía abajo. No obstante, el pintor no perdió el conocimiento y se dedicó a maldecir con toda la potencia de sus pulmones.

—Escuche, Trix, aquí hay un pequeño error. ¿Quién es usted? No hemos venido a prenderle, pero ¿qué diablos pasa?

En los ojos del trapero brilló algo parecido a la esperanza.

—¿Qué no vienen a dete...? ¿No son policías?

—Federales. Queríamos hacerle unas preguntas. Usted recogió ayer por la mañana, del cruce de Greenwich y de la Sexta Avenida, un atado de papeles de esa calidad llamada cebolla. Estaban llenos de números. Los sacó usted, seguramente, del camión que lleva McConigie. ¿Qué ha hecho de ellos?

Trix pensó un momento. En la otra habitación arreciaron los gemidos. Se veía que el hombre estaba para echarse a llorar de un momento a otro.

—Yo... fue un día muy agitado, señor. Recogí muchos papeles

porque luego me los pagan bien. Sí, creo que me acuerdo. La señora es una mujer rubia, muy guapa. Creo que sí. A veces me ha dado un botellín de leche o algún bocadillo. Se gana poco en la recogida, señor.

—¿Dónde los tiene? —preguntó Stewart ansiosamente.

—Pues... no creo que los llevara al comercio que me los compra... No, espere, con tantos gemidos de mi pobre hija... yo, yo pierdo la cabeza... —Y se echó a llorar como un niño.

—¡Pamemas! —gritó Cavendish. Y uno de los policías le tapó la boca con gesto adusto. No es agradable el espectáculo de un hombre fuerte llorando como una criatura.

Stewart, con gesto decidido, penetró en el otro cuarto. Sobre una miserable cobija, tapada con unas frazadas sucias, y alumbrado todo por una bombilla cansada, había una muchacha muy joven, que giraba desesperadamente los ojos de un lado para otro e intentaba ahogar sus gemidos.

—La... Policía... ¿verdad? Pobre padre, tan bueno. Él...

—Calle —ordenó Stewart—. Chris, telefonee al hospital más cercano o a la primera Casa de Maternidad y que traigan una ambulancia enseguida. Calma, señorita. No ocurrirá nada.

Volvió a salir y dijo:

—¿Pamemas? Debería avergonzarse, Cavendish. No me cambiaría por usted ni aunque pudiera poseer todo el oro del mundo. Trix, procure calmarse. Su hija va a ser llevada a un hospital enseguida y allí encontrará todos los cuidados que podría tener una millonaria si estuviese en su caso. Serénese y procure contestarme. ¿Qué ocurre?

—Yo, señor, no acabé de... cumplir mi condena. Robo sencillo. Pero pude escapar y me escondí aquí. Tenía que salir de madrugada, con una peluca, encorvado, a recoger papeles, ya que era el único trabajo que podía hacer sin ser descubierto. Iré a la cárcel de nuevo, señor, pero mi hija... mi pobre hija... Su marido ha muerto hace tres meses... Lo mataron unos cuadrilleros, porque el pobre... alucinado, se había unido a una banda de «gángsters». No sabía lo que hacía, también era muy joven... Y yo sin poder ganar dinero en mi oficio...

Stewart le puso una mano sobre el hombro.

—Trix, no sé lo que un Tribunal hará con usted. Quizá tenga que

cumplir el resto de su condena y un castigo, sí, seguramente será así, pero su hija y... lo que venga, no estarán desatendidos. Vamos, serénese y dígame si recuerda qué hizo con los papeles.

—Los... los llevé al comercio... No —este «no» estalló en la habitación. Trix se levantó y corrió a la cocina. Cuando volvió, traía en la mano unos cuantos papeles—. Me quedé con éstos para envolver un emparedado para mi hija... Yo, siento mucho sí...

Los papeles no eran más que cinco, juntos, y manchados de grasa, pero el corazón de Stewart dio un salto en su pecho cuando los vio. Eran ellos, efectivamente.

—Pero... —dijo—. Había más, Trix, muchos más. ¿Dónde están? Procure recordar. ¿Dónde?

—Yo... aguarde, señor, que pueda recordar... Cogí éstos y... ¿dejé caer los otros con el papel para fundir? Sí, eso es lo que hice, señor. Los demás fueron en el papel para fundir.

—¿Dónde está el negocio ese?

—Yo los llevaría, si no fuera porque mi hija...

—La ambulancia llegará inmediatamente, Trix, no se preocupe.

En efecto, al poco rato una sirena ululó roncamente por entre las callejuelas y se detuvo ante la casa. Dos camilleros vestidos de blanco y una enfermera aparecieron en el cuarto con esa competencia serena que parece tranquilizar hasta los nervios más excitados. Un momento después salían, llevando en la camilla a la muchacha, que, por cierto, era una verdadera belleza, a pesar de tener los rasgos contraídos. Entonces Cavendish se desasíó de los policías que lo sujetaban, se acercó a la camilla y dejó caer sobre ella dos billetes de cien dólares.

—Tenga, para lo que venga —dijo—. Hágalo pintor si es un chico. El dinero es para la primera caja de pinturas o la primera pistola. Lo hago porque el abuelo tuvo agallas suficientes como para robar —pero al volverse, todos pudieron ver que tenía las facciones contraídas y tragaba saliva con dificultad. Stewart le dio un golpe en el hombro.

—Bien dicho, Cavendish. Nunca demuestre que tiene usted corazón.

—El corazón de un artista es su cerebro —declaró altaneramente el otro—. Déjeme en paz con sus bromas estúpidas.



AVENTURAS DEL F. B. I.

La enciclopedia del

ARTE

EMOCION

VALOR

X



NA legión de hombres cansados, pero en los que las esperanzas habían renacido de nuevo, llegó hasta el comercio de papeles para fundición, dirigidos por el propio Trix en persona.

A los golpes, nadie contestó, pero el F. B. I.,

cuando está en juego algo que concierne a la nación entera, no conoce barreras. Por otra parte, los bienes públicos están bien seguros en sus manos.

Dos robustos agentes especiales trajeron un maletín provisto de las más modernas herramientas para abrir puertas por difíciles y complicadas que tengan las cerraduras y empezaron a hurgar. No

habían transcurrido ni cinco minutos, cuando la puerta giró chirriante sobre sus goznes resecos, y varias linternas enfocaron una gran sala que estaba llena casi hasta el techo de papelote y de grandes cartones.

—Nos espera una buena tarea dijo Stewart decidido. —Habrá que rebuscar entre todo ese fárrago hasta encontrarlo. Que se pongan a ello quince hombres.

—No será necesario, señor inspector —dijo Trix—. Creo que podré ayudarlos.

Y se dirigió hacia uno de los montones, para echar un vistazo.

—El comerciante pone por aquí los papeles mejores de entre los que le vendemos —dijo—, ya que esos alcanzan mejores precios. No se trata más que de buscar entre estos tres montones.

Los agentes del

F. B. I.

se lanzaron como rayos sobre los montones indicados, y diez diestras manos empezaron a revolverlo todo, pero de una manera ordenada, de forma que cada papel era revisado perfectamente antes de apartarlo a un lado por inservible.

Uno de ellos lanzó una exclamación de pronto.

—Aquí hay uno de ellos, inspector. ¡No, tengo varios!

Eran otros diez. Según los cálculos de Stewart, basados en las palabras de Slassen, debería haber unos veinte. Luego faltaban ya muy pocos.

—Adelante, muchachos. Ánimo.

Lo hubo. Y suerte también. Otro de los agentes descubrió dos más, mientras los otros trabajaban activamente. Por fin, con un suspiro de alivio, el tercero descubrió los últimos. Ahora, comprobó rápidamente Stewart por la numeración, ya estaban todos.

—Hemos terminado —dijo, apagando su linterna—. ¡Gracias a Dios que no supo nadie jamás lo que tenía entre las manos! Vamos. Uno de ustedes montará guardia ante la puerta hasta madrugada en un coche, y explicará al dueño del negocio lo que ha ocurrido, sin decirle qué era lo que buscábamos. Trix, lamento tener qué decirle que no tengo más remedio que entregarle a la Policía. Es mi deber.

—Lo sé, señor inspector. Ahora ya puedo ir tranquilo a aquel sitio del que nunca debiera haberme escapado. Bien lo purgué, señor. Por no pasar dos años allí, quizá tenga que estar tres

encerrado. Pero, al menos, sé qué mi hija está bien. ¿Verdad que me dirán lo que... lo que tenga?

—Sí, Trix. Y cuando salga, no olvide nunca que la Ley no es injusta. El que delinque, lo purga; pero nada más. No se le persigue de otra manera como usted llegó a creer. Adiós y buena suerte.

—Adiós; señor, y gracias por todo. Ya iba no pudiendo más.

—Tanta sensiblería —refunfuñó el pintor Joseph Cavendish—. Parece mentira que sean ustedes hombres hechos y derechos.

—Dígame una cosa, Cavendish —dijo Stewart, cuando salían para entrar en un coche—. ¿Ha sido solamente la curiosidad la que le hizo a usted meterse en el asunto?

—Pues claro que sí. Nada más. No pensará que yo iba a hacer el trabajo que corresponde a la Policía nada más que por pura filantropía.

—Pues, sí, lo pienso, amigo. Cuando se le escarba a usted en el pecho se le encuentra algo parecido a esa víscera que usted niega rotundamente. Recuerde a la joven de la camilla, a la hija de Trix.

—¡Pamemas! —bramó Cavendish, muy enojado.

Un radiante sol de principios de primavera penetraba por las ventanas entreabiertas, acompañado del olor, del césped recién segado en el Parque Tompkins, un olor que lo transportaba a uno fuera de la feroz ciudad de los rascacielos, con sus horizontes limitados, para trasladarlo a las gigantes campiñas del Oeste medio.

Había varias personas en la habitación. Vivian Fox estaba sentada al lado de la ventana, sobre un bajo canapé y el inspector Stewart, a su lado, no le quitaba ojo si no era para fijarlo en la mancha verde del parque. Vivian iba vestida de gris claro, sin ningún adorno y jugueteaba con el borde de su traje. De cuando en cuando, miraba también al inspector y éstas eran las únicas ocasiones en que sonreía ligeramente.

Rosie Fox, pálida y delgadísima, se sentaba en un taburete, ya que no le habían dejado otra cosa para sentarse. Estaba vestida con un traje muy oscuro, y, cosa rara en ella, no iba pintada en absoluto. Sus ojeras, como decía Cavendish, podrían servir para que él mojase los pinceles al pintar un cielo de invierno.

Cavendish se había tirado sobre un sillón y turnaba cigarrillo tras cigarrillo, sin dejar de arremeter contra todo bicho viviente que le dirigiera la palabra, y Maureen, vestida de una manera

aproximada a la de Vivian, se medio acomodaba en el brazo del sillón. La irlandesa parecía excepcionalmente contenta en aquella tarde de primavera.

—No ha sido mucho —dijo de pronto Cavendish—. Estoy seguro de que si se me ocurre a mí, ¡a mí! asaltar un Banco del Estado, me meten en la cárcel por una cantidad de tiempo no menor de diez años. Claro que yo tendría el suficiente talento como para no dejarme coger después. Ese muchacho carecía de agallas de verdadero delincuente, eso es todo. El valor solamente no sirve para nada. Ha de ir unido a cierta cantidad de inteligencia, por lo menos, y a una pequeña cantidad de astucia y prudencia.

—Cosas las cuales de las que careces tú por completo —respondió Maureen, limpiándole una manga que aparecía manchada de pintura—. Y podríamos dejar eso.

—¡Cinco años! —suspirió Rosie—. Cuánto tiempo sin poder explicarle que siento lo que...

—Hay papel y plumas —respondió Vivian con un poco de acritud—. Espero que esto te haya enseñado algunas cosas, Rosie. No eres sola en el mundo.

—No comprendo cómo Jimmy, a pesar de ser tan poca cosa, pudo llegar a enamorarse de usted —dijo Cavendish brutalmente. Y ella se echó a llorar. Maureen tapó la boca del pintor con una mano y le miró con los ojos echando lumbre.

—No te las des de lo que no eres, Joe Cavendish —dijo—. Ya me has hartado con tus ínfulas. Ni por tu nacimiento, a pesar de que cacareas sobre tu familia, ni por tu fama, puedes sentarte en un sillón y empezar a juzgar a los demás como si fueran hormigas que solamente existiesen para tu recreo particular. ¿Te enteras? Y hemos acabado ya de una vez. Quiero decir que he acabado contigo para siempre.

Y dicho esto, se puso en pie. Cavendish la miró de través.

—¿Alguna vez ha llegado a tu estrecha e imperfectamente formada inteligencia la idea de que no eres la única mujer en el mundo, sino simplemente un representante bastante vulgar de eso que llaman sexo femenino? No gastes conmigo palabras tales como «hemos acabado» y cosas por el estilo, que dicen muy poco en favor de tu imaginación. Están al alcance de todo el mundo. Puedes irte al diablo en el momento en que quieras, siempre que sea después de

haber terminado yo mi cuadro.

Maureen sonrió torcidamente, mientras Bart y Vivian reían con disimulo.

—Ahí está tu equivocación, Joe —dijo la irlandesa fríamente—. No volveré a posar para ti.

Cavendish dio un salto en su asiento.

—¿Qué estás diciendo, desagradecida criatura? ¿Qué no posarás para mí más? ¿Sabes acaso lo que significan esos ruidos que calificas como palabras, ya que no existe en el mundo animal nada semejante por cuyo nombre pudieras llamarlas? ¿Sabes que ese cuadro es uno de los mejores que he pintado, no precisamente porque en él figures tú, sino porque he llegado en él a un punto culminante?... Mujer, ¡estás loca!

—Bien. Lo estoy, y también estoy dispuesta a probarlo —anunció ella con mayor frialdad aún—. Y ahora me tengo que marchar. Escuche, míster Stewart, quisiera que usted y Vivian fuesen a cenar a mi casa mañana. Mi padre desea charlar con usted, inspector.

Se puso los guantes, se colocó bien el sombrero y dio la mano a los demás. Cuando llegó a Cavendish, éste la tomó por el brazo.

—Escúchame, voy a inmortalizarte en un cuadro que solamente los maestros entre los maestros podrían superar, ¿y aún te atreves a ponerme trabas en mi trabajo? Sabe que si no sigues posando, por lo menos hasta que yo pueda prescindir de ti, sería capaz de... matarte.

—Ninguna mujer podría soportar esa amenaza —replicó ella burlonamente, procurando desasirse—. Me tiene sin cuidado. Estás demasiado encariñado con tú propia piel para exponerla en la silla eléctrica si me matas. No, no hay nada a hacer. Lo siento mucho, pero he de marcharme. Mi padre me espera.

—Voy contigo —en la voz de Cavendish había una nota nueva, no por ello dejaba de ser particularmente altiva; pero parecía que en ella, al menos, había ahora cierto respeto.

—No te molestes.

Cavendish no se molestó siquiera en despedirse, sino que salió tras de Maureen, y Rosie se marchó de la habitación al poco tiempo, lanzando una tímida mirada sobre los dos jóvenes. Éstos quedaron solos.

—Pobre Jim —dijo Vivian suspirando—. Lo siento mucho, pero creo que los jueces han sido justos. ¿Qué hará cuando salga de la cárcel? Nadie querrá mirarlo, ni podrán confiar en él.

—Jimmy no es un vulgar ladrón incorregible, Vivian. Es solamente un descarriado. Jamás se le hubiera ocurrido robar de no haber sido por su esposa. Pero, bastante arrepentida está ella. Creo que cuando Jimmy salga, el matrimonio estará mucho mejor avenido que antes.

—Ojalá sea así.

Hubo un silencio. De nuevo, llevado por la brisa, el aroma del césped llegó hasta ellos.

—Necesitas distraerte, Vivian —dijo, de pronto, Stewart—. ¿Quieres dar un paseo conmigo? Estoy libre hasta mañana por la mañana. El que tú te quedes encerrada en casa no aliviará para nada a Jimmy. ¿Vamos? Quisiera, además, decirte una cosa.

El sol se derramaba sobre el asfalto de las calles. Nueva York, en primavera, si bien pierde en austeridad, en grandeza, al menos lo gana en ternura. Los parques están verdes y los chicos, como si hubiesen roto las crisálidas invernales, invaden las calles, plazas, todo aquello en que aparezca una mota verdegueante. Nueva York es una gran ciudad.

Caminaron por la calle Siete hasta alcanzar el parque, lleno a aquella hora. Había un quiosco de refrescos en uno de los ángulos, con unas mesas dispuestas en círculos a su alrededor. Se sentaron ambos y estuvieron un momento callados.

—Escucha, Vivian —dijo de pronto Stewart—. ¿Has pensado alguna vez en dejar de vivir con tu primo y con tu cuñada?

Ella le miró, sonriendo.

—Claro que sí. No quiero vivir en Nueva York. Es una ciudad demasiado grande, y mis gustos demasiados sencillos. Me gustaría alguna pequeña población del Oeste medio, donde todo el mundo se conozca y se saluden por la calle. Un sitio tranquilo, donde los niños corran menos peligro de morir arrollados por un automóvil.

Stewart fumó en silencio.

—Lo siento —dijo.

—¿Sí?

—Mira, creo que tus gustos... Bueno, no, no creo nada.

—Ibas a decir algo.

—Sí, quizá, pero tú me cortas las palabras —le sonrió—. No hagas caso. No podemos dejar perder esta tarde tan magnífica.

Cuando se ponía en pie, ella le sujetó por el brazo.

—Escucha, Bart. No sé cuándo me marcharé, pero probablemente no será hasta que Jimmy salga de la cárcel. No por ella, sino por él, no quisiera separarme ahora de Rosie. ¿Comprendes?

—Claro que sí.

—Bueno, pues nada más, que eso —le replicó ella, un poco decepcionada—. Vamos cuando quieras.

Siguieron andando después de beber el «Cocacola». Pero no fueron muy lejos. Sentados en un banco, en el parque, estaban los dos que acababan de abandonar la casa de Vivian, y Maureen, discutiendo bastante agitadamente. Pero parecían un poco más de acuerdo que antes.

Se acercaron a ellos. En aquel momento, el pintor les descubrió y se volvió en su dirección, diciendo destempladamente:

—Vean a lo que ha de supeditarse el genio. La más vulgar de todas las mujeres puede echarnos la zarpa, considerarnos como una cosa suya y encima nos tenemos que casar con ella si queremos terminar la obra maestra de nuestra vida.

—¿Qué ocurre? —preguntó Stewart, riendo.

—Me ha propuesto que me case con él —dijo Maureen, poniéndose en pie y sacudiendo de su falda las migajas de los granos que había estado echando a las palomas distraídamente—. No sé si le aceptaré o no.

—¡Cómo!... —empezó el pintor, al borde de la apoplejía—. ¡Si te atreves a desairarme, estúpida criatura!... No lo vuelvas a decir o te ahogo aquí mismo.

Vivian y Stewart se echaron a reír sin poderlo remediar. Luego se miraron a los ojos y sus manos se unieron de una manera involuntaria.

—No se rían —ordenó el pintor—. Maureen Delaney, insolente irlandesa que no debió jamás salir de sus turbales, ¿quieres seguir posando para mí?

—No.

—Pues entonces, cástate conmigo.

—Sí.

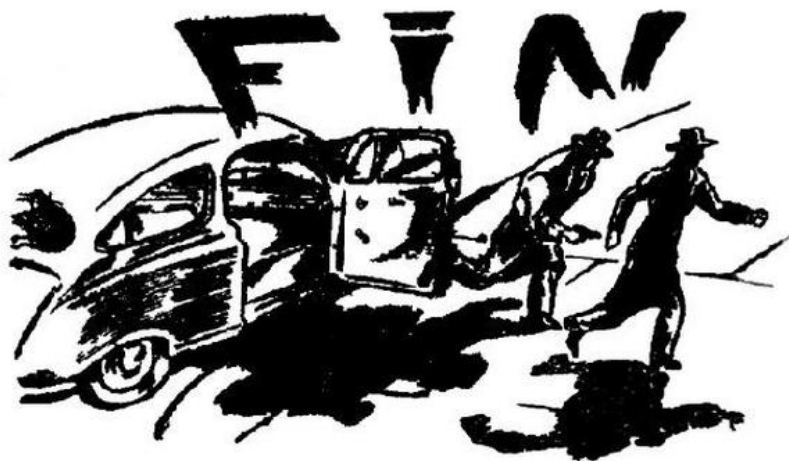
Esta vez fue Cavendish el que se unió a las risas, aunque de una manera un poco torcida.

—Arreglado —dijo—. Vámonos a mi estudio. Necesito aprovechar esta luz para pintar.

—No —respondió la joven—. Me vas a llevar a cenar a cualquier parte y luego a bailar.

—Se acabó el reinado del varón —dijo Stewart— y comienza el matriarcado. No se preocupe, Cavendish —añadió por lo bajo—, se lleva usted una mujer espléndida, téngalo por seguro.

—¿Cree usted acaso que soy tan estúpido como para no saberlo desde hace mucho tiempo, polizonte? —respondió altivamente Joseph Cavendish.





Entre esas Brumas

Un bravo negro, confidente del F. B. I., busca sin descanso a un peligroso jefe rebelde en Puerto Rico. El negro oposita a la muerte voluntariamente, con el noble fin de poder entrar en la Academia del F. B. I. El jefe rebelde se resiste y...

O. C. TAVIN

ha puesto de relieve, una vez más, sus dotes de narrador excepcional, conocedor profundo de la psicología humana, en una obra cautivadora para los amantes de las emociones intensas.

Entre esas Brumas

APARECERÁ EN EL PRÓXIMO NÚMERO

JÓVENES:

Coleccionad las
Aventuras del F. B. I.

Por 1'25 ptas. UN EJEMPLAR
Una obra de arte y un monumento
como dibujo e intriga

5 PESETAS

NOTAS

[1] Como no ignora el lector, muchas casas de Nueva York no tienen acceso directo a la acera, sino que están separadas de ésta por unas gradas. (Nota del Editor.). < <

[2] Fox, en inglés, significa zorro. < <

[3] En el Bronx se encuentran casi todos los cementerios neoyorquinos. (N. del E.). < <